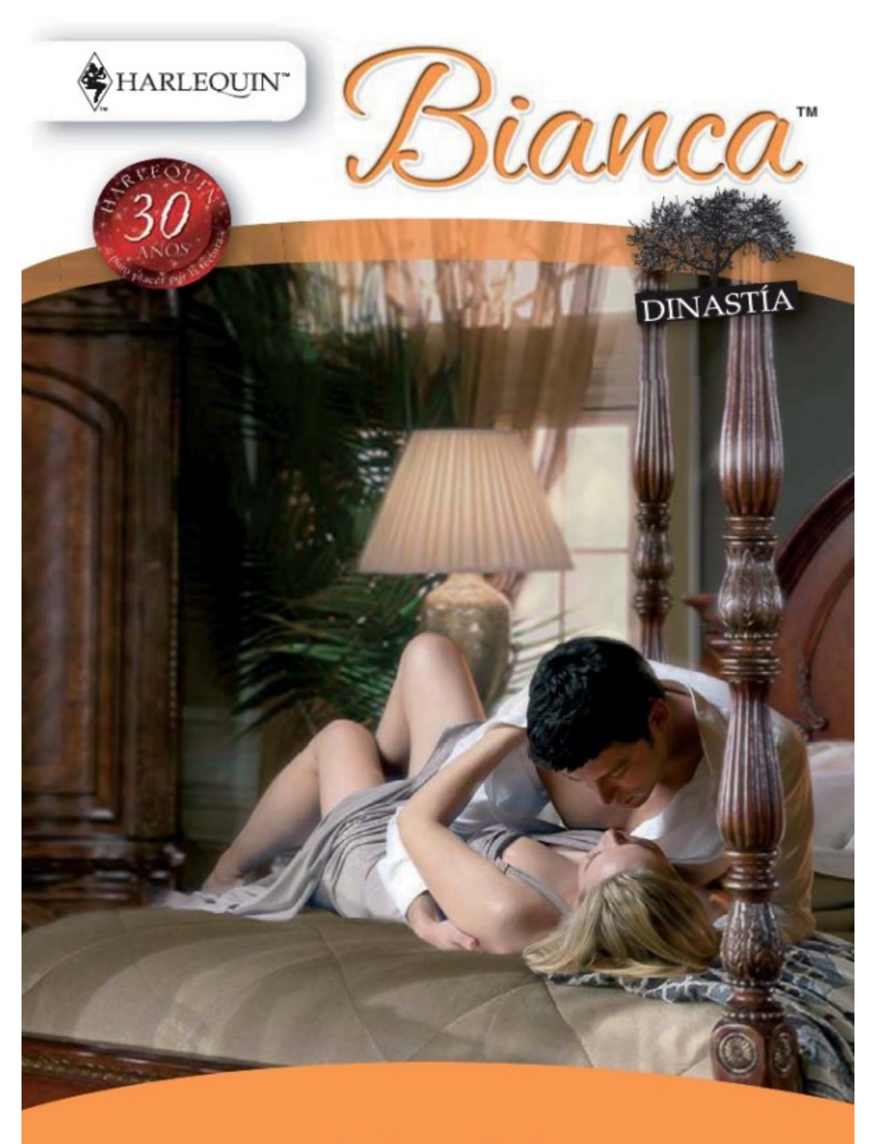

HARLEQUIN
Bianca
HARLEQUIN 30 AÑOS
DINASTÍA
Rendida al duque
Penny Jordan

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

RENDIDA AL DUQUE, N.º 2048 - enero 2011
Título original: The Reluctant Surrender
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2011

I.S.B.N.: 978-84-671-9720-4
Editor responsable: Luis Pugni
ePub X Publidisa



Rendida al duque

Penny Jordan



Capítulo 1

Cuando entró en el aparcamiento subterráneo que el estudio de arquitectura en el que trabajaba compartía con otros negocios del mismo bloque, Giselle vio un coche dando marcha atrás para salir de uno de los preciados espacios. Giró rápidamente el volante de su pequeño coche de empresa con el cerebro y el cuerpo concentrados automáticamente en conseguir aquel lugar vacío antes de que alguien más lo viera. Cuando enfiló hacia el espacio fue cuando se dio cuenta de que un carísimo, impresionante e impecable coche deportivo, con un hombre igual de impresionante e impecable al volante, estaba parado justo al lado del lugar. Sin duda estaba esperando a que su ocupante lo dejara vacío.

Giselle vio la salvaje y fría mirada que le dirigió el hombre, y leyó cómo formaba las palabras «¿qué diablos?» con aquella boca sensualmente cincelada cuando pasó por delante de él con el cuerpo tembloroso y las manos húmedas de sudor agarradas al volante.

No estaba haciendo aquello sólo porque su arrogancia la hubiera enfurecido. Aquella mañana había recibido una llamada inesperada pidiéndole que fuera antes a la oficina para estar presente en la reunión de socios. No podía permitirse llegar tarde; la necesidad pasó por encima de la culpabilidad que normalmente habría sentido por su falta de educación al volante. Entonces él dirigió aquella mirada segura de sí misma, arrogante y odiosa a su cuerpo, dejando claro la clase de hombre que era: un depredador centrado exclusivamente en sus propios deseos y necesidades.

Giselle se dijo que ella necesitaba mucho más la plaza de aparcamiento que él. Hacía quince minutos que tenía que estar en la oficina. Por otro lado, él parecía ser la clase de hombre que normalmente utilizaba un chófer para que se ocupara de asuntos tan mundanos como aparcar el coche.

Dentro del suyo, Giselle se cambió los zapatos de conducir por los tacones. El sonido de un motor acelerando furiosamente hizo que suspirara aliviada. Sin duda el hombre se había marchado, eso

sí, a toda velocidad.

Saul Parenti había movido unos metros el coche para dejar pasar a otros vehículos, y se quedó mirando con asombrada ira a la ladrona que acababa de quitarle el sitio en el aparcamiento.

El hecho de que la fechoría hubiera sido cometida por una mujer añadía un insulto a la afrenta. Por las venas de Saul corría la sangre de varias generaciones de hombres poderosos, hombres autoritarios, dirigentes absolutistas. Y en aquel momento esa sangre estaba corriendo a toda prisa y hervía. Saul no se habría descrito jamás como un misógino ni mucho menos. Le gustaban las mujeres. Le gustaban mucho. Pero generalmente, donde más le gustaban era en su cama, no en una plaza de aparcamiento por la que había estado esperando con una paciencia que iba contra su naturaleza. No había más plazas disponibles, así que aparcó rápidamente a un lado, obstruyendo la salida de dos vehículos, y apagó el motor del coche. Abrió la puerta y sacó su cuerpo de uno noventa del asiento del conductor.

Giselle no fue consciente de que iban a regañarle por lo que había hecho hasta que salió del coche. El pequeño trayecto que había desde al aparcamiento hasta el ascensor que la llevaba a la oficina era el tiempo que normalmente necesitaba para colocarse firmemente la máscara de la profesionalidad. Esa máscara ocultaba que no le gustaba el interés masculino que normalmente despertaba en el trabajo. Por eso ella también adoptaba una actitud defensiva: la espalda recta, la mirada firme y un alzamiento de barbilla que indicaba que era intocable. Todo para estar alerta del peligro, pero ya era demasiado tarde y se vio obligada a dar un paso atrás a mitad de camino si no quería arriesgarse a toparse de bruces con el hombre que se interponía entre ella y la salida.

–No tan deprisa. Quiero hablar un momento con usted.

Tenía un inglés excelente, algo que en cierto modo no casaba con su aspecto tan moreno.

Bien, pues ella no pensaba hablar con él, desde luego. Giselle trató de sortearle y contuvo el aliento en ultrajado asombro cuando el hombre le bloqueó el paso, acercándose a ella hasta que sintió su aroma profundamente masculino. Era oscuro y erótico, aderezado con algo más afilado, como el roce de un guante de algodón que escondiera un peligro oculto.

–Me está cortando el paso –le dijo Giselle tratando de sonar distante y fría.

–Y usted ha ocupado mi plaza de aparcamiento –respondió el hombre.

Tal vez aquello fuera verdad, pero no estaba dispuesta a ceder.

–Yo la vi primero. Me pertenece –replicó ella.

Al instante deseó no haberlo hecho, porque el hombre se acercó más. Su presencia la paralizó por completo.

–Las cosas pertenecen a aquéllos que son lo suficientemente fuertes como para tomar lo desean y mantenerlo, ya se trate de una plaza de aparcamiento… o de una mujer.

Y sin duda él sería un hombre que poseería a su mujer.

Aquella certeza se había colado de alguna manera bajo su armadura de protección, y Giselle comenzó a sentirse mareada, débil, poseída por la febril excitación que había provocado su enfrentamiento verbal. Experimentó el peligroso deseo de seguir presionándole, de poner a prueba su autocontrol.

Un escalofrío la atravesó. Aquello era una locura. Porque era un hombre. Y qué hombre, se vio obligada a reconocer. Para empezar estaba su altura, mediría más de uno ochenta, así que a pesar de los tacones se vio obligada a inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo. A pesar de que durante años había trabajado para no permitirse jamás sentirse físicamente atraída por ningún hombre, aquél estaba rodeado de tal poderosa y salvaje aura de sexualidad, que Giselle sospechaba que ninguna mujer podría sustraerse a ella. Su propia e inesperada vulnerabilidad desató una reacción en cadena de pánico y furia en su interior que se intensificaron al ver que ni así lograba bloquear el efecto que su virilidad estaba ejerciendo sobre ella.

Unos pensamientos desconocidos y desde luego no deseados atravesaron su mente con tanto vigor que fue incapaz de atajarlos. Pensamientos peligrosos unidos al hecho de que él fuera un hombre. Y no un hombre cualquiera, sino el equivalente arquitectónico a la perfección. Giselle sospechó que mirarle podría convertirse en una compulsión femenina. La camisa de aspecto caro que llevaba habría sido sin duda confeccionada a medida para él. No le sobraba ni un gramo de grasa. Parecía como si su cuerpo fuera todo de duro músculo y piel de seda. ¿Qué se sentiría al tocar a un hombre así? ¿Qué se sentiría al disfrutar de un festín de

semejante sensualidad masculina desplegada para satisfacción de sus sentidos? Una ráfaga de dardos le atravesó el cuerpo, infectándolo letalmente con la punzada del deseo.

Giselle se llevó una mano al corazón en gesto protector para tratar de calmar su acelerado latido. No debía sentirse así. Ni ahora ni nunca. Ni con aquel hombre ni con ninguno. Trató de apartar la vista de él, de romper el hechizo que su sexualidad estaba proyectando sobre ella, pero su mirada se deslizó por su rostro y se quedó allí clavada.

Sus genes no procedían de ningún ancestro anglosajón, estaba segura de ello. Tenía unas facciones arrogantes, con una pizca de crueldad grabada en ellas. Su rostro de piel aceitunada era intensamente masculino, inteligente, educado, arrogante y elegante. En él, destacaban los altos pómulos, la fuerte barbilla y la romana rectitud de la nariz. Si no hubiera sido por los inesperados ojos plateados, Giselle habría asegurado que el linaje de aquel hombre procedía de las oscuras neblinas del tiempo, de una raza de hombres destinados por nacimiento y por su propia fuerza a apartar a un lado a todo lo que se opusiera a su voluntad.

Una mirada de aquellos ojos grises era como el disparo de una pistola de rayo láser contra su escudo de hielo. Aquél era un hombre con mayúsculas, masculino y poderoso, un hombre que creía que su voluntad, sus deseos y sus necesidades debían ser libres para tomar posesión de todo lo que quisiera.

El impacto de enfrentarse a él estaba provocando un efecto peligroso en Giselle. Sus sentidos se las habían arreglado de alguna manera para romper el cinturón de castidad mental que normalmente los tenía controlados, y se estaban comportando como un grupo de adolescentes cargados de hormonas, demasiado dispuestos a saciarse en el banquete que tenían delante.

Pero, por supuesto, ella no tenía ninguna intención de permitirles hacer algo semejante. Y contaba con años de práctica para asegurarse de que le obedecían, se recordó mientras luchaba por retener su aire de frío desinterés.

No le gustaba aquel hombre, decidió. No le gustaba ni lo más mínimo. Era demasiado arrogante. Y demasiado masculino. ¿Sería eso por lo que no le gustaba? ¿Porque sabía instintivamente que aquel tipo de sexualidad masculina era demasiado peligroso para

ella y que no estaba tan protegida como sabía que debía estar?

Por supuesto que no, afirmó con decisión para sus adentros.

Saul observó a la mujer que tenía delante con experimentada mirada masculina. De tamaño medio, esbelta. Aunque la combinación de la sobriedad de su traje de chaqueta negro, que parecía un uniforme, con la sencilla camisa blanca, y el hecho de que su ropa fuera barata y no se le ajustara al ser demasiado grande para ella hacían imposible juzgar adecuadamente cómo sería la forma de su cuerpo. Tenía el rubio cabello recogido con un moño tirante que revelaba la delicada estructura ósea de su rostro, con sus pómulos femeninamente pronunciados y la piel luminosa. Las rubias pestañas, que brillaban bajo la luz, sugerían que no se había pintado la raya ni se había puesto rímel.

Algunos hombres sin duda encontrarían en su frialdad a lo Grace Kelly un reto sexual, y sentirían curiosidad por saber cuánto interés masculino tendrían que aplicar para romper aquel hielo, pero él no era uno de ellos. Le gustaba que sus mujeres fueran sutilmente seductoras y dispuestas, que no jugaran a ser doncellas de hielo.

En cualquier caso, aunque hubiera sido su tipo, en aquel momento tenía la atención centrada en la retribución, no en la seducción.

–Déjeme pasar –exigió Giselle con rotundidad en un intento de recordar cuál era la realidad de la situación.

Su cortante exigencia alimentó la impaciencia de Saul. Le había robado la plaza de aparcamiento y seguía peleona, obstinada y negándose a admitir que no tenía razón. Toda su actitud le llevaba a desear ponerla en su sitio.

Él no iba a moverse, y ella iba a llegar tarde. Decidida a escapar, Giselle se echó rápidamente a un lado, pero entonces el hombre le agarró los antebrazos con hostilidad. Ella sintió su presión sobre la piel, masculina y extraña, quemándole la ropa y atravesándola como si le estuviera tocando la piel desnuda. Una sensación de asombro y pánico se apoderó de su cuerpo, y apretó los puños sintiendo el deseo de golpearles con ellos el pecho.

–Suélteme –le exigió furiosa.

¿Soltarla? No había nada que deseara más. Ya le había causado más problemas en cinco minutos de los que había permitido que le causara ninguna mujer. La miró directamente. Tenía el rostro

pálido, los ojos brillantes de furia, y la boca…

Sujetándola con una mano, le soltó el brazo con la otra y la alzó para retirarle el lápiz de labios de la boca con el dedo pulgar, como si estuviera preparándose para besarla.

Giselle se quedó petrificada, sorprendida ante la intimidad de aquel gesto, y el momento se alargó mientras sus miradas quedaban entrelazadas. Incapaz de moverse, a Giselle le asombró el escalofrío que la recorrió cuando la mirada del hombre se clavó en su boca, y sintió el deseo de… ¿De qué? ¿De apoyarse contra él?

El repentino ruido de un claxon provocó que Saul la soltara y la apartara de sí. ¿Qué se había apoderado de él? ¿Y qué hubiera sucedido si no les hubieran molestado?, se preguntó mientras Giselle aprovechaba la interrupción para huir de él.

Para su alivio, el hombre no la siguió hasta el ascensor, que por suerte estaba vacío. Una vez en él, camino de la oficina, con el corazón latiéndole a toda prisa y la mente convertida en un torbellino, tuvo que hacer un esfuerzo para no pensar en lo que acababa de suceder y centrarse en el motivo por el que todos habían sido convocados en la oficina.

Durante los dos últimos años, prácticamente desde que Giselle se había unido al prestigioso estudio de arquitectos, el estudio había estado trabajando en un ambicioso y caro proyecto para un multimillonario ruso que consistía en convertir la pequeña isla que había adquirido en la costa de Croacia en un complejo de vacaciones de lujo para ricos. La crisis económica había dejado el proyecto en espera, pero a última hora del día de ayer habían recibido la noticia de que la isla tenía un nuevo propietario, otro multimillonario, un emprendedor de éxito que había visto los planos de la isla y quería hablar de ellos.

Aquella noticia había puesto en marcha a los socios. Todo el mundo que estuviera relacionado con los planes, aunque fuera a un nivel menor, había recibido la orden de estar presente en la reunión de primera hora de la mañana por si el nuevo dueño de la isla deseaba hablar de cualquier aspecto de los planos. Lo ideal sería que diera luz verde al estancado proyecto, pero por supuesto, no existía ninguna garantía al respecto. Los arquitectos más jóvenes, como Giselle, mantenían los dedos cruzados para que así fuera.

El ascensor se detuvo en su planta. Giselle salió y se dirigió al

despacho que compartía con otros arquitectos jóvenes, todos ellos hombres excepto ella, y todos decididos cada cual a su modo en demostrar tanto a los socios como a ella que eran mejor inversión para el estudio de lo que Giselle sería nunca.

–No pasa nada –le dijo Emma Lewis, la secretaria que todos compartían, cuando Giselle entró en el despacho–. La reunión se ha retrasado una hora. Al parecer, el nuevo propietario se iba a retrasar.

Giselle dejó escapar un suspiro de alivio y le dijo:

–Creí que iba a llegar tarde. Tuve que venir en mi coche porque esta tarde tengo una reunión en una obra y el tráfico estaba fatal.

Emma tenía treinta y cuatro años frente a los veintiséis de Giselle, y estaba casada con un topógrafo que estaba trabajando en un proyecto en los Emiratos Árabes Unidos. Trataba a los arquitectos jóvenes casi como a sus dos hijos, con cariño maternal y afecto, y hacía todo lo posible por evitar cualquier pelea entre ellos. A Giselle le caía muy bien, y agradecía mucho el apoyo que Emma le daba.

–¿Dónde están los demás? –le preguntó a Emma antes de soltar un gruñido–. No, no me lo digas… déjame adivinar. Están todos en el baño de hombres pensando en cómo evitar cualquier culpa que pueda caer y cómo reclamar todos los méritos.

Emma soltó una carcajada.

–Algo así, supongo. Te traeré un café y luego te contaré lo último que he sabido sobre nuestro posible nuevo cliente.

Giselle asintió con la cabeza y trató de no estremecerse por dentro. Si Emma tenía algún defecto, ése era su devoción a las revistas de cotilleos en las que escudriñaba las vidas de los ricos y famosos. Giselle sospechaba que «lo último» era una información que probablemente habría salido de las páginas de papel cuché.

Cinco minutos más tarde, mientras se tomaba el café y escuchaba a Emma, supo que no se había equivocado.

–Nunca lo habría sabido si no hubiera tenido que llevar a Timmy al dentista, porque la revista tenía varios meses de antigüedad, y no podía creerlo cuando la abrí y justo delante de mí me encontré con un artículo sobre Saul Parenti. Con ese nombre pensarías que es italiano, ¿verdad? Pero no lo es. Al parecer su familia posee su propio país, y su primo es su gran duque. Se

encuentra en algún lugar cerca de Croacia y es muy pequeño, pero al parecer él, Saul Parenti quiero decir, es fabulosamente rico por derecho propio, aparte de ser primo del gran duque, porque su padre tenía grandes negocios en Oriente Medio.

–Fascinante –se vio obligada a responder Giselle.

–Me encanta conocer el pasado de la gente y de su familia, ¿a ti no? –dijo la mujer entusiasmada–. Su madre era estadounidense, y era un alto cargo de una de las asociaciones humanitarias más importantes del mundo. Su padre y ella murieron en un terremoto en Sudamérica cuando ella estaba allí trabajando.

Giselle asintió con la cabeza para indicar que estaba siguiendo la historia, pero en el fondo lo que menos le apetecía del mundo era escuchar cotilleos. Su comentario sobre la muerte de los padres de Saul Parenti le había provocado la familiar sensación de pánico y un miedo defensivo se abrió paso en su interior.

La puerta del despacho se abrió para dejar paso a uno de los arquitectos jóvenes, Bill Jeffries. Fuerte y confiado, entró en el despacho con actitud de sentirse muy complacido consigo mismo. Bill se consideraba atractivo para las mujeres. Se le había insinuado a Giselle cuando ella entró a trabajar en el estudio.

Como le había rechazado, la trataba con creciente animadversión y hostilidad. Giselle supo perfectamente qué buscaba cuando fingió que se estremecía y protestó:

–¡Pero qué frío hace aquí! Oh, perdona –dijo fingiendo que acababa de verla–. No te había visto, Giselle.

Ella no dijo nada. Estaba acostumbrada a la malicia de Bill y a sus comentarios. Sabía que provenían del hecho de que hubiera rechazado absolutamente todos los intentos de coqueteo tanto de él como del resto de los hombres del trabajo. Bill había decidido tomarse su actitud fría como algo personal, y ella no tenía ninguna intención de decirle que, lejos de ser algo personal, su reserva de hielo era un mecanismo defensivo que utilizaba contra cualquier hombre que mostrara el más mínimo interés sexual en ella. Si Bill y los que eran como él querían sentirse ofendidos porque no recibía de buena gana sus atenciones, entonces adelante. Lo cierto era que ella se había jurado hacía mucho tiempo que nunca saldría con ningún hombre, porque eso la llevaría a enamorase, enamorarse llevaba al compromiso, el compromiso llevaba a convertirse en

pareja, y de ahí a tener hijos…

–Bill, le estaba contando a Giselle lo que he leído sobre Saul Parenti –Emma rompió el hostil silencio–. Giselle, todavía no te lo he contado todo. Al parecer es fabulosamente rico, y tiene fama de ser un negociador duro en lo que se refiere a los negocios y a los intereses románticos. Se dice que es un amante maravilloso, pero ha asegurado públicamente que no piensa casarse jamás.

–Escucha eso, princesa de hielo –se mofó Bill mirando a Giselle–. Parece que nuestro nuevo cliente es el hombre que te hará entrar en calor para que te quites las bragas –soltó una risita desagradable–. La verdad, no le tendría ninguna envidia. Tanto hielo enfriaría las pelotas de cualquier hombre.

–¡Bill! –protestó Emma.

–Bueno, es la verdad –insistió él.

–No pasa nada, Emma –le aseguró Giselle a la ayudante–. Me dedico profesionalmente a la arquitectura, Bill –afirmó con calma–. No a la prostitución.

–Eso si logras conservar tu puesto de trabajo. Y seamos sinceros, no vas a conseguir ninguna comisión con tus encantos femeninos –le respetó.

–No necesito utilizar ningún encanto, ni femenino ni de otro tipo, para conservar mi puesto –le soltó Giselle sin poder contenerse, provocando que Bill se sonrojara furioso.

Bill era uno de esos empleados a los que les gustaba hacerse el trabajador en equipo delante de aquéllos a los que creía que podría impresionar, pero en realidad era una persona que siempre anteponía sus intereses. Le gustaba aprovecharse de que todos eran hombres en la oficina para excluir a Giselle, pero ella no había visto nunca ninguna evidencia de que fuera el trabajador en equipo que se jactaba de ser.

En el despacho de los socios, la atmósfera estaba cargada de una mezcla de tensión y determinación. La tensión provenía del señor Shepherd, uno de los socios más antiguos, y la decisión de Saul Parenti, el hombre al que necesitaba convencer de que su estudio estaba preparado para el reto que se le planteaba.

–Sí, por supuesto que acepto su deseo de conocer al equipo que trabajará en los cambios que ha solicitado. Tal vez desee comer con

los socios que están relacionados con el proyecto.

–Quiero conocer a todos los que están relacionados con el proyecto, socios y no socios –le espetó Saul con brusquedad.

No tenía tiempo que perder. Ya iba retrasado gracias a la mujer que le había robado la plaza de aparcamiento y a una llamada de su primo. Aldo, que tenía cinco años menos que él y se había casado recientemente. Era el gran duque de Arezzio porque su padre había sido el hijo mayor de su abuelo, pero seguía buscando a Saul cuando necesitaba consejo financiero. Había hecho todo lo posible para ayudar a su primo pequeño a acrecentar las reservas de los cofres reales de Arezzio, el pequeño país que una vez fue frontera entre el antiguo imperio austríaco y Croacia, pero Aldo no era un hombre de negocios, sino más bien un académico. No le gustaba la agresividad de los negocios modernos, y prefería pasar el tiempo catalogando los libros únicos de la biblioteca de su castillo de Arezzio.

Saul agradecía que su padre no hubiera sido el hijo mayor y se hubiera librado del fatigoso deber de convertirse en el gran duque de Arezzio, obligado a casarse y a tener un heredero. Tal vez no aprobara que Aldo se casara con Natasha, porque no creía que ella amara a su primo, pero estaría muy contento cuando tuvieran un hijo, porque eso significaría que estaría no ya un paso, sino dos apartado del ducado. Saul pensaba que era como su madre. Como ella, amaba la emoción y la aventura de los nuevos retos. Su vida había sido su trabajo en la agencia de cooperación humanitaria. Amaba a su padre, y sin duda él la amaba también, pero tener un hijo no había sido el centro de la vida de su madre.

Saul pensaba ahora que traer un niño al mundo sería un error, porque sabía que tendría poco tiempo para ocuparse de él. Estaba completamente sumido en el trabajo, en su deseo de explorar los límites de la creación de los más lujosos y excitantes destinos vacacionales que al mismo tiempo fueran respetuosos con el medio ambiente y con la población local. Todo su tiempo, tanto el emocional como el físico, estaba entregado a aquel propósito. No tendría un hijo para que lo criaran otras personas, y no necesitaba ni quería un heredero. Cuando llegara el momento, encontraría las manos adecuadas a las que traspasar sus negocios.

Teniendo en cuenta todo aquello, financiar a su primo, y por lo

tanto también al país, era un pequeño precio a pagar por su libertad personal.

Una libertad personal a la que nunca había querido renunciar a favor de compromisos de ningún tipo.

Saul se dio cuenta de que el socio del estudio de arquitectura a quien el dueño anterior había encargado el diseño del complejo de la isla no aprobaba sus exigencias. Siempre le irritaba que la gente no entendiera por qué tomaba las decisiones que tomaba y retrasaban la ejecución de las órdenes relacionadas con esas decisiones. Aquello demostraba falta de perspicacia y de visión para los negocios. Por eso seguramente el estudio estaba al borde de la bancarrota… o lo habría estado si él no les hubiera confirmado que pretendía seguir contando con ellos para el desarrollo del proyecto en la isla.

En el fondo pensaba que aumentar su interés financiero en proyectos de ese tipo y añadir un estudio de arquitectura a su cartera de negocios sería beneficioso económicamente. Sin embargo, por el momento pretendía dejar claro que no iba a pagar los honorarios que habían anticipado, y que mantendría un férreo control sobre los presupuestos del proyecto. Era multimillonario porque tomaba el control y lo mantenía, y por eso crecía día a día su fortuna mientras otros hombres ricos perdían dinero.

–Quiero verlos a todos porque quiero dejarles claro que a partir de ahora seguirán mis instrucciones y es mi aprobación la que deben ganarse –le informó al socio–.El plan anterior era un coladero de dinero.

–Nuestra consigna original era que no reparáramos en gastos –protestó el señor Shepherd a la defensiva.

Saul le lanzó una mirada fría.

–Sin duda ésa es la razón por la que uno de los miembros jóvenes de su equipo escogió para el suelo de uno de los cenadores abiertos baldosas hechas a mano que no resisten las heladas.

–Un error que por supuesto se habría corregido –le aseguró el socio.

–Por supuesto. Pero prefiero que los que trabajan para mí no cometan esos errores en primera instancia –Saul consultó su reloj y el señor Shepherd se puso de pie.

–Creo que todo el personal está ya en el edificio. Convocaré a

una reunión a todos los que trabajan en el proyecto –dijo el socio de mala gana.

–Tengo una idea mejor –aseguró Saul–. ¿Por qué no me enseña el estudio y me los presenta en sus puestos de trabajo?

Normalmente era muy rentable ver cómo trabajaba la gente.

El rumor había corrido por el estudio. Ya se sabía que el proyecto seguía adelante y que se contaba con ellos. Y naturalmente, todo el mundo estaba de un humor exultante. El personal se sentía aliviado tras dos meses de incertidumbre, cuando no sabían si terminarían despedidos. Giselle estaba tan aliviada como los demás. Había trabajado duro para llegar hasta donde estaba, para conseguir un trabajo del que pudiera vivir el resto de su vida. Porque ella se mantendría a sí misma, eso lo sabía. Nunca tendría un hombre, un compañero, un marido que la amara y a quien ella pudiera amar también, con el que compartir el futuro. ¿Cómo iba a tenerlo sí…?

Se abrió la puerta del despacho y todo el mundo guardó silencio cuando el señor Shepherd, uno de los socios más antiguos, entró sin previo aviso. Pero no fue él quien hizo palidecer a Giselle, sino el hombre que le acompañaba.

Era el hombre del aparcamiento. El hombre a quien le había robado la plaza… el hombre que ahora era su cliente más importante, según supo cuando el socio se lo presentó.

–El señor Parenti desea conocer a todos aquellos que han trabajado o van a trabajar en los planos del proyecto de la isla –anunció el socio.

–Saul –le corrigió el nuevo cliente–. No señor Parenti.

En su opinión, el respeto era algo que había que ganarse, y no tenía ninguna duda de su habilidad para conseguirlo.

Mientras hablaba observó a las personas que había en el despacho con mirada fría y crítica, sin expresar nada… hasta que vio a Giselle y la reconoció. En ella mantuvo la mirada unos instantes más para que fuera consciente de que la había reconocido y se viera obligada a reconocer el error que había cometido al robarle la plaza del aparcamiento.

Giselle sintió la ira de su mirada abrasándole la conciencia, pero tantos años obligándose a no aparentar vulnerabilidad la llevaron a

alzar la cabeza y mantenerle la mirada.

¿Se estaba atreviendo a retarle? Saul era un hombre al que nadie desafiaba, y menos alguien que no tenía razón, y menos aún que dependiera económicamente de él, como era el caso de aquella mujer. Estaba acostumbrado a que las mujeres trataran de llamar su atención porque le deseaban, a él y a su riqueza, y no para retarle.

Ya le había enfurecido dos veces, lo que significaba que ahora tenía dos deudas que saldar con él, y se encargaría de que así fuera, decidió Saul mientras el socio se disponía a presentarle a su grupo de jóvenes arquitectos.

¿Por qué, por qué de todos los hombres que aparcaban sus coches en Londres había tenido que robarle el sitio a aquel en concreto?, se preguntó Giselle angustiada. No tenía sentido repetirse a sí misma que aquel comportamiento no era propio de ella y que había surgido de la desesperación. Aquello no significaría nada para el hombre que avanzaba lentamente en su dirección.

Saul habló uno por uno con todos los arquitectos jóvenes, preguntándoles en qué parte del proyecto habían participado. Bill, por supuesto, se apresuró a demostrar que él era un trabajador en equipo y al mismo tiempo se las arregló para lanzarle a Giselle una mirada que indicaba que ella no formaba parte de ese equipo. Lo que Bill no sabía era que no necesitaba tratar de sembrar la duda sobre ella. Ya se había encargado ella misma.

Con el estómago tenso por la angustia, esperó y esperó, consciente de que iba a pagar por lo que había hecho, y consciente también de que el cliente estaba disfrutando con su tormento.

Cuando estuvo delante de ella, el poderoso magnetismo de su personalidad la llevó a dar un paso atrás.

–¿Y usted, señorita…?

–Giselle –respondió ella–. Giselle Freeman.

–¿Cuál fue su contribución al proyecto?

–¿No era la refrigeración? –alguien se rió, pero Giselle lo ignoró.

–Trabajé en el aire acondicionado con la idea de incorporar un sistema ecológico –contestó con tirantez.

–Un sistema que creo que ya se ha salido del presupuesto, ¿verdad? –señaló Saul mientras deslizaba lentamente la mirada sobre ella.

Se había dado cuenta de cómo la había mirado Bill y había

adivinado que era tan impopular entre sus compañeros como lo era para él. Eso significaba que no era una buena trabajadora en equipo, y eso afectaría el trabajo de cualquier proyecto en el que participara. Le sorprendía que el estudio siguiera manteniéndola en su puesto.

A Giselle le latió el corazón con miedo. Le habían puesto a trabajar en el aire acondicionado porque se había salido del presupuesto y ella era buena para ajustarse al dinero que había, pero no podía decirlo si ni siquiera el señor Shepherd había salido en su defensa.

Sabía que Saul Parenti estaba jugando con ella. Iba a pedir que la sacaran del proyecto, estaba segura, y probablemente sería despedida. Un sudor frío le perló la piel y sintió una náusea en el estómago. No podía perder su trabajo. No debía. Y por debajo del miedo se adivinaba un furioso desprecio por aquel hombre que estaba utilizando su poder para atormentarla.

–No me gusta el diseño del aparcamiento del edificio –continuó Saul volviéndose de nuevo hacia el socio y rompiendo el tenso silencio de la sala–. Tal vez Giselle debería trabajar en ello, mientras alguien más experimentado se ocupa del aire acondicionado.

Giselle sintió cómo le ardía la cara. Había insultado su capacidad profesional y al mismo tiempo se había apuntado un tanto por su encontronazo matinal. La había humillado en público, admitió derrotada. El socio se apresuró a asegurarle que sí, que eso sería exactamente lo que haría.

Cuando Saul Parenti salió del despacho con el señor Shepherd, Giselle alzó la barbilla. No iba a permitir que nadie, y menos que nadie él, supiera lo herida y asustada que estaba.

Todavía se atrevía a retarle, pensó Saul furioso cuando la vio levantar la barbilla. Bien, pronto sabría que aquél era un error peligroso. Peligroso para ella.

Capítulo 2

Varias horas más tarde, Saul estaba sentado todavía en el despacho de uno de los socios revisando los detalles de los planos. Irritado, se dio cuenta de que sus pensamientos se dirigían constantemente hacia Giselle.

Era algo nuevo para él que una mujer ocupara su mente cuando debería estar centrado en asuntos mucho más importantes, y salvar aquel proyecto del desastre al que se dirigía para conducirlo hacia el éxito económico era importante para él desde el punto de vista financiero y también personal. Su éxito como emprendedor le había granjeado una gran cantidad de competidores que estarían encantados de verle fracasar.

Pero no iba a fracasar. Así se lo había dejado claro a los socios condenando los excesos previstos por el anterior dueño de la isla, y lo que Saul consideraba una actitud laxa por parte del estudio en el control y el coste del proyecto que ellos mismos habían diseñado.

–No tengo tiempo para revisar cada detalle del proyecto y su coste para asegurarme de que se haga lo que he pedido –señaló Saul con acidez–. Pero es esencial que se sigan con precisión mis instrucciones si queremos que el proyecto tenga éxito y sea económicamente viable.

–Estoy de acuerdo –el señor Shepherd asintió con la cabeza.

–Bien. Para asegurarme de que se cumplan mis deseos, propongo que me asigne a uno de sus mejores arquitectos jóvenes, alguien que será directamente responsable de se cumpla el plan y que nos alerte tanto a usted como a mí en caso contrario.

–Me parece una idea excelente –aseguró el socio.

–Necesitaré a alguien bien cualificado –le advirtió Saul.

–Por supuesto. Y creo que conozco a la persona adecuada. La ha conocido usted antes. Giselle Freeman.

Saul miró fijamente al socio para asegurarse de que el hombre no estaba tratando de hacer una ridícula broma. La última persona a la que quería en semejante puesto era a Giselle Freeman. Sin

embargo, el hombre tenía una expresión completamente seria. Saul se enfrentó a una variedad de sensaciones desconocidas. Le resultaba extraño verse pillado con la guardia baja, y más todavía encontrarse en una situación en la que no quería estar y de la que no podía salir fácilmente. Tal vez Shepherd no estuviera bromeando, pero a Saul se le ocurrió que tal vez estuviera intentando colocarle a un miembro poco efectivo de su equipo. No estaba dispuesto a permitir que sucediera algo así, y por suerte, gracias a sus sospechas, ahora veía el modo de rechazar la recomendación del otro hombre.

–Sí, la recuerdo. Estaba trabajando en el aire acondicionado. Me dio la impresión de que no es muy popular entre sus colegas. La persona que va a estar a mi lado tiene que ser capaz de trabajar bien con los demás.

–Hay algo de hostilidad hacia Giselle en ese despacho –reconoció el socio–. Pero no es culpa suya –suspiró antes de continuar–. Giselle está mucho más cualificada que sus compañeros. Se graduó con honores y ganó un aclamado premio internacional por su proyecto fin de carrera. Es una profesional que trabaja muy duro y le espera una brillante carrera por delante. Lo cierto es que debido a la crisis aquí no contamos con un trabajo en el que pueda desplegar todas sus facultades. Sin embargo, ella es extremadamente leal. Una empleada ejemplar. Me enteré que durante el primer año que estuvo aquí recibió ofertas de dos diferentes cazatalentos que trabajaban para empresas internacionales. Una de las ofertas de trabajo era para el Golfo Pérsico y la otra para Singapur, pero prefirió quedarse con nosotros. Estaba trabajando en los planos del aire acondicionado porque el tipo que estaba al mando antes lo estaba haciendo tan mal, que tuvimos que encargarle algo más sencillo.

La expresión de Saul se había ido haciendo más adusta con cada elogio que el señor Shepherd le dedicaba a Giselle. Después de todo, no quería escuchar alabanzas sobre ella, pero ahora que las había oído, y si era tan buena como el socio aseguraba, resultaría extraño y muy poco profesional que se negara a trabajar con ella. Saul era demasiado bueno para los negocios como para permitir que sus sentimientos personales influyeran en sus decisiones de trabajo. Tal vez Giselle no le llamara la atención como mujer, pero al parecer,

como arquitecto era la mejor. Y no tenía tiempo que perder rebuscando entre un puñado de posibles candidatos que en principio contaban con menos habilidades que ella. Lo cierto era que el proyecto necesitaba ponerse en marcha y completarse lo más rápidamente posible si quería sacar de él el beneficio que esperaba.

–De acuerdo –accedió–, pero si encuentro que no está a la altura del trabajo, entonces me proporcionará a otra persona.

Saul decidió que si Giselle iba a ser su segunda de a bordo, entonces tendría que aprender algo, y deprisa. La joven tendría que obedecer las reglas que él pusiera o enfrentarse a las consecuencias.

–Supongo que querrá que esta asignación comience cuanto antes –comentó el socio.

–Sí –le confirmó Saul.

Sospechaba que Giselle Freeman tendría tan pocas ganas de trabajar para él como el propio Saul con ella, y eso le proporcionaría sin duda una cierta satisfacción. Eso y el asegurarse de que era consciente de lo mucho que se había extralimitado al robarle la plaza de aparcamiento por la que había estado esperando tan pacientemente. Ya tenía un plan para asegurarse de que así fuera. Se había enterado de que el Departamento de Recursos Humanos tenía copias de todos los coches de la empresa, y la del coche de Giselle estaba ahora en su bolsillo.

Saul se advirtió a sí mismo que no debería perder el tiempo pensando en Giselle. Tenía cosas más importantes en las que ocupar su mente. Una de las más apremiantes era la situación financiera de su primo.

Normalmente, a Saul le gustaba resolver problemas. Encontrar soluciones había sido su camino de salida a la desesperación de los largos meses que se sucedieron a la muerte de sus padres, cuando trató de superar su pérdida.

Murieron cuando un edificio se desplomó sobre ellos mientras ayudaban a las víctimas de un terremoto en América del Sur. El dolor que experimentó por la muerte de sus padres le había pillado por sorpresa. No estaba preparado para él, ni tampoco para su pérdida. Al principio experimentó una gran ira. Ira porque habían puesto en riesgo su vida y la habían perdido, ira porque no habían pensando en cómo podría afectarle a él su muerte, ira porque no le habían querido lo suficiente como para asegurarse de estar ahí

siempre para él. Fue entonces cuando se dio cuenta del efecto que no tener el amor de unos padres podía provocar en un niño, aunque ese niño tuviera dieciocho años y fuera oficialmente un adulto. Juró entonces que nunca tendría un hijo para no causarle sin querer el mismo dolor que él estaba padeciendo. Fue entonces también cuando se dio cuenta de lo mucho que se alegraba de que fuera su primo el heredero del título familiar y no él. Sobre los hombros de su primo, no sobre los suyos, recaía la responsabilidad de anteponer las necesidades de su pequeño país a sus propios deseos.

Aldo no era como él. Era un hombre académico y tranquilo, muy distinto a la intrigante hija de un oligarca ruso que ahora era su esposa, y de quién estaba desesperadamente enamorado. Pobre idiota. Saul no creía en el amor. En el deseo sexual y en la lujuria sí. Pero confundir aquello con un sentimiento y llamarlo amor… eso nunca. No era para él. Prefería su libertad emocional y la seguridad que le proporcionaba saber que nunca volvería a sufrir el dolor que había experimentado al perder a sus padres.

Aldo se crecía en la tradición y en la continuidad, y Saul en los desafíos. Y el proyecto de la isla de Kovoca se estaba convirtiendo en un auténtico reto. El proyecto original había contribuido a la caída financiera del anterior dueño de la isla. A Saul le daba la impresión de que había querido superar a Dubai en sus planes para la isla. Ya había tachado con lápiz rojo el plan de su predecesor para construir un hotel con un paseo submarino y el de hacer una carretera que conectaba el hotel con tierra firme. Igual que había tachado con lápiz rojo un plan igual de ambicioso para convertir la única montaña de la isla, cuya cima estaba cubierta de nieve, en una estación invernal de esquí. Era una pena que por el momento al menos no pudiera tachar con el mismo lápiz la implicación de Giselle Freeman en el proyecto.

Tal vez todos los demás estuvieran celebrando el hecho de que el nuevo dueño de la isla de Kovoca hubiera dado luz verde al proyecto del dueño anterior y los mantuviera a ellos como arquitectos, y por eso estuvieran dispuestos a demostrar su compromiso trabajando hasta muy tarde, pero Giselle tenía otro cliente con el que tratar. Por eso se dirigía en aquellos momentos al aparcamiento para recoger su coche. Se dirigiría hacia la

destartalada oficina de la pequeña agencia de cooperación a la que le habían donado un terreno y quería construir un centro comunitario para gente sin hogar. La asociación había pedido ayuda arquitectónica para el proyecto, y Giselle había asumido el proyecto sin cobrar para hacerlo en su tiempo libre. Contaba con el permiso de sus jefes para utilizar las instalaciones.

Era importante no sólo que el nuevo edificio armonizara con lo que le rodeaba y ofreciera lo que la agencia quería, sino que además debería ser económico en su construcción y mantenimiento. Giselle había pasado mucho tiempo en sus ratos libres buscando la manera de conseguir los tres objetivos.

Además aquella noche, cuando llegara a casa, tendría que mandarle un correo electrónico a la directora de la residencia de ancianos en la que vivía su tía abuela para saber si se había recuperado ya de su resfriado.

Meadowside era un complejo estupendo, y sus ancianos ocupantes estaban muy bien cuidados, pero también resultaba extremadamente caro. El dinero invertido tras la venta de la casa de la tía abuela Maude pagaba la mitad de la factura mensual, y Giselle pagaba la otra mitad. Era lo menos que podía hacer teniendo en cuenta lo que su tía abuela había hecho por ella. La había cuidado y le había dado amor a pesar de todo lo que había sucedido.

Giselle sintió cómo los músculos del estómago se le empezaban a tensar. Siempre le ocurría lo mismo cuando se veía obligada a pensar en el pasado. Sabía que nunca sería capaz de olvidar lo que había sucedido. Incluso ahora, el sonido de las ruedas de un coche derrapando tenía el poder de dejarla paralizada por el pánico si le pillaba desprevenida. Los recuerdos, las imágenes, siempre estaban allí: la carretera mojada, la oscuridad, su madre diciéndole que sujetara el carrito en el que viajaba su hermano, un bebé, cuando giraron para cruzar la carretera. Pero no había sujetado el carrito. Lo dejó ir. Estaba empezando a respirar con demasiada agitación y demasiado rápido. El corazón le latía con demasiada fuerza. Los sonidos: gritos, las ruedas derrapando, los cristales rotos… el girar de las ruedas del carrito sobre la calzada, el olor a gasolina, a lluvia, a sangre…

¡No!

Como siempre, exclamó aquella negación en silencio, y ella también guardó silencio mientras se clavaba las uñas en la palma de la mano. La mano que tendría que haber sujetado el asa del carrito, la mano que ella había retirado, desafiando el grito de su madre exigiéndole que la dejara donde estaba, agarrada al carrito.

Giselle podía ver ahora el rostro de su madre y escuchar su grito; podía sentir su miedo y podía ver el rostro dormido de su hermanito en el carro justo antes de salir de la carretera, arrastrado por la fuerza de un camión que se acercaba.

Había terminado… todo había terminado… no había vuelta atrás para la muerte. Pero nunca terminaría del todo, al menos para ella. Al menos nadie aparte de su tía abuela sabía lo que ella sabía.

Al principio, tras la muerte de su madre y de su hermano, Giselle había seguido viviendo con padre, un médico muy ocupado. Una vecina muy amable la llevaba al colegio y la recogía junto con sus hijos. Aquellos tiempos fueron los más oscuros de la vida de Giselle. Su padre, abrumado por su propio dolor, le había cerrado su corazón, excluyéndola. Siempre había sentido que no quería tenerla cerca porque le recordaba lo que había perdido. Aquella distancia emocional había aumentado la culpabilidad y el dolor de Giselle.

Entonces los había visitado su tía abuela y quedaron en que cuando regresara a casa se llevaría a Giselle con ella. Le habría gustado que su padre insistiera en que se quedara, que la abrazara y le dijera que la quería, que no la culpaba. Pero no lo había hecho. Podía ver su cara ahora tal y como la había visto por última vez, asintiendo con la cabeza a las sugerencias de su tía abuela, esquivando a Giselle con la mirada. Murió menos de seis meses después de un ataque al corazón.

De niña, Giselle solía pensar que había escogido morir para estar con su madre y su hermano en lugar de quedarse con ella. Incluso ahora, en los momentos más oscuros y desesperados, seguía pensando lo mismo. Si la hubiera querido, se habría quedado con ella. Pero no lo hizo.

Pero Giselle no fue desgraciada con su tía abuela.

Al contrario. Su tía abuela la quería y cuidaba de ella. Construyeron una nueva vida, para lo que ayudó el hecho de que vivieran a cientos de kilómetros de la casa que Giselle había

compartido con sus padres y su hermano pequeño.

Giselle comenzó a caminar más deprisa, como si quisiera escapar de sus dolorosos recuerdos. Incluso ahora, casi veinte años después, no podía soportar pensar en lo que había ocurrido. Su tía abuela había sido maravillosamente amable y generosa al llevarla consigo, y Giselle quería hacer todo lo que estuviera en su mano para asegurarse de que la anciana dama estuviera bien cuidada. Sin su trabajo le resultaría imposible encontrar el dinero necesario para mantener a su tía en una residencia tan estupenda. Y eso significaba que, por mucho que detestara a Saul Parenti y su actitud hacia ella, tenía que estar agradecida por el hecho de que siguiera adelante con el proyecto y contara con el estudio. Eran tiempos difíciles, y perder semejante fuente de ingresos habría significado despidos.

Giselle nunca había imaginado cuando estudiaba y trabajaba tan duro para sacar buenas notas que la economía sufriría una crisis tan aguda que afectaría de tal modo a la construcción. Había escogido la carrera de Arquitectura en parte porque creía que siempre encontraría trabajo. Un trabajo por el que le pagaran era de vital importancia para una mujer que ya había decidido que se mantendría a sí misma durante toda su vida, porque no estaba dispuesta a compartir su vida con un compañero. Y en parte también la había escogido porque se había enamorado de las grandes casas y los edificios de Patrimonio Nacional a los que su tía abuela le había llevado a visitar con frecuencia cuando era niña.

Absorta en sus propios pensamientos, Giselle se dirigió automáticamente hacia su coche aparcado, pero al llegar a la plaza donde lo había aparcado lo único que pudo ver fue un vehículo mucho más grande en el lugar en el que tendría que estar el suyo. Aminoró el paso al instante y luego se detuvo y miró a su alrededor, preguntándose si se habría equivocado de lugar. El sonido de la puerta del coche al abrirse llamó su atención. Se giró en dirección al sonido y el corazón se le cayó a los pies cuando vio a Saul Parenti salir del coche que estaba aparcado donde ella esperaba ver el suyo y dirigirse hacia ella.

Su reacción fue inmediata. Un instinto profundo que iba más allá de toda lógica y que le hizo enfrentarse a él y preguntarle antes de pensar:

–¿Dónde está el coche? ¿Qué has hecho con él?

Saul dudaba de que hubiera alguien tan arrogante como ella, pensó al observar su inmediata hostilidad.

Su respuesta confirmó el juicio que había hecho sobre ella, y reforzó su creciente decisión de colocarla en su sitio.

–Lo he sacado de mi plaza del aparcamiento –contestó él con intención.

–¿Lo has sacado?

Giselle sintió cómo el portafolios que estaba sosteniendo se le resbalaba de entre las manos y se le desparramaban todos los papeles,

–¿Lo has sacado? –repitió–. ¿Cómo? ¿Dónde lo has dejado?

Sabía que le temblaba la voz por el peso de la emoción, pero cuando se puso de cuclillas para recoger el contenido del portafolios fue incapaz de controlarla. Odiaba el efecto que aquel hombre provocaba en ella. Lo había odiado desde su primera confrontación y ahora lo odiaba todavía más. La hacía sentirse vulnerable, comportarse con un antagonismo defensivo que no podía controlar. Le hacía sentir deseos de darse la vuelta y salir corriendo de allí. Pero sobre todo la hacía ser tan consciente de él como hombre que apenas se atrevía siquiera a respirar por temor a que Saul percibiera la reacción de su cuerpo. No era sólo la vergonzosa dureza de sus pezones, ni tampoco el impactante latido del pulso en la parte inferior de su cuerpo. No, era la sensación de que toda una capa de protección le había sido arrancada de la piel, dejándola tan sensible a su presencia física, que parecía que la hubiera tocado íntimamente y su cuerpo lo conociera.

¿Cómo le había llegado a suceder algo así? Giselle no lo sabía. Debía de ser por el propio Saul, por la intensa aura de sexualidad masculina que desprendía. Ningún otro hombre la había afectado nunca así. Le sorprendía saberse tan vulnerable ante a un hombre al que no conocía y que seguramente no le caería bien si le conociera. Había controlado sus emociones y sus deseos durante tanto tiempo, que se creía a salvo. Debió bajar la guardia en algún momento sin ser consciente de ello. Pero podía arreglar las cosas. Podía ponerse a salvo. Lo único que tenía que hacer era mantenerse alejada de Saul Parenti, y eso resultaría fácil. Al menos él no la deseaba. Eso hubiera sido terrible. Debería agradecer el hecho de que estuviera tan claramente furioso con ella.

–¿Preguntas que cómo? –repitió Saul con tirantez–. ¿Cómo se llevan normalmente los coches mal aparcados? En cuanto a dónde está…

Giselle se apartó de él dirigiéndole una mirada altiva, dando a entender que rechazaba su proximidad, pensó Saul. Su orgullo masculino estaba ahora tan encendido por su actitud como su mal humor. Las mujeres no se apartaban de él. Más bien lo contrario, se le pegaban… en ocasiones más de lo que le gustaría.

Durante un instante, Saul se permitió mentalmente el placer de imaginarse a Giselle pegada a él, con el rostro girado hacia el suyo. ¿Eso sería un placer, que Giselle quisiera acostarse con él? ¿Se estaría volviendo loco? No había nada en ella que le excitara sexualmente, nada en absoluto. Le gustaban las mujeres suavemente femeninas, no las agresivas y retadoras. Le gustaban cálidas y cercanas, no frías como el hielo y distantes. La idea de domar a una arpía así excitaba a algunos hombres, pero él no era uno de ellos.

Giselle se había apartado de Saul lo que consideraba una distancia segura, y se las arregló para reunir la determinación que le quedaba e insistir:

–Mi coche no estaba aparcado de forma ilegal, y si has llamado a la grúa para que se lo lleven, entonces eres tú quien está incumpliendo la ley.

Oh, sí, definitivamente era una arpía, se dijo Saul mientras se agachaba para recoger una hoja de papel que había caído cerca de sus pies. Escaneó de forma automática el folio y luego se detuvo para leerlo más despacio antes de preguntar:

–¿Estás trabajando en este proyecto sin cobrar?

Desesperada por recuperar el papel, Giselle extendió la mano y trató de arrebatárselo, pero no lo consiguió por miedo a entrar accidentalmente en contacto físico con él.

–¿Y qué si es así? –se defendió con sequedad–. Eso no tiene nada que ver contigo, y no tienes derecho a preguntarme.

Ya estaba otra vez retándole con abierta animadversión, cuando debería estar humillándose, reconociendo su anterior error y pidiéndole perdón.

Saul decidió que ya había tenido suficiente.

La historia de sus genes decía que no era un hombre que permitiera que nadie le desafiara, y menos que ese desafío quedara

sin respuesta. Tal vez no gobernara Arezzio, pero sus antepasados sí lo habían hecho. Habían gobernado el país y lo habían defendido contra aquellos que desafiaban su derecho a hacerlo. Su sangre corría por las venas de Saul, y los que se atrevían a desafiarle, de la forma que fuera, corrían un gran riesgo.

–¿Crees que no?

La suavidad de su tono de voz tuvo un efecto electrificante en ella. El vello de la nuca se le erizó, y su piel reaccionó como si se la hubiera acariciado.

–El señor Shepherd me ha dado a entender que tu trabajo es muy importante para ti.

–¿Eso te ha dicho?

Giselle pronunció aquellas palabras sin pensarlo. Se estremeció por dentro angustiada, incapaz de disimular el miedo que había oscurecido sus ojos verdes. No se había dado cuenta de que el señor Shepherd supiera siquiera lo mucho que significaba para ella la seguridad de su trabajo, y menos que lo comentara con alguien.

Así que había encontrado algo que la hacía sentirse vulnerable. Saul se aplaudió a sí mismo.

–Me dijo que habías rechazado ofertas de trabajo mucho más prestigiosas y oportunidades importantes para quedarte en el estudio, algo que al parecer él considera lealtad profesional. Por mi parte, yo creo que debes tener motivos mucho más poderosos, y tengo curiosidad por saber cuáles son.

¿Tenía curiosidad por ella? Mientras hablaba, Saul sintió una punzada de advertencia que le recorrió el cuerpo.

¿Qué tenía aquella mujer para provocar semejante efecto desconocido en él? Primero despertaba su ira, y ahora su curiosidad. En lo más profundo de su interior, una voz que normalmente permanecía callada le estaba preguntando cosas impensables. Si Giselle podía despertar las emociones que normalmente tenía tan controladas, y si él se dejaba llevar por la atracción física, entonces, ¿qué sucedería?

¿De verdad tenía que preguntárselo? Después de todo, ya sabía lo que sucedía cuando alguien encendía un polvorín de dinamita.

El resultado era la destrucción. ¿Destrucción? ¿Tenía aquella desesperante mujer el poder de excitarle hasta el punto de que esa excitación destruyera las barreras que había colocado para

mantenerse inmune ante la debilidad de necesitar a una persona concreta? Era imposible, se dijo Saul para calmarse.

Saul estaba esperando su respuesta y Giselle lo sabía, igual que sabía que no quería contestarle.

–¿Por qué permanecer en un puesto de trabajo para el que estás sobrecualificada, y me atrevería a decir que además está mal pagado? A menos, por supuesto, que temas que tu cualificación no sea más que papel mojado y que en realidad no estás preparada para desempeñar un trabajo que necesite mayor nivel.

Saul la estaba presionando, decidido a no cesar en su acoso sólo porque una voz interior se lo advirtiera.

Su acusación llevó a Giselle a defenderse al instante.

–Por supuesto que estoy preparada –el orgullo herido se reflejaba tanto en su voz como en la mirada que le dirigió–. Y estoy segura de que puedo desempeñar cualquier trabajo que se me ofrezca.

–¿Lo estás?

Su aseveración le había mostrado otra faceta de su personalidad. A cada nueva revelación, se sentía más arrastrado a saber más sobre ella. Porque le enfurecía. Porque era completamente distinta a todas las mujeres que había conocido. Porque no le trataba como las demás, con docilidad y ganas de agradar.

Estaba claro que no quería contestarle, pero Saul estaba igual de decidido a obtener una respuesta. Cambió de táctica, y dijo suavemente:

–Corrígeme si me equivoco, pero el proyecto de la isla de Kovoca es, según tengo entendido, lo único que salva a tus jefes de la insolvencia… una insolvencia que conllevaría la pérdida de tu trabajo.

A Giselle se le secó la boca y el corazón empezó a latirle con fuerza al reconocer la amenaza de sus palabras.

–Sí, así es –se vio obligada a reconocer.

–Teniendo en cuenta que tu jefe ha sugerido que trabajes codo a codo conmigo para asegurarse de que en el futuro los nuevos planos y los costes sigan mis directrices, considero que tengo derecho a preguntar sobre tu fiabilidad y tu integridad… en todos los aspectos profesionales.

Asombrada por lo que acababa de saber, Giselle sólo pudo

limitarse a mirarle fijamente consternada. Aquello no podía estar ocurriéndole. Él, su torturador, no podía estar allí delante diciéndole que debería trabajar directamente con él, pero así era, reconoció mientras luchaba contra el pánico que estaba haciendo presa de ella. Si pudiera decirle que se buscara a otra persona para ese puesto, si pudiera girarse sobre sus talones y alejarse de él… si no la afectara del modo en que lo hacía. Demasiados condicionales. Su vida estaba llena de ellos. Palabras dolorosas y cruelmente destructivas que hablaban de lo que nunca podría suceder. Estaba atrapada por el deber y por el amor, y tenía que aferrarse a aquel trabajo aunque eso significara estar bajo el yugo de Saul.

Trató de consolarse diciéndose que al menos no sabía lo vulnerable que era como mujer ante él. Un hombre así debía estar tan acostumbrado a despertar deseo en el sexo contrario que sencillamente lo daba por hecho, del mismo modo que estaba acostumbrado a escoger entre las mujeres hermosas que revoloteaban a su alrededor, según le había contado Emma. Bueno, gracias a Dios, a ella nunca la escogería, eso seguro.

–Yo no he decidido que tú seas mi persona de confianza en este proyecto –señaló Saul–. Y teniendo en cuenta tu inclinación al robo, debo advertirte que estarás a prueba. A la primera señal que vea de que estás utilizando los mismos métodos sin escrúpulos que utilizaste para hacerte con mi plaza en el aparcamiento, estarás fuera del trabajo.

–Cometí un error –trató de defenderse Giselle, pero él no estaba de humor para ser compasivo.

–Un gran error –añadió–. Y cometerás otro si no me demuestras ahora algo de sinceridad y me dices por qué rechazaste dos trabajos de prestigio. No quiero a mi lado en un puesto de confianza a alguien de cuya moralidad desconfío.

Se había expresado con suma claridad, y Giselle palideció.

Observándola, Saul creyó que iba a decirle dónde podía irse con su trabajo. Eso era desde luego lo que él quería que hiciera. Por mucho que odiara tener que admitirlo, aquella mujer lo atraía de una manera que le resultaba cada vez más difícil de ignorar. Era como un picor molesto e irritante que necesitaba rascarse. No quería intrusiones de aquel tipo en su vida.

Giselle estaba tratando de que Saul no se diera cuenta de lo

vulnerable y ansiosa que se sentía. Sospechaba que él quería que dejara el trabajo, pero no iba a hacerlo. No podía.

Sus acusaciones eran injustas y ella estaba enfadada, pero Giselle se vio obligada a reconocer que la rabia era un lujo que no podía permitirse.

Aspiró con fuerza el aire y dijo con toda la calma que pudo:

–Muy bien. Te lo contaré.

Aquella respuesta no era lo que Saul esperaba. Y desde luego, no era la que quería.

Giselle alzó la cabeza y continuó.

–Rechacé esos trabajos porque la tía abuela que me crió necesita ahora cuidados permanentes, y además de colaborar en su financiación, quiero estar aquí para asegurarme de que esos cuidados son tan buenos como los que ella me dedicó a mí. No puedo pretender que deje Yorkshire después de haber pasado toda su vida aquí, pero sí puedo estar aquí para ella y hacer todo lo que pueda para asegurarme de que reciba la atención y los cuidados que merece. Si trabajo en Londres, puedo verla con regularidad. Si trabajara en el extranjero, eso no sería posible.

Contra toda expectativa, Saul sintió una inesperada punzada de respeto… y de algo más.

–¿Te crío tu tía abuela? ¿Qué les sucedió a tus padres? –se sintió impelido a preguntar casi contra su voluntad.

–Murieron y me quedé huérfana –respondió Giselle con toda la calma que pudo, orgullosa de cómo había controlado el tono de voz.

«Maldición», se dijo Saul para sus adentros, consciente de que sus palabras habían tocado una parte muy oculta de él por mucho que él deseara que no hubiera sido así. La palabra «huérfana» tenía muchas implicaciones personales para él y para su propia historia emocional.

Tal vez hubiera forzado a Giselle Freeman a confesar, pero no iba a poder renunciar a ella después de lo que acababa de decirle.

Empezó a apartarse de ella, y entonces algo le hizo detenerse.

–¿Cuántos años tenías cuando… cuando perdiste a tus padres?

Habló en voz baja, sus palabras dieron a entender algo que en otro hombre Giselle hubiera considerado una vacilación respetuosa y silenciosa. Pero estaba segura de que ese hombre no mostraba

nunca ese tipo de compasión hacia nadie, y menos hacia alguien que le caía tan mal como ella.

–Siete.

Bueno, casi siete. Pero no había habido fiesta de cumpleaños el mes de noviembre de aquel año para celebrarlo… ni tampoco el año anterior. Una imagen se abrió paso en su cabeza: dos ataúdes, uno para su madre y otro para el bebé, su hermano, que había sido enterrado con ella. Su ataúd estaba cubierto de flores blancas. Y en la casa a la que había regresado con su padre flotaba el doloroso silencio del duelo de su padre y de la culpabilidad de ella. Había deseado con todas sus fuerzas que su padre le dijera que no había sido culpa suya, pero él se apartó de ella y Giselle supo que la culpaba del mismo modo que se culpaba ella a sí misma. Nunca hablaron de lo sucedido. Pero dejó que su tía abuela se la llevara porque no podía soportar tenerla delante.

¡Siete! Un recuerdo fugaz de sí mismo a aquella edad le cruzó por la mente: su madre riéndose mientras le quitaba una mancha de suciedad de la mejilla, cómo había sentido su amor hacia ella y aquella felicidad por que estuviera allí.

Saul sintió el sabor amargo de su rechazo hacia todo lo que privaba a los niños del amor de sus padres. Él tenía dieciocho años y le había resultado difícil de soportar, aunque para entonces se creyera un adulto independiente.

Más recuerdos estaban atravesando las barreras que Giselle había levantado contra ellos. Los niños del colegio nuevo al que la había llevado su tía abuela la recibieron muy bien, sentían lástima por ella porque no tenía padres. Querían ser amables, por supuesto, pero no sabían la verdad.

En su desesperación por cerrarle la puerta a aquellos recuerdos, Giselle emitió un tenue sonido de dolorosa protesta. Deseó desesperadamente que su coche estuviera allí. En ese caso, hubiera podido pasar por delante de Saul, subirse a él y escapar para poner fin a aquella humillación.

Saul escuchó aquel sonido y reconoció el dolor que encerraba, un dolor qué el mismo sentía, y dijo sin poder contenerse:

–Yo también perdí a mis padres cuando tenía dieciocho años. A esa edad uno piensa que todo el mundo es inmortal.

Se quedaron mirándose en silencio.

¿Qué estaba haciendo?, se reprendió a sí mismo Saul. Nunca tenía aquel tipo de conversaciones con nadie, y menos con una mujer que ya había decidido que no le caía bien. La culpa la tenía la palabra «huérfana». Con siete años se fue a vivir con la tía abuela a la que ahora ayudaba a mantener. Eso explicaba el traje barato, pensó Saul. Había dejado entrever que en su vida no había ningún hombre, pero sin duda tendría amantes. Tal vez no fuera su tipo, pero mentiría si no reconocía que tenía un físico que hacía girar las cabezas de los hombres, y aquella mezcla de frialdad aliada con la pasión reprimida que brillaba en sus ojos cuando no podía controlarla provocaría que muchos hombres fueran tras ella.

Hielo y fuego… eso era ella. ¿Cuántos amantes habría tenido?, se preguntó antes de poder evitarlo. ¿Dos? ¿Tres? Sospechaba que no más de los que podían contarse con los dedos de una mano. ¿En qué estaba pensado? Tenía que detener aquello ahora para impedir que se apoderara de él.

–¿Qué les pasó a tus padres? Los míos murieron cuando llevaban ayuda humanitaria al lugar de un terremoto. Una gran sacudida destruyó el edificio en el que estaban.

A Giselle se le tensaron los músculos por lo que estaba diciendo Saul y por lo inesperado de su pregunta.

–Cuando mis padres murieron traté de hablar de ello, pero nadie me dejaba. Supongo que pensaron que sería demasiado…

Saul se detuvo.

–Demasiado doloroso para ti –intervino Giselle con la voz algo rota, como una costra sin cerrar del todo sobre la herida.

Lo que había sido una confrontación hostil entre ellos se había trasladado hacia otro lugar, un territorio que a Giselle le resultaba familiar y al mismo tiempo inexplorado porque le dolía demasiado.

Habló primero lentamente, el esfuerzo de hablar sobre algo tan profundamente traumático le quemó la garganta.

–Mi madre y… mi hermano, que era un bebé, murieron en un accidente de coche. Mi padre murió de un ataque al corazón once meses después.

–Lo siento.

Y lo sentía de verdad, reconoció Saul. Lo sentía por la niña que Giselle había sido, por su pérdida, por haber preguntado ahora que sabía hasta dónde llegaba la tragedia.

–La vida es muy frágil –se escuchó decir Giselle–. Mi hermano sólo tenía seis meses –se estremeció–. No puedo ni imaginar cómo se sienten unos padres que pierden a su hijo, sobre todo tan pequeño, ni cómo asumen la responsabilidad de proteger algo tan vulnerable. Yo nunca tendría ni un segundo de paz. No podría… no querría esa responsabilidad.

Había una firmeza en sus palabras que encontró eco dentro de Saul.

Giselle reconoció que había revelado demasiado, había hablado de más. Aunque no se lo había contado todo. Nunca podría contarle todo a nadie. Algunas cosas eran demasiado dolorosas, demasiado impactantes y oscuras como para compartirlas. Había que ocultárselas a todo el mundo. Imaginaba cómo la trataría la gente si supieran la verdad, cómo desconfiarían de ella… y con razón. No, nunca hablaría abiertamente de su culpabilidad ni de su miedo. Debía soportar sola aquellas cargas.

Pero no debía centrarse en el pasado, sino vivir el presente, su deber hacia su tía abuela. Centró con decisión sus pensamientos en el asunto que había llevado a aquella inesperada e íntima conversación, y le dijo a Saul:

–Si quieres cancelar mi asignación al puesto ahora que he respondido a tu pregunta…

Saul se dio cuenta de que ella sí quería cancelarla, pero ignoró el hecho de que él mismo también había querido hacerlo y permitió que su afán masculino por ganar se apoderara de él.

–Tú no habrías sido mi elección, pero no tengo tiempo para entrevistar a otros candidatos. Aunque

por supuesto, si quieres renunciar… –dejó la proposición colgando.

–Ahora sabes que no puedo –respondió Giselle con tirantez.

Saul se encogió de hombros.

–Dudo mucho que ninguno de los dos estemos contentos con la situación, pero al parecer, y por diferentes razones, tendremos que aguantarnos y sacar el mejor partido de ella.

Giselle exhaló un suspiro. Hablar de su pasado la había dejado física y emocionalmente agotada, y ahora se sentía débil y temblorosa. Pero todavía había algo que debía saber.

–Mi coche… –comenzó a decir.

Pero se detuvo cuando se dio cuenta de que había hablado con un hilo de voz. Estaba peligrosamente a punto de perder el control y lo sabía. La cabeza había empezado a dolerle por el estrés de su confrontación. Tenía los labios secos. Se los humedeció con la punta de la lengua. Saul observó el movimiento y deslizó la mirada sin querer hacia su cuello cuando tragó saliva. El cabello recogido hacia arriba dejaba al descubierto la longitud del cuello y la bonita forma de las orejas. Unas sombras malvas le cubrían la parte inferior de los ojos como pequeños moretones; tenía el rostro completamente pálido. Algo en el interior de Saul se revolvió, un sentimiento que no conocía y que hizo nacer en él el deseo de extender los brazos y tocarla, abrazarla.

¿Abrazarla? ¿Por qué?

¿Por qué? Era un hombre, ¿verdad? Y el modo en que Giselle había llamado la atención sobre su boca tenía un efecto obvio en su cuerpo. Por eso se sentía impulsado a tocarla. En aquel instante, si se inclinaba hacia delante y presionaba el pulgar contra aquel punto especial detrás de su oreja, si le acariciaba con las yemas de los dedos el cuello, si deslizaba la lengua por la suavidad de sus labios, podría conseguir que su pálida piel se sonrojara suavemente con el calor de la excitación. Podía hacer que el pulso le latiera en el cuello de deseo por él. Podía conseguir que aquellos ojos verdes se oscurecieran como el jade y que se le agitara la respiración. Saul dio un paso hacia ella.

Giselle retrocedió al instante con un gemido que le devolvió a la realidad. ¿Qué diablos le estaba pasando?, se reprendió a sí mismo. Lo último que sentía hacia ella era deseo, y no deseaba que Giselle se sintiera atraída hacia él. Se apartó de ella, sacó el teléfono móvil y habló a través de él.

–Ya puedes traer el coche.

Menos de cinco minutos más tarde, Giselle observó cómo su coche entraba en el aparcamiento. Un chófer uniformado salió y le entregó las llaves a Saul antes de dirigirse hacia su flamante deportivo.

Sin decir una palabra, Giselle entró en su coche. No sabía cómo había conseguido una copia de las llaves, pero tampoco se lo iba a preguntar. Estaba empezando a sospechar que para un hombre como Saul Parenti no había nada imposible.

Saul la vio marcharse. Hielo y fuego, una peligrosa combinación diseñada para tentar a los hombres más fuertes. Él, sin embargo, se resistiría a la tentación.

Capítulo 3

Habían pasado casi dos semanas desde que Giselle había empezado con su trabajo en el impresionante edificio que albergaba la sede del imperio de Saul Parenti. Por supuesto, no se sentía en absoluto decepcionada por no haberle visto durante todo aquel tiempo, ni mucho menos. Estaba encantada de que no hubiera ni rastro de él y de haber sido capaz de empezar su nuevo trabajo sin tener que lidiar con su presencia.

O al menos lo estaba hasta que algo ocurrió aquella mañana mientras comprobaba la última remesa de planos nuevos que le habían llegado por mensajero.

¿Sería un simple error lo que había encontrado? ¿Un truco para intentar pillarla pensado por el propio Saul? ¿O se trataba de un intento deliberado por parte de uno de sus colegas de defraudar a la organización Parenti? El estómago se le puso tenso a pensar en la última posibilidad.

Cualquiera de las tres posibilidades daban el mismo resultado: tendría que contarle lo que había visto a Saul Parenti.

Giselle miró hacia el despacho de la secretaria de Saul, Moira Wilson, preguntándose si debería comentar con ella su preocupación.

Aquella mujer, algo mayor, le caía bien. Se había esforzado por hacerla sentirse cómoda en su nuevo ambiente. En su primera mañana allí, Moira le había ido explicando todo con una sonrisa.

–Tengo que explicarte un par de cosas. La primera es que aquí todos nos tuteamos. Saul insiste en ello. Pero no lo confundas con falta de disciplina o de respeto. Exige ambas cosas y las obtiene. Aquí tengo algunos formularios de Recursos Humanos que tienes que rellenar. Detalles personales y ese tipo de cosas. Mientras estés aquí, tu sueldo aumentará de acuerdo con lo que Saul paga a los que trabajan con él, y optarás a un bono anual, seguro médico y coche. Debes llevar la factura de cualquier gasto que tengas durante el desarrollo de tu trabajo al departamento de contabilidad en el

plazo de un mes, y te advierto de que aquí no tenemos costumbre de amañar esos gastos… no sé si me entiendes.

La última información fue acompañada de una mirada severa para que Giselle entendiera lo que quería decirle.

–Yo nunca amaño mis gastos. Eso iría contra mis principios –aseguró con sinceridad.

–Excelente. Estoy segura de que te encajarás muy bien aquí –fue la respuesta de Moira antes de añadir–, ah, cuando hayas rellenado el formulario con tus datos personales, necesitaré una copia de tu pasaporte.

–¿Mi pasaporte?

–Sí, tienes pasaporte, ¿verdad? En caso contrario debemos conseguirte uno por si tienes que viajar al extranjero con Saul para alguna reunión y ese tipo de cosas. Saul se toma un gran interés personal en todos sus proyectos, y sigue de cerca su desarrollo.

–Sí tengo.

Giselle tenía pasaporte. También estaba acostumbrada a viajar al extranjero para asistir a conferencias y para reunirse con los clientes. Entonces, ¿por qué diablos sintió un escalofrío que le recorrió la espalda? Era como si alguien le estuviera acariciando la piel desnuda con una pluma. ¿Qué le estaba sucediendo? Nada, se dijo con firmeza. No le estaba pasando nada ni le iba a pasar. Normalmente le gustaba visitar los lugares en los que iba a trabajar, sobre todo si estaban en el extranjero. Así compensaba el hecho de haberse perdido aquel tipo de viajes al extranjero de los que había disfrutado la mayoría de la gente de su edad cuando eran jóvenes. Su tía abuela no tenía dinero para aquel tipo de lujos. Además, debido a las circunstancias que rodeaban su vida, la terrible tragedia que todavía la perseguía, siempre había evitado que los demás se le acercaran demasiado ni siquiera como amigos, así que no se había unido a los grupos de gente joven que viajaban al extranjero en vacaciones ni cuando pudo habérselo pagado ella. Se había centrado en conseguir las mejores calificaciones posibles. Entonces, cuando empezó a pensar en irse de vacaciones sola para explorar la arquitectura de otros países, su tía abuela necesitó trasladarse a una residencia, y entonces, una vez más, Giselle no tuvo dinero para un gasto tan innecesario.

Giselle le calculó a Moira unos cincuenta y pocos años, algo que

la había sorprendido. A juzgar por los comentarios de Emma sobre el estilo de vida de Saul, había imaginado que su secretaria sería una joven glamurosa, no una mujer de la edad de Moira, aunque ésta fuera elegante y sofisticada. Su apariencia era muy parecida a la de las demás mujeres que Giselle había viso en los despachos, lo que la hizo ser consciente de lo vieja que estaba su ropa. Pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Justo dos días atrás había recibido una carta en la que se le informaba de que lamentablemente, la factura por el alojamiento y cuidado de su tía abuela iba a aumentar un veinte por ciento, mientras que su sueldo iba a permanecer igual. Había residencias más baratas, pero Giselle estaba decidida a que su tía abuela siguiera disfrutando del nivel de confort que tenía hasta el momento, aunque eso significara que ella tuviera que pasar sin la ropa nueva que se había sentido tentada a comprar al ver lo bien vestidas que iban las otras mujeres que trabajaban allí.

Al mirar alrededor de la espaciosa oficina, Giselle tuvo que admitir que en muchos aspectos prefería trabajar en aquel nuevo ambiente, aunque hubiera preferido trabajar para el mismísimo diablo antes que para Saul Parenti. Dudaba mucho que sus antiguos compañeros la echaran de menos. Los hombres con los que había trabajado habían dejado muy claro antes de que se fuera que estaban resentidos por el hecho de que ella hubiera sido elegida para lo que consideraban una gran oportunidad profesional. Por supuesto, el orgullo no le había permitido decirles que hubiera preferido no ser la escogida. Sin embargo, eran las bienintencionadas palabras de Emma las que todavía le provocaban dolorosas oleadas de humillación.

Había hablado con ella a solas.

–Está muy bien que seas tú la que vaya a trabajar mano a mano con Saul Parenti. Si hubiera sido otra, todas las chicas estarían muertas de celos al ver que perdían la oportunidad de trabajar cerca de un hombre tan fabulosamente sexy. Pero por supuesto, de ti no tendrán celos, porque todas sabrán que no hay peligro de que le atraigas con la actitud tan fría que muestras hacia los hombres. Y menos con un hombre como Saul, que puede tener a cualquier mujer que quiera.

Giselle sabía que era ridículo por su parte sentirse humillada por

los comentarios de Emma. Después de todo, ella había dejado siempre claro que no le interesaba coquetear con los hombres. Siempre echaba un jarro de agua fría sobre cualquiera que mostrara interés por ella. Lo último que deseaba era que los hombres la persiguieran. Ningún hombre, y menos Saul Parenti. ¿Por qué él menos que nadie? ¿Porque tenía miedo de volverse vulnerable ante él? ¿Porque tenía miedo de desearle?

Giselle se puso de pie, asustada por sus propios pensamientos, y luego volvió a tomar asiento. Por supuesto que no. No tenía nada que ver. Sabía que estaba a salvo de desear a Saul Parenti, y si por algún error llegara a suceder, también sabía que era imposible que surgiera nada de aquel deseo. ¿Porque, como había dejado claro Emma, Saul Parenti nunca la encontraría deseable? ¡No! Porque ella no quería que la deseara, como no quería que la deseara ningún hombre. Giselle se había refugiado en un molesto desdén, preguntándole a Emma:

–¿Al final todo tiene que relacionarse con el sexo?

Emma se había reído y le había dicho:

–Para la mayoría de la gente sí. Los hombres no pueden evitar ser hombres –añadió–, y son depredadores por instinto. Lo llevan en los genes. Pero en tu caso… bueno, lo que intento decir, Giselle, es que…

–¿Que un hombre como Saul Parenti no me encontraría lo suficientemente deseable como para tomarse la molestia de seducirme? –dijo Giselle por ella.

–Bueno, tú les envías señales a los hombres para que mantengan las distancias, debes admitirlo, y los hombres como Saul Parenti tienen muchas mujeres dispuestas a entregarles lo que ellos quieren sin necesidad de tratar con mujeres frías. No he herido tus sentimientos, ¿verdad? –le había preguntado Emma ansiosa.

Giselle sacudió la cabeza.

–No, por supuesto que no –le aseguró.

Y era cierto. Por supuesto que no le dolía que Emma hubiera dicho la verdad al afirmar que Saul no estaría interesado en ella. No quería que lo estuviera. No quería que ningún hombre lo estuviera. No podía permitir que ningún hombre se interesara en ella porque sabía que ella no podía ni debía interesarse en ellos. No podría tener jamás la clase de relación que los demás daban por hecho. No

podía enamorarse. No podía comprometerse con nadie, y sobre todo, no podía tener un hijo nacido de aquel compromiso. No podía ser madre. Nunca.

En cualquier caso, su aspecto y si Saul Parenti la consideraba o no atractiva no eran asuntos a los que debería prestar ninguna atención. Debía centrarse en la razón por la que estaba allí y por la que le pagaban.

El despacho que le habían asignado estaba bien diseñado y era perfecto para desempeñar su trabajo, con sus grandes ventanales a través de los cuales la estancia se llenaba de luz natural. Contenía todo el equipamiento que podía necesitar, incluida una mesa de buen tamaño situada en medio en la que podía extender las copias de los planos, tal y como acababa de hacer antes cuando llegaron los nuevos bocetos y los presupuestos.

Giselle volvió a mirarlos con incertidumbre. Llevaba un buen rato preocupándose por ellos, revisándolos una y otra vez por si hubiera cometido algún error, y no se dio cuenta de lo tarde que era. Miró hacia la oficina y vio que prácticamente todo el mundo se había ido a casa. Sin duda Moira también se había ido, sin darle la oportunidad a Giselle de hablar con ella y pedirle consejo.

La anomalía estaba allí. El suelo de terracota a prueba de hielo para el cenador y la zona que lo rodeaba se había cambiado tal y como Saul pidió. Pero las baldosas que iban a utilizarse en sustitución eran considerablemente más caras, y provenían de un proveedor cuyo nombre Giselle no recordaba haber visto en las listas aprobadas. Como medida de precaución, envió un correo electrónico a un par de proveedores conocidos, y los dos le respondieron con un presupuesto mucho más bajo que el que tenía delante. Lo que significaba que, ya fuera por accidente o con intención, la persona responsable del cambio de material estaba recomendando una compra mucho más cara de lo necesario. Para empeorar las cosas, las baldosas que proponía tenían un dibujo poco común, lo que significaba que en el futuro, cuando hubiera que reemplazar alguna de ellas, habría que fabricarla especialmente a un precio muy alto. Y lo peor de todo con diferencia era que la persona responsable de la recomendación y los costes era su adversario Bill Jeffries.

Le había mandado un correo electrónico para comprobar

discretamente con él que no se trataba de un error, pero al parecer aquella semana estaba de vacaciones. Estaba previsto que Saul regresara de su viaje al extranjero por la mañana, así que Giselle no podía ocultarle los planos y el presupuesto hasta que Bill Jeffries regresara al trabajo.

Decidió que necesitaba el consejo de otra persona. A través de la cristalera que ocupaba la parte delantera de todos los despachos del entresuelo, vio a Moira colocándose la chaqueta del traje y preparándose para marcharse. Había sido un día cálido de mediados de abril, con el sol filtrándose a través de las ventanas, y Giselle también se había quitado la chaqueta para trabajar más cómodamente. La miró indecisa y luego, al ver que Moira se dirigía hacia la puerta, recogió los papeles del escritorio y corrió hacia ella.

–Por lo que me has contado, creo que esto es algo de lo que necesitas hablar con Saul –opinó Moira con firmeza cuando Giselle le hubo contado la historia.

–Sé que no volverá hasta mañana, y supongo que tendrá el día muy ocupado. Tal vez tú… –comenzó a decir Giselle.

Moira negó con la cabeza.

–Ya ha venido y está en su despacho –le dijo–. ¿Por qué no vas a hablar con él ahora?

A Giselle le dio un vuelco al corazón. Aquello no era lo que esperaba ni lo que quería oír.

Al observar su vacilación, la secretaria de Saul insistió.

–Creo que deberías hacerlo, Giselle. A mí esto me parece un asunto serio, y Saul querrá que le informes de inmediato –Moira consultó su reloj–. Lo siento, debo darme prisa. Tengo una reunión del club de jardinería y no puedo retrasarme. Pero sé que Saul tiene pensado trabajar hasta tarde, y puedo asegurarte que querrá saber lo que acabas de contarme. Después de todo, para eso estás aquí.

Ahora era demasiado tarde para desear haber mantenido la boca cerrada y no seguir el consejo de Moira. Aspirando con fuerza el aire, Giselle se dirigió hacia el despacho de Saul.

Como el resto de los despachos de la entreplanta, el de Saul tenía una pared de cristal. Tal vez fuera más grande que los demás y tenía una estancia interior, pero no estaba decorado más lujosamente que el suyo propio, notó Giselle. A parecer, para las

reuniones de trabajo Saul utilizaba la suite situada en el ático del edificio.

Como Saul manejaba una política de trabajo de «puertas abiertas», Giselle sólo llamó brevemente a la puerta de cristal, que estaba entreabierta, y entró en el despacho. El brillante sol de media tarde iluminaba la estancia, y la cegó momentáneamente. Hasta que se le aclaró la visión no se dio cuenta de que Saul no estaba allí, aunque el ordenador portátil estaba abierto sobre la mesa y la chaqueta del traje colgaba del respaldo de la silla. ¿Por qué sólo un cierto tipo de hombre europeo era capaz de lucir con éxito aquel tono bronceado y parecer al mismo tiempo que había salido de un anuncio de Armani?, se preguntó Giselle distraídamente. Trató con todas sus fuerzas de no imaginar a Saul en aquel papel. Pero su traicionera imaginación le jugó una mala pasada, y de pronto, de la nada, creó una imagen demasiado realista de Saul en el papel de un modelo de ropa interior de ese diseñador.

Luchando contra su propia imaginación, Giselle estuvo a punto de dejar caer los papeles que estaba sosteniendo cuando se abrió la puerta que conectaba el despacho interior de Saul con el exterior y él salió.

–Moira, si puedes prepararme un café y un sándwich mientras me doy una ducha, te estaré eternamente agradecido… oh, eres tú –dijo cambiando a un tono menos amable cuando se dio cuenta de que era Giselle la que estaba en su despacho y no su secretaria.

No fueron sus bruscas maneras las que le sonrojaron la piel. Giselle lo supo mientras trataba de mantener el equilibrio bajo el creciente latido de su corazón cuando se dio cuenta de que al entrar en el despacho, Saul había empezado a desabrocharse la camisa. Ya tenía los puños sueltos, dejando al descubierto el vello oscuro que le cubría la piel del brazo mientras se llevaba la mano al cabello en gesto de irritación. No tenía corbata y se había desabrochado los botones superiores de la camisa, de modo que pudo ver su vello. La oleada de conciencia femenina que la atravesó estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio con un poder desconocido y aterrador. No estaba acostumbrada a sentirse así, y el hecho de que le estuviera pasando ahora la enfurecía. Apretó con más fuerza los papeles contra su pecho.

El crujido que emitieron llevó a Saul a centrar la atención en ella. Estaba respirando demasiado deprisa, tenía los labios entreabiertos y las manos le temblaban ligeramente mientras sujetaba los papeles. Su postura era parecida a la de una esclava virgen de una antigua civilización enfrentándose al amo que la había comprado para su placer.

A Saul no le gustaba lo más mínimo la dirección que estaban tomando sus pensamientos. Se había pasado los últimos diez días enzarzado en una dura negociación para conseguir los terrenos de China que quería para expandir su cadena hotelera. Una dura negociación y lo que en su momento le pareció un fácil rechazo a los favores sexuales de las acompañantes que le habían presentado sus anfitriones. Tal vez su cuerpo no estaba tan conforme con el rechazo como él creía, decidió cuando trató de borrar las imágenes que su mente estaba dibujando ahora. Imágenes de una belleza rubia de ojos verdes con poca ropa ofreciéndole la bienvenida y los placeres que los guerreros como sus antepasados solían recibir con frecuencia. Por otro lado, él, aunque también había regresado triunfal de su propia batalla, no podía conseguir siquiera una bebida y un sándwich y se veía obligado a enfrentarse a su mano derecha, con la que no deseaba contar en su vida.

La voz de Giselle atravesó sus pensamientos.

–Puedo volver mañana si ahora estás demasiado ocupado para atenderme.

–Mañana me marcho a Nueva York. Si es lo suficientemente urgente como para que hayas venido a verme a estas horas, entonces será mejor que me digas qué te ha traído hasta aquí. Siéntate –le ordenó antes de hablar al intercomunicador–. Charlie, ¿te importa traerme un doble expreso y un sándwich de la tienda de enfrente? Cárgalo a mi cuenta. Estaré en mi despacho.

Charlie era el portero, según tenía entendido Giselle.

–Bien –dijo girándose hacia ella–. ¿Cuál es el problema?

–Estoy un poco preocupada por uno de los costes del nuevo presupuesto –respondió Giselle–. Tengo aquí los papeles.

Saul dejó escapar un sonido exasperado.

–No puedo verlos si los tienes sujetos con tanta fuerza, ¿no crees? Acércate y déjalos encima del escritorio.

Un haz de luz que penetró a través de las sombras que rodeaban

su escritorio incidió en la barata camisa blanca que llevaba. La mirada de Saul se dirigió automáticamente a sus senos cuando dejó los papeles sobre la mesa. Sus movimientos provocaron que la fina tela se le ajustara al cuerpo, de modo que los pezones quedaban señalados de forma erótica. La mirada de Saul se recreó allí donde el haz de luz sondeaba le tela barata, como si poseyera el masculino deseo de arrancarle la cobertura de la piel y explorar la sensualidad que había debajo.

Debía concentrarse en la razón por la que estaba allí y olvidarse del modo en que la proximidad con Saul Parenti la hacía sentir, se dijo Giselle. Pero, ¿cómo iba a hacerlo si casi podía sentir la mirada crítica de Saul resaltando los comentarios que había hecho Emma sobre ella?

La llegada del portero con el café y el sándwich de Saul fue un alivio, y le permitió estirar los papeles y dar un paso atrás del escritorio mientras Saul le daba las gracias a Charlie, recompensándole con una cálida sonrisa y unas cuantas palabras de charla masculina sobre el equipo de fútbol del portero. Así que Saul Parenti tenía un lado humano, aunque era poco probable que ella llegara a descubrirlo. No sabía por qué aquello tenía que provocarle una sensación de pérdida y de exclusión. No quería que fuera amable con ella. En absoluto.

–¿Cuál es exactamente el problema? –preguntó Saul recostándose sobre la silla y tomándose el café.

–Se trata del nuevo plan. Aquí –le dijo Giselle.

Se había apoyado sobre el escritorio para señalarle la parte en cuestión. Estaba tan concentrada en lo que tenía que decir, que no se dio cuenta del modo en que su postura le colocaba los senos en el campo de visión de Saul.

Pero el sí. Y también su cuerpo, que estaba reaccionando de manera específica a los marcados pezones. Saul acercó la silla al escritorio para ocultar la reveladora tirantez de los pantalones cuando la erección se abrió paso contra la tela. El apetito hacia el sándwich que le había llevado el portero se transformó de pronto en otro tipo de apetito más exigente.

–¿Y cuál es tu conclusión? –la interrumpió cortante.

Necesitaba que se marchara de su despacho para volver a recuperar el control de su cuerpo, y cuanto antes mejor.

A Giselle le ardió la cara. Estaba claro que Saul no quería escucharla y consideraba que estaba perdiendo el tiempo.

–Existen tres posibilidades –respondió con tirantez incorporándose y apartándose del escritorio–. Una: la persona que hizo los planos y el presupuesto cometió un error. Dos: sabía lo que estaba haciendo y estamos ante un intento deliberado de fraude a tu empresa.

–¿Y la tercera? –inquirió Saul, reconociendo ahora que Giselle se había alejado de él que había descubierto algo que podía llegar a ser muy serio.

Pero no estaba de humor para agradecérselo. No podía mientras la reacción de su cuerpo fuera tan intensa.

–Tres: estás poniéndome a prueba y por eso me has colocado delante un error, para ver cómo reacciono.

Saul se la quedó mirando fijamente. La furia alimentó su deseo de librarse de ella.

–A ver si lo entiendo, ¿estás insinuando que yo me rebajaría a semejante juego?

Giselle alzó la cabeza.

–¿Por qué no? Hiciste que se llevaran mi coche.

Saul salió de detrás del escritorio y se dirigió hacia ella. Giselle dio al instante un paso atrás para apartarse. Podía oler su aroma masculino, y la estaba mareando, debilitando, encendiendo un deseo lento que se estaba apoderando de todo su cuerpo.

–Eso no fue más que un indicativo de lo enfadado que estaba ese día –le dijo Saul con firmeza.

Giselle defendió sus sospechas.

–No quieres que esté aquí.

–No –reconoció él–. No quiero.

Y entonces hizo lo que había jurado que no haría y maldijo entre dientes mientras la estrechaba con fuera entre sus brazos y la besaba con toda la furia que había despertado en él desde el instante en que la vio.

Giselle trató de resistirse. Quería resistirse. Pero la mano que había alzado para apartarlo de sí había desarrollado voluntad propia y se deslizaba por su brazo desnudo bajo la manga de la camisa, y el cuerpo que debería estar apartándose de él se fundía en sus brazos.

Giselle era todo fuego, néctar y ambrosía,. El deseo corría embriagador a través de los sentidos de Saul hasta que se sintió invadido por su aroma, su sabor, sus sonidos. Alzó la mano hacia su seno, retirando la tela que separaba su piel de su tacto con la impaciencia propia de un joven inexperto. La decreciente luz del sol abrazaba la pálida piel de Giselle, encendiéndola con su caricia. Su pezón era un montículo duro que reflejaba a su modo la tirantez de su propia excitación.

Bajo la presión de sus besos, Saul sintió y saboreó el gemido de la inconfundible respuesta de Giselle. Quería devorarla, consumirla, tomarla y guiarlos a ambos hasta que estuvieran completamente saciados. Y al mismo tiempo estaba furioso por el hecho de que ella le hiciera sentirse así.

Giselle era consciente de que estaba indefensa, de que era completamente incapaz de resistir la tormenta que se había desatado sobre ella. Sólo podía aferrarse al hombre que la había provocado y rezar por sobrevivir mientras su cuerpo abría todas sus compuertas y dejaba caer sus barreras para dejar paso a la fuerza que ahora la poseía.

Aquello era lo que temía, lo que se había negado a sí misma durante tanto tiempo, y había hecho bien en hacerlo, porque lo que estaba pasando ahora seguramente la destruiría.

Se oyó un portazo en algún lugar del edificio. El sonido hizo explosión en medio de la tensión sensual en la que estaban encerrados, separándolos. A Saul le subía y le bajaba el pecho mientras trataba de recuperar el control; a ella le temblaba todo el cuerpo.

Sin decir una palabra, Giselle se dio la vuelta y salió corriendo como si la persiguiera el mismísimo diablo. No se detuvo hasta que llegó a su despacho, donde recogió a toda prisa la chaqueta y el bolso sin atreverse a mirar atrás mientras salía a toda prisa del edificio.

Saul la observó en silencio. Quería que se fuera. Quería que no hubiera sucedido lo que acababa de pasar. Quería…

Cerró los ojos mientras su cuerpo le decía exactamente lo que quería. No importaba lo que pensara de aquel deseo ni lo mucho que tratara de negarlo. Enrolló los papeles que Giselle había dejado atrás y golpeó con ellos el escritorio. La rabia que sentía contra

aquel deseo terminó de minar su autocontrol.

Capítulo 4

Giselle pudo ver en la esfera iluminada del reloj de la mesilla de noche que eran casi las dos y media de la mañana, pero le resultaba imposible dormir. ¿Cómo iba a dormir después de lo que había pasado? No tenía ni idea de por qué la había besado Saul. Sólo podía pensar que lo había hecho para castigarla. Estaba muy enfadado cuando ella se atrevió a sugerir que pudiera estar tendiéndole una trampa.

¿Qué había esperado él que hiciera? Le había dejado muy claro que no quería contar con ella en su equipo. Incluso había llegado a decir que estaría esperando a que demostrara que no era válida para el trabajo y así poder solicitar que la reemplazaran. En semejantes circunstancias, sin duda cualquiera se mostraría desconfiado para protegerse.

De hecho, hasta donde ella sabía, sus sospechas eran correctas y la rabia de Saul podría haber estado motivada porque no hubiera caído en la trampa que le había tendido. ¿La habría besado para tratar de obligarla a marcharse? Si pudiera hacerlo. Si pudiera pedirles, suplicarles incluso a sus jefes que enviaran a otra persona en su lugar.

Había comprado un periódico camino a casa con la desesperada esperanza de encontrar el anuncio de algún trabajo que le ofreciera una vía de escape. Incluso había buscado en internet algunas páginas de ofertas de trabajo, pero la realidad era que nadie estaba contratando con la crisis. Y por mucho que odiara tener que admitirlo, el aumento de sueldo que le había hecho Saul Parenti implicaba que no encontraría otro trabajo en todo Londres donde cobrara tanto.

Por mucho que odiara el golpe que recibiría su orgullo cada vez que tuviera que cruzar el umbral de la empresa Parenti, y a pesar de sus sospechas de que Saul estaba haciendo todo lo que podía para conseguir que se fuera, la deuda que tenía con su tía abuela era tan grande que tendría que soportarlo. Sin su tía abuela… a Giselle le

daba miedo pensar qué habría sido de ella si la anciana no le hubiera ofrecido su casa, un refugio seguro. Había sido tan cariñosa con ella, protegiéndola, cuidándola… pero Giselle había captado pequeños fragmentos de conversaciones adultas que se convertían en susurros, las sacudidas de cabeza y las miradas que le dirigían esos adultos cuando se daban cuenta de que estaba allí. Entonces había sabido que hablaban de ella. De niña tenía pesadillas y soñaba con aquellas voces espectrales que la acusaban, y unas manos fantasmales que se extendían para arrastrarla hacia la oscuridad.

Nunca habían hablado de ello, pero Giselle sabía que su tía abuela estaba al corriente del secreto del que nunca hablaban. ¿Cómo no iba a saberlo si había sido la causa directa de las muertes de su madre y de su hermano, e indirectamente también de la de su padre? Aunque no conocía los detalles exactos: que Giselle había desobedecido deliberadamente a su madre, que había soltado el carrito y había visto cómo se precipitaba a toda velocidad mientras su madre agarraba el asa justo debajo de las ruedas delanteras de un camión.

Ahora ya no podría dormir. Le daban miedo los recuerdos que saldrían a la superficie si se dormía. No debía seguir por aquel camino oscuro y doloroso. Ya sabía hacia adónde llevaba y los horrores que la esperaban al final.

Si al menos su vida pudiera ser distinta… si en aquel momento, allí mismo, tuviera unos brazos masculinos amorosos que la abrazaran, un pecho fuerte sobre el que apoyarse y la protección de un hombre que la entendiera y perdonara todo lo que había que entender y perdonar y siguiera amándola.

Si al menos hubiera un hombre en su vida, un amante cuyo deseo impidiera que sufriera las punzadas de deseo sexual que había sentido antes en brazos de Saul, cuando su cuerpo había ardido.

Pero no lo había, Nunca lo habría, nunca podría haberlo. El tipo de hombre que deseaba amar, la clase de amante con la que quería compartir intimidad, sería un hombre que llevaría en los genes el anhelo por las cosas tradicionales de la vida: una relación, compromiso, hijos.

¡Hijos! Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. No podía, no

debía tener un hijo. Y por lo mismo, no podría y no debía poner al hombre al que amara en una posición en la que se vería privado de su derecho a ser padre.

La promiscuidad sexual y la supuesta diversión que entrañaba no serían nunca para ella. Si su propia naturaleza no la llevara a rechazarlo, lo habría hecho la educación que le había dado su tía abuela.

Hasta ahora, hasta Saul Parenti, había sido libre de creer que tenía su sexualidad bajo control, y que no existía peligro de que su deseo físico por un hombre la llevara a romper las normas que se había impuesto a sí misma.

Hasta ahora.

Aquellos escasos minutos en brazos de Saul, con sus sentidos hambrientos bajo sus besos y su piel clamando por sus caricias, lo habían cambiado todo. Como si una persona que no creyera en esas cosas hubiera liberado al genio de una botella, ahora tenía que enfrentarse a algo que pensó nunca podría llegar a suceder. ¿Cómo era posible que ella sintiera aquella incontrolable oleada de deseo físico por un hombre que le caía mal? Iba contra todo lo que sabía y comprendía de sí misma. O mejor dicho, contra todo lo que creía saber y comprender sobre la persona que quería ser. En el interior de su cabeza podía ver otra vez al pequeño grupo familiar: su madre, preocupada, tensa e impaciente. El bebé, un niño muy bueno, dormido en el carrito, mientras que ella, la niña mala, desobedecía las instrucciones de su madre, las ignoraba para seguir su propio instinto. Como resultado, dos miembros del trío habían muerto mientras que ella, la tercera, había sobrevivido.

Desde entonces se había esforzado sin descanso por ser «buena» y reparar sus errores. Pero ahora, gracias a Saul, se veía obligada a aceptar que la parte obstinada de su naturaleza no había desaparecido en absoluto.

Nada podría volver a ser como antes de que el apasionado beso de Saul le arrancara la protección de su autoengaño para dejar al descubierto la cruda realidad del deseo físico que sentía hacia él.

¿Cómo podía haber sucedido si siempre tenía tanto cuidado y control? No lo sabía. Lo que sí sabía, sin embargo, era que tratar de negar su existencia no servía de nada. Era igual de inútil que tratar de controlar las mareas. Tal vez fuera un castigo por su pasado. El

doloroso precio que debía pagar por lo que había hecho. Vivir atormentada por un deseo que nunca podría satisfacer. No sabía por qué se veía obligada a soportar la agonía de sentir deseo físico por un hombre que le caía mal y a quien ella caía mal, pero lo que sí sabía era que Saul no debía descubrir nunca su debilidad. No debía saber nunca que le deseaba, que el deseo que había despertado en ella resultaba abrumador. Y lo más humillante de todo, que era algo que no había experimentado nunca.

Como el amor.

Aquel traicionero pensamiento se le deslizó en la mente, pero lo negó al instante categóricamente.

¡No! Lo que sentía por Saul no se parecía en absoluto al amor. Era algo meramente físico. Físico y nada más, Su único consuelo era que Saul no la deseaba a ella con el mismo impulso irracional y abrumador. Porque si fuera así… pero no, no debía ir por ahí. Tenía los ojos secos por la falta de sueño y por contener las emociones, y Giselle se dijo que debía tratar de dormir un poco. Eran las cuatro de la madrugada y tenía que estar en la oficina a las nueve si no quería arriesgarse a que su orgullo sufriera consecuencias. Tomarse el día libre porque no podía soportar la idea de enfrentarse a Saul no era una opción que estuviera dispuesta a asumir.

Saul miraba pensativo por la ventana cuando vio a Giselle entrar en el edificio. No debería haberla besado. Deseaba fervientemente no haberlo hecho. Besarla había abierto una brecha en su barrera moral contra aquel tipo de intimidad con una empleada. Y lo que resultaba más desconcertante era que, en lo más profundo de su interior, sabía que aquello también había atravesado sus defensas emocionales. Entonces, ¿por qué hacer todavía más grande el agujero que Giselle había hecho pensando en lo que había sucedido y regodeándose en ello en lugar de centrarse en cosas más importantes?

Porque necesitaba pensar en ello. Concentrarse para idear un plan con el que enfrentarse a las posibles consecuencias.

Se giró bruscamente y cruzó el despacho a buen paso.

Giselle se dirigió con angustia directamente hacia su despacho,

desesperada por evitar ver a Saul. Sólo se sintió a salvo cuando hubo cerrado la puerta tras de sí con un suspiro de alivio…pero entonces se dio cuenta de que no estaba a salvo, porque Saul estaba allí, entre las sombras, observándola.

–Tenemos que hablar –le dijo sin contemplaciones y sin mirarla directamente cuando se acercó a la ventana y se paró allí para mirar hacia fuera.

Su figura vestida de negro se veía resaltada por la luz que entraba por la ventana. Le estaba dando la espalda a Giselle, así que ella no pudo descifrar su expresión, pero sabía que, si Saul decidía hacerlo, podía darse la vuelta y ver la suya expuesta bajo el inclemente brillo de la luz del sol que se filtraba en el despacho.

–Lo que ocurrió entre nosotros fue un error que no debería haber pasado –afirmó.

Giselle sintió cómo el dolor desataba su ira.

–¿Crees que yo quería que pasara? –le retó–. Bien, pues no es así. Como eres quien eres, apuesto a que crees que todas las mujeres quieren… sentirse cerca físicamente de ti, confiando en que esa intimidad llevará a una relación. Bueno, pues yo no. No deseo eso y nunca lo desearé.

Habló con la suficiente contundencia como para que Saul se girara para mirarla sorprendido.

–Es muy fácil decir eso, pero muéstrame a una mujer que no asegure que quiere ser libre y que después no afirme que siempre había querido se madre en cuanto consigue quedarse embarazada de un hombre al que ve como un cheque en blanco para mantenerla –aseguró secamente.

Aquellas palabras golpearon a Giselle con la misma fuerza que si hubieran sido golpes físicos, sacando a relucir su miedo más profundo.

–Yo nunca seré esa mujer –le dijo con firmeza–. Yo nunca tendré un hijo. ¡Nunca! Y en cuanto a... lo que sucedió, desearía con todo mi corazón que no hubiera ocurrido.

Saul se dio cuenta de que lo decía en serio, y asintió con la cabeza antes de decirle crispado:

–Ya somos dos. Parece que por una vez estamos de acuerdo.

Cuando pasó por delante de ella para dirigirse a la puerta, Giselle le dio la espalda y fingió concentrarse en los planos que

tenía sobre el enorme escritorio.

Sin embargo, una vez en su propio despacho, Saul se dio cuenta de que no le iba a resultar fácil arrancarse de la cabeza ni a Giselle ni a sus besos. La noche anterior, en su elegante casa de Chelsea, Saul había sido incapaz de dormir a pesar de lo cómoda que era su cama con las carísimas sábanas de algodón egipcio que cada día cambiaban y estiraban hasta la perfección los miembros del personal de la agencia que tenía contratada. Estaba obsesionado con Giselle. No podía sacársela de la cabeza, reconoció Saul recordando cómo había visto amanecer a través de la ventana de su dormitorio. La apagada luz del alba casaba con Giselle Freeman, pensó con crueldad, con su traje negro demasiado desgastado, su cabello rubio y su piel tan pálida.

Saul se dio cuenta demasiado tarde de su error. La imagen que se le formó al instante en la cabeza no fue la de la ropa gastada de Giselle, sino la de su camisa apretada contra los senos.

Tal vez su mente estuviera dispuesta a crear una imagen poco agraciada de ella, pero su memoria no quería cooperar. Y en cuanto a su cuerpo…

En contra de su voluntad, recordó lo que había sentido al abrazarla. Si cerraba los ojos podía casi sentir su cuerpo temblando contra el suyo, despertando dentro de él el deseo de cubrirle la boca con la suya y disfrutar del dulce y suave movimiento de sus labios prisioneros. Podía imaginar el peso de su esbelto cuerpo apoyado contra el suyo, provocando en él un efecto tan erótico como si le hubiera colocado la mano en el sexo para acariciárselo abiertamente. Podía visualizar sus senos, desnudos y expuestos para su placer. Cuando era joven, una de sus primeras experiencias sexuales fue con una mujer mayor que él a la que le gustaba que se pusiera hielo en la boca y después se lo quitara e introdujera su ardiente y henchido pezón en aquel frío helador. Saul pensó en Giselle, estremeciéndose salvajemente bajo aquel abrazo, con los dedos entrelazados en los suyos mientras le sujetaba las manos y le succionaba los pezones hasta que ella se retorcía de placer.

Saul cortó abruptamente aquellos pensamientos con el control de su mente. Nunca había sido partidario de las duchas frías, pero en aquel momento era exactamente lo que necesitaba. Y

reconocerlo no le gustó ni lo más mínimo.

Saul no estaba acostumbrado a que algo se escapara de su control, y mucho menos su propio cuerpo. Parecía como si por alguna razón su cuerpo se rebelara contra él. ¿Qué otra explicación lógica podía haber para que insistiera en que encontraba a Giselle deseable cuando él se lo había prohibido expresamente?

Saul repasó mentalmente las mujeres que se había llevado a la cama durante los últimos cinco años. Nunca había sentido la necesidad de demostrar nada como hombre a través de sus conquistas sexuales, pero su apetito sexual se había visto satisfecho por mujeres muy hermosas, mujeres experimentadas y dispuestas a apelar al ego de un hombre, mujeres que no robaban plazas de aparcamiento ni le hacían sentir una irracional sensación de culpabilidad mezclada con compasión y rabia porque se vestían con ropa muy gastada, lo que las hacía destacar en el mal sentido.

Eso era, decidió Saul con gravedad. Si Giselle Freeman llevara el mismo tipo de ropa que las demás mujeres que trabajaban para él, en lugar de destacar y por tanto obligarle a fijarse en ella, se fundiría con el papel de las paredes, por decirlo de alguna manera. ¡Problema resuelto!

Saul presionó con impaciencia el intercomunicador y le dio instrucciones a su secretaria. La escuchó suspirar y preguntó:

–¿Qué pasa?

–Saul, si me lo permites, creo que a Giselle no le gustará que le digas que se presente en Harvey Nichols para que le proporcionen ropa de trabajo nueva y así parecerse a las demás mujeres que trabajan aquí.

–Si protesta, dile que no tiene elección –ordenó Saul antes de dar por finalizada la llamada.

Estaba contento. No sólo porque había resuelto el problema, sino porque además, y lo que era más importante, creía haber encontrado la causa. Se estaba concentrando en Giselle porque destacaba entre las demás mujeres. Cuando dejara de hacerlo, dejaría de fijarse en ella, y cuando dejara de fijarse en ella, dejaría de… ¿de desearla? No la deseaba, se dijo.

No mucho.

Desear a una mujer, a cualquier mujer, era el primer y peligroso paso para entrar en un camino que no tenía intención de recorrer.

Su padre adoraba a su madre y ¿qué había conseguido con eso? Estaba muerto porque su madre se había negado a dejar su trabajo de ayuda humanitaria y su padre no había sido capaz de soportar estar lejos de ella. Saul no quería arriesgarse a amar a una mujer hasta ese punto. Era mucho mejor no amar en absoluto, y eso era exactamente lo que pensaba hacer. No quería amar a nadie y no quería tener un hijo. Los niños eran vulnerables, rehenes indefensos del destino. Sus emociones eran tan tiernas que un padre podía dañarlas con una frase o un gesto. Él no quería cargar con el peso de aquella responsabilidad.

Su madre, por ejemplo, cargó con la responsabilidad de tenerlo a él. Saul recordaba perfectamente cómo después de pasar quince días maravillosos con sus padres el primer verano que fue a un internado, le había suplicado a su madre que le dejaran quedarse todo el tiempo con ellos.

–Puedo estudiar con los libros –le había dicho–. Puedes darme clase como se la das a otros niños. Papá y tú.

–No, Saúl –se negó su madre con suavidad y al mismo tiempo firmeza–. Si tu padre y yo te dedicáramos todo el tiempo a ti, ¿cómo íbamos a trabajar en algo tan importante como es ayudar a los miles de niños que no tienen las ventajas con las que cuentas tú? Tienen muchas carencias y necesitan muchas cosas.

«Te tienen a ti», quiso protestar Saul con sus ocho años. Pero por supuesto no lo había hecho, porque sabía que aquel comentario molestaría a su madre. Para ella era muy importante que Saul comprendiera las necesidades de los niños para los que trabajaba, víctimas de la guerra y de países devastados. Niños que merecían su tiempo y su amor más que él.

Capítulo 5

¿Saul ha hecho qué?

Moira suspiró en silencio al advertir el tono humillado en la voz de Giselle.

–Me ha pedido que te concierte una cita hoy a las cuatro de la tarde en Harvey Nichols.

La secretaria se detuvo para tratar de encontrar las palabras adecuadas.

–Saul ha explicado que debido a los gastos que te genera el cuidado de tu tía abuela no puedes permitirte…

–¿Qué no puedo permitirme? –le espetó Giselle enfadada–. Comprarme mi propia ropa?

–Piensa que sería más fácil para ti integrarte si tuvieras conjuntos de ropa más adecuados mientras trabajes aquí. Creyó que te ayudaría si…

–¿Ayudarme? ¿Avergonzándome así?

–No creo que ésa haya sido ni por un instante su intención, Giselle –trató de aplacarla y tranquilizarla Moira–. De hecho tengo la impresión de que te admira por lo que estás haciendo. Yo también te admiro. No debe de ser fácil para ti.

Giselle se puso tensa al advertir el tono compasivo de la otra mujer.

–¿Qué no debe ser fácil para mí? ¿Llevar ropa barata? Se me ocurren muchas cosas más difíciles de soportar.

Moira lo intentó con otra táctica.

–Una parte muy importante de los negocios de Saul proviene de las altas finanzas internacionales, y se trata de convencer a los poderosos de que asociarse con él e invertir en sus proyectos redundará en su beneficio. Ésa es la razón por la que cree que es importante mantener una imagen adecuada. Nuestro personal es muy joven, y viste sofisticadamente.

–Entonces, no es por mi bien por lo que ha dado instrucciones de que me avergüencen –la retó Giselle–, sino por el suyo.

–Por el suyo y por el tuyo –insistió Moira.

–No lo haré –afirmó Giselle con decisión–. Puede buscarse a otra persona del estudio. De hecho, ojalá lo hiciera.

–¿De veras? Eso significaría que tendrías que volver con tus antiguos jefes con la cabeza gacha. Saul es su cliente más importante. Entiendo cómo te sientes, pero tienes que pensar en tu futuro. Y si tienes que ocuparte de pagar los cuidados de tu tía abuela, puede que no sea buena idea poner en peligro tu fuente de ingresos.

Lo que Moira estaba diciendo tenía sentido y Giselle lo sabía. Pero eso no significaba que le gustara oírlo.

La inicial oleada de adrenalina que había nacido con las primeras palabras de Moira se había calmado ahora, dejando a Giselle temblorosa y emocionalmente débil.

Moira le puso la mano en el brazo. Estaban en el despacho de Giselle, donde la otra mujer había entrado para comentarle las instrucciones de Saul.

–Entiendo cómo debes sentirte, y cómo me sentiría yo en tu lugar –le dijo con voz pausada.

No, no lo entendía, pensó Giselle. ¿Cómo lo iba a hacer? ¿Cómo iba a entenderla nadie? Ella era la que había sido sometida a aquella humillación por parte de Saul. Era ella de la que se habían burlado… y a la que habían besado dejándola vulnerable.

–No puedo permitir ni permitiré que Saul me compre ropa. Y como no puedo permitirme comprar por mí misma lo que él parece considerar necesario para trabajar a su lado…

–No es Saul quien va a pagarla; es la empresa. Si tuvieras que llevar un uniforme de la compañía, no protestarías porque la empresa te lo proporcionara, ¿verdad? –la retó Moira con brusquedad, y continuó sin darle tiempo a responder–, esto es exactamente igual. Saul exige que lleves el mismo «uniforme» que sus otras empleadas.

–No lo haré –insistió Giselle–. Y voy a ir a decírselo.

–No puedes –le dijo Moira, colocándose delante de ella cuando Giselle se dirigió hacia la puerta–. No está aquí. Se ha marchado esta mañana a Nueva York. No tomes una decisión ahora mismo, Giselle. La cita no es hasta las cuatro.

Aquél era su castigo por lo de la noche anterior, pensó Giselle

cuando Moira se hubo ido. El teléfono sonó cuando todavía estaba dándole vueltas a la situación. La que llamaba era Emma.

–No te imaginas lo que ha pasado –le dijo Emma sin preámbulo en cuanto Giselle hubo respondido a la llamada–. Bill Jeffries ha sido suspendido de empleo y sueldo hasta nuevo aviso porque Saul Parenti ha puesto en duda sus presupuestos. Y tengo que advertirte de que Bill te está echando la culpa a ti, Giselle. Te aseguro que tienes suerte de estar trabajando allí y no en el estudio.

Al escuchar a Emma, Giselle sujetó con más fuerza su teléfono móvil. Se debatía entre la incredulidad de que Saul se hubiera tomado sus sospechas en serio y hubiera informado al estudio para que siguieran investigando, reforzando la idea de que tal vez se hubiera equivocado al pensar que había intentado tenderle una trampa, y la certeza de que la puerta para escapar de la empresa Parenti se acababa de cerrar.

Una hora más tarde, de camino a la máquina de café, una de las empleadas le sonrió y le preguntó si se estaba habituando bien. Giselle no pudo evitar fijarse en el aspecto tan elegante que tenía Aimee. Su traje negro no brillaba de tanto lavarlo, pero seguramente no habría estado nunca cerca de una lavadora, pensó Giselle. Parecía demasiado caro para eso.

–Saul es guapísimo, ¿verdad? –comentó Aimee mientras recogía su café–. Es una pena que no quiera compromisos ni sentar la cabeza. En caso contrario, seguro que todas estaríamos intentando convertirnos en la futura señora Parenti. Pero esa posibilidad no existe. Él siempre ha dicho públicamente que tiene intención de permanecer soltero y sin familia. Ah, a finales de mes es mi cumpleaños. Si estás libre, ven a tomarte unas copas con nosotras después del trabajo.

Giselle reconoció que las otras chicas parecían muy amables, y le habría gustado aceptar la invitación a tomar unas copas si…

¿Si qué? ¿Si pudiera permitirse vestir como ellas?

Se le derramó en la encimera parte del café que acababa de servirse cuando la mano le tembló traicionera. Giselle se recordó a sí misma que no era sólo la ropa cara lo que la separaba de sus compañeras. También estaba la diferencia de su actitud hacia Saul. La razón por la que él no quería comprometerse y sentar la cabeza se debería seguramente a que no consideraba a ninguna mujer lo

suficientemente buena para él, pensó mientras se dirigía a su despacho con el café en la mano. Ellas parecían dispuestas a adorarle, mientras que ella le odiaba.

Sobre las tres de la tarde ya había tomado una decisión respecto a lo que debía hacer respecto al asunto de que Saul le proporcionara ropa para trabajar… o mejor dicho, se había visto obligada a tomar dicha decisión tras la llamada telefónica de Emma.

Por muy furiosa que le hubiera puesto, tenía que aceptar el dictamen de Saul. Cuando fue a informarle a Moira de su decisión no fue capaz de mirar a la otra mujer a los ojos.

En aquellos momentos, no había nada que deseara más que tener independencia económica para poder negarse a trabajar con Saul y a aceptar la ropa que él consideraba adecuada. Pero por supuesto, no podía. No mientras si tía abuela dependiera económicamente de ella. Le debía mucho a su anciana pariente, y nada, ni siquiera su propio orgullo, podía interponerse en su deseo de hacer todo lo que pudiera para pagar la deuda de amor y de lealtad que le debía.

Sin su tía abuela habría acabado en un centro de acogida para menores, o en algún sitio peor. Giselle sintió aquel familiar mareo y el miedo creciendo en su interior. No era culpa de Saul que se sintiera así, con sus antiguos miedos surgiendo de su interior para atormentarla. Giselle sintió la compasión de Moira hacia ella en el silencio que les rodeaba.

–Te facilitará mucho la vida si aceptas que Saul es aquí la ley –le dijo la otra mujer rompiendo el silencio–. Y que no le gusta que se cuestionen sus decisiones.

Media hora más tarde, Giselle salió a la calle y vio cómo una pareja joven se detenía para darse un tierno beso. El corazón le dio un vuelco. Una peligrosa emoción se había apoderado de ella, una sensación de dolor y tristeza porque a ella nunca la besarían así, porque a ella nunca la abrazaría un hombre en un momento íntimo de confianza y amor.

Aquel sentimiento seguía preocupándole una hora más tarde cuando se sentó en la sala probador del salón de Harvey Nichols

con una taza de café en la mano mientras esperaba a que la estilista y sus ayudantes regresaran con una selección de ropa para que se la probara. ¿Por qué después de tantos años arreglándoselas para no pensar en todo lo que se perdía por su promesa de permanecer sola, ahora su cuerpo y sus emociones la traicionaban reaccionando como lo habían hecho con Saul?

Le tembló la mano y derramó el café por la falda de su traje barato.

¿Qué le estaba ocurriendo? Siempre había sabido que no podía escapar de su carga. Lo sabía y lo había aceptado, agradecida por el hecho de que nadie aparte de su tía abuela supiera el terrible secreto que ocultaba. Ya le atormentaba bastante la culpabilidad, no necesitaba la crueldad añadida de lo que había experimentado el día anterior en brazos de Saul.

No había lugar en su vida y nunca lo habría para apoyarse en un hombre fuerte que cargara con sus problemas si ella se cansaba. Ni tampoco para el intenso deseo femenino que latía en su interior.

El problema estaba en que estaba tan acostumbrada a cerrarse a lo que la mayoría de las mujeres consideraría reacciones normales al sexo masculino, que se había relajado, se dijo para tranquilizarse mientras se tomaba el café. Saul Parenti no tenía poderes mágicos que la hicieran más vulnerable a él que otros hombres. Sencillamente, había bajado la guardia, eso era todo. Nada más.

El chirriar de las ruedas de un perchero portátil moviéndose le hizo saber que la estilista había regresado. Giselle terminó a toda prisa el café, se atusó la oscura tela de la falda y trató de ocultar la vergüenza que le producía estar allí.

–Es frecuente que a las clientas que han perdido peso les resulte difícil juzgar lo que va a quedarles bien –le informó el estilista a Giselle con una sonrisa media hora más tarde cuando la hubo convencido para que se probara un traje de chaqueta negro de un diseñador muy popular.

Giselle no contestó. Estaba demasiado ocupada observando su propio reflejo en el espejo de cuerpo entero. Sin duda aquélla no podía tratarse de su figura, con la cintura estrecha y la curva de las caderas y el trasero sutilmente marcadas por la forma de la elegante falda negra. Debía ser el espejo el que la hacía tener aquel aspecto.

Había leído en algún sitio que las salas de probadores tenían espejos en los que las clientas se veían más delgadas de lo que en realidad eran.

–Póngase la chaqueta –la animó la estilista–. La falda es de la talla ocho, pero la chaqueta es la diez porque tiene usted un buen busto.

¿Un buen busto? ¿Qué quería decir eso?

Giselle lo descubrió enseguida, cuando se puso la chaqueta y vio cómo los hombros ajustados y la forma de la cintura le acentuaban los senos.

Se la quitó asustada, sacudiendo la cabeza mientras le decía a la estilista:

–No, no puedo llevar esto.

–Pero si le queda perfecto.

–No, es demasiado… revelador. Necesito ropa de trabajo cómoda que tenga un aspecto elegante, no ropa que atraiga la atención sobre mi cuerpo.

La estilista se rió.

–Entendería que dijera eso si le hubiera llevado conjuntos más ajustados. Tengo que confesar que me sentí tentada porque tiene una figura perfecta para ellos. Confíe en mí –le aseguró–. Esta ropa es perfecta para usted.

Antes de que Giselle pudiera objetar de nuevo, la joven sacó una camisa blanca ajustada que le pareció hecha con lycra.

–Recomendamos un par de camisas y un par de sencillas camisetas blancas de manga corta y cuello redondo como guardarropa básico. Ahora estamos en abril, así que creo que deberíamos añadir una falda más ligera, algo que pueda ponerse con la chaqueta. A mí personalmente me encanta ésta negra, gris y blanca.

Giselle observó con creciente desasosiego cómo iba creciendo la pila de ropa. Ropa elegante y bonita, ropa para alguien cuya vida incluía todas aquellas cosas que ella no tendría ni podría tener. Pero no había nada que pudiera hacer o decir. Saul había dado órdenes de que tuviera un guardarropa adecuado para trabajar con él, y Moira le había advertido que no le desafiara.

¿Acaso si lo hacía la castigaría? ¿Cómo? ¿Besándola otra vez? ¿Tocándole el cuerpo, los senos, torturándole el pezón hasta llevarla

a desear que…?

Con el rostro encendido en fuego y el corazón latiéndole con fuerza, Giselle trató de apartar de sí aquellos peligrosos pensamientos.

Tres tazas de café más tarde todo había terminado, y ella con su nuevo guardarropa, que para su disgusto incluía medias finas, elegantes zapatos y lo peor de todo, ropa interior de su talla, entraban en un taxi que la llevaría a su casa. Al parecer, la carrera del taxi también se incluiría en la factura que iba a pagar su nuevo jefe.

Giselle sintió cómo el rostro se le volvía a sonrojar al imaginar a los empleados del departamento de contabilidad escudriñando la factura de su ropa interior nueva. No tanto el suave y práctico sujetador de tirantes, sino las demás cosas: Los delicados sostenes de seda y encaje a juego con las braguitas. A ella le parecieron de corte demasiado bajo, pero la estilista había insistido en que iba a necesitar todo aquello. ¿Cómo era posible que alguien que llevaba una vida como la suya necesitara algo tan sensual y seductor? Y en cuanto a los dos vestidos de noche que se habían incluido a pesar de sus protestas de que nunca se los pondría…

Su apartamento estaba técnicamente en Notting Hill. Se lo había comprado con el dinero del fideicomiso que se había creado tras la muerte de sus padres y que había recibido al cumplir los veintiún años, justo antes de que la crisis comenzara. Estaba situado en la planta baja de una casa victoriana y tenía un pequeño jardín trasero, un salón amplio, dos habitaciones con baño, cocina y un comedor que se abría al jardín.

Los dueños anteriores habían reformado por completo el apartamento, y Giselle no tuvo más que comprar algunos muebles y mudarse.

Era consciente de que la mayoría de las mujeres consideraría su apartamento carente de feminidad, pero no le importaba. Una decoración que reflejara algún tipo de sensualidad no iba con ella. Podría llegar a despertar deseos y anhelos que no podía permitirse. Prefería su casa tal y como estaba, aunque los demás pensaran que tenía un aspecto impersonal.

Ni fotografías ni adornos rompían la oscura superficie de los muebles. Los suelos de madera carecían de alfombras, en el sofá de

cuero no había cojines. Los dormitorios reflejaban la misma decoración espartana. Todo el apartamento estaba inmaculado, como si nadie viviera allí. Pero lo cierto era que ella no vivía en realidad en ningún lado, se dijo Giselle mientras salía al estrecho pasillo, agrandado por los espejos de la pared, y llevó las elegantes bolsas a su dormitorio. Ella en realidad no «vivía», tal como el resto de la gente entendía aquella palabra.

Cuando no estaba trabajando o viajando hacia el norte para visitar a su tía abuela, pasaba el mayor tiempo posible visitando los museos de Londres, caminando por los parques de la ciudad o sentada simplemente en un café viendo pasar la vida. Un mundo de parejas, familias y felicidad en el que ella no tenía cabida y nunca la tendría.

El dormitorio principal del apartamento contaba con el lujo de un vestidor. Por primera vez desde que sus antiguos dueños se marcharon, tendría algo colgando parejo con su exclusivo diseño, pensó Giselle mientras empezaba a sacar la ropa de las bolsas. Ropa que sabía que se vería obligada a llevar.

Trató de decirse que era sólo ropa. Ella no la había elegido, ni tampoco era un regalo. Era más bien un uniforme, y en eso debería pensar cuando se la pusiera. No en lo elegante que le hacía parecer, sino en lo doloroso que le resultaba llevarla. Debía pensar en ella como en un castigo que debía cumplir. Un castigo que le había impuesto Saul.

Giselle alzó la barbilla. Bien, se aseguraría de que nunca supiera que había conseguido humillarla… una vez más. No permitiría que supiera cómo se sentía cuando la mirara. De hecho, actuaría como si estuviera «agradecida» por su «generosidad», y así le privaría de la satisfacción que le daría saber que estaba obsesionada con él.

Capítulo 6

A través de la cristalera que recorría toda la longitud de su despacho, Saul podía mirar desde arriba la zona de recepción y sus constantes entradas y salidas. Su mirada se concentró en una única persona que estaba cruzando el vestíbulo. Era Giselle, vestida de manera mucho más elegante que la última vez que la había visto.

Así que había obedecido sus órdenes. Bien. Por supuesto, aquélla era la única razón por la que la estaba mirando, para asegurarse de que así era. Entonces, ¿por qué al ver cómo dos hombres de su equipo directivo se giraban para mirarla pasar con discreta pero firmemente masculina apreciación se le erizó el vello como si fuera un perro guardián? Porque no quería coqueteos entre los miembros de su equipo para que no se distrajeran del trabajo, se dijo Saul con firmeza. Ésa era la razón.

Habían pasado más de doce horas desde que regresó de Nueva York antes de lo que tenía pensado. Se alegraba de que sus reuniones de negocios en Nueva York hubieran ido bien, pensó Saul, porque la situación en otro aspecto de su vida no iba tan bien.

Había recibido una llamada de teléfono desconcertante de su primo mientras estaba en Nueva York por la que dedujo que Aldo había sido víctima de una estafa piramidal y probablemente había perdido los veinte millones que Saul le había dado cuando se dio cuenta de los apuros económicos que estaba pasando.

Ser el gran duque de un país podía parecer una posición elevada, pero ni el ducado ni el propio país eran ricos, y aunque el oligarca ruso había prometido que ayudaría a su yerno, que se había casado con su hija completamente enamorado, hasta el momento no lo había hecho. Aunque Saul no quería que su primo se viera económicamente ligado a aquel ruso. Ya era suficientemente malo que estuviera emocionalmente atado a su hija.

Saul compuso un gesto de disgusto y desprecio. Había una historia de hostilidad entre Natasha, la esposa de su primo, y él…

principalmente porque él había rechazado las insinuaciones de la joven.

¡Mujeres! Natasha era una arpía celosa que no sentía ningún remordimiento por utilizar a su primo para sus propios fines, y Saul evitaba su compañía todo lo que podía. En otras circunstancias habría tratado de solucionar el desastre de las finanzas de Aldo sin tener que visitar Arezzio, pero en esa ocasión iba a resultarle imposible. Lo que significaba que tendría que ir hasta allí. Era una pena que actualmente no tuviera ninguna relación. Llevar a una mujer a su lado y compartir cama con ella ayudaría a mantener a Natasha a raya.

Como si poseyera el instinto de una paloma domesticada, su atención regresó hacia Giselle.

Sin poderlo remediar, su mirada se deslizó por la curva de sus caderas antes de subir por la camisa blanca que más que revelar insinuaba modestamente la curva de sus senos. Lo que había comenzado como un ejercicio mental se había convertido en algo mucho más personal e íntimo a tal velocidad que su cuerpo estaba reaccionando ante el escrutinio visual antes de que pudiera impedirlo.

¿Qué diablos le estaba ocurriendo? Giselle no era su tipo. Además, le irritaba como ninguna otra mujer que hubiera conocido nunca. Y sin embargo, cada vez que trataba de ponerla en su sitio, algo que hacía o decía, algo que revelaba sobre sí misma sin darse cuenta provocaba en él una punzada de simpatía hacia ella. Era como una espina clavada bajo la piel, una china en el zapato… una molestia de la que no podía escapar. Como aquella creciente necesidad de saber más sobre ella.

Era la primera y única mujer que había conocido que le había dicho que quería seguir sola y no tener hijos, y lo había dicho en serio. ¿Habría tomado aquella decisión porque se había quedado huérfana como él?

Giselle se había detenido en medio del vestíbulo y estaba mirando a su alrededor como si sospechara que alguien la estaba siguiendo… u observando. Saul se apartó de la cristalera. No era propio de él permitir que alguien le obsesionara. Todo se debía a que habían pasado más de seis meses desde que puso fin a su última relación. Por eso sentía aquel anhelo cada vez que la veía. Tampoco

podía olvidar lo que había sentido cuando besó a Giselle, cuando la tocó y sintió cómo respondía a él como si estuviera poseída por el mismo deseo compulsivo que lo arrastraba a él.

La última mujer con la que había salido había empezado a dar cosas por sentado, y con ello llegaron las exigencias, lo que llevó a Saul a dejarle claro que no tenía intención de que ni ella ni ninguna otra mujer formaran parte permanente de su vida.

Creía que sus padres serían algo permanente, pero le habían dejado, y su muerte le enseñó que no podía confiarse en que nada ni nadie fuera a estar allí para siempre. ¿Sería eso lo que Giselle sentía? ¿Comprendería ella mejor que nadie que para él resultaría imposible volver a pasar por un dolor así y sobrevivir? Si se lo contaba, ¿ella…?

Maldiciendo entre dientes, Saul contuvo sus pensamientos. Nunca había hablado de lo que sentía por la muerte de sus padres con nadie, y no pensaba hacerlo. Era más seguro guardarse aquellos pensamientos. Así le resultaría imposible resultar herido o sentirse traicionado cuando sucediera lo inevitable.

Sabía que Natasha le haría daño a Aldo y le traicionaría, y probablemente muy pronto. Sus pensamientos regresaron hacia su primo. Sí, Natasha le haría daño a Aldo, pero no sería a través de él. Llevarse a otra mujer ayudaría sin duda a mantener a Natasha a raya. Volvió a dirigir de nuevo la mirada hacia Giselle y la mantuvo allí mientras consideraba la situación, con la mente trabajando con la velocidad y la claridad de un hombre acostumbrado a tomar decisiones rápidas.

–Moira –le dijo a su secretaria cinco minutos más tarde entrando en su despacho–. Voy a tener que volar a Arezzio. Búscame un vuelo con la compañía de jets privada, por favor.

–¿Para cuándo?

–Cuanto antes.

–Tienes un almuerzo de trabajo en media hora con lord Richards –le recordó Moira.

–Sí, lo sé –contestó Saul–. Voy a llevarme a Giselle conmigo. He decidido que voy a matar dos pájaros de un tiro y voy a visitar también Kovoca. Tengo algunos asuntos que resolver con los planos y prefiero hacerlo in situ.

Tras asentir con la cabeza, Moira preguntó:

–¿Vas a quedarte en la isla? Si es así, avisaré al guardés de la villa.

–Sí –confirmó Saul.

Ahora era demasiado tarde para cambiar de opinión y para escuchar la voz interior que estaba cuestionando el razonamiento de lo que estaba haciendo. O la razón por la que Giselle ocupaba sus pensamientos. ¿Y qué si así era? No significaba nada.

Quince minutos más tarde, Moira le contó que un jet privado le estaría esperando en el aeropuerto de Luton a las seis en punto.

Saul consultó su reloj.

–Será mejor que me vaya. No quiero hacer esperar a lord Richards. Dile a Giselle que puede tomarse el resto del día libre y que la recogeré en su casa a las tres y media. Así tendremos tiempo de sobra para llegar a Luton.

–¿Cuánto tiempo crees que estaréis fuera? –le preguntó Moira.

–Cinco días como mucho… seguramente menos. Podré ser más concreto cuando haya hablado con Aldo y sepa lo que está pasando.

A Giselle le latía con fuerza el corazón. Todavía estaba en estado de shock por haber sabido que tenía que acompañar a Saul de viaje a Kovoca, un viaje al que no podía negarse porque estaba claro que formaba parte de su trabajo y poner objeciones estaba fuera de toda cuestión. Quedaría poco profesional, y peor todavía, llevaría a Saul a darse cuenta de… ¿de qué? ¿De que le daba miedo estar a solas con él por el modo en que la hizo sentir cuando la besó? No podía colocarse en aquella posición. Y no lo haría.

Lo que haría sería concentrarse en ser completamente profesional. Miró hacia la cama y hacia la ropa que había extendido sobre ella. Los viajes de campo, según su experiencia, requerían de ropa cómoda, como pantalones vaqueros. Y como sabía por los informes que el terreno de la isla era bastante irregular, necesitaría también un par de zapatos cómodos.

Sin embargo, Moira le había advertido de que Saul iba a combinar el viaje a la isla con una visita a su primo, el gran duque de Arezzio, para lo que Moira había descrito vagamente como «un asunto familiar».

Giselle consultó su reloj. Eran casi las tres en punto. Moira había dicho que Saul la recogería a las tres y media para ir juntos al

aeropuerto. Volvió a mirar a la cama para asegurarse de que había sacado todo lo que necesitaba. Pantalones vaqueros, sus dos camisas blancas nuevas, ropa interior, zapatos cómodos y calcetines. Viajaría con uno de sus trajes de chaqueta y camisa blanca.

Había tomado la precaución de comprobar por internet cuando llegó a casa cómo iba a hacer en Kovoca y en Arezzio en aquel momento del año. Había supuesto correctamente que haría más calor que en Londres.

Tres y diez. Tenía que darse prisa. La única maleta que tenía era la pequeña que utilizaba cuando viajaba al norte unos días para ver a su tía abuela.

Había terminado casi de hacer la maleta cuando sonó el timbre de la puerta. Las braguitas que estaba sujetando se le cayeron de la mano y se le aceleró el ritmo cardíaco. ¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿O lo que sentía era emoción, no nerviosismo?

Por supuesto que no era emoción. ¿Por qué iba a serlo?

El timbre volvió a sonar, obligándola a correr hacia la puerta.

Saul estaba en el umbral, y una limusina larga, oscura e impecable estaba aparcada en la entrada.

–¿Estás lista? –le preguntó.

–Todavía no. Moira dijo que vendrías a las tres y media –contestó Giselle a la defensiva dando un paso atrás hacia el recibidor, y deseando no haberlo hecho cuando Saul entró–. Pero no tardaré mucho. Si quieres esperarme en el coche…

–Nunca creo a una mujer cuando dice que no tardará mucho. Según mi experiencia, las mujeres tienen una idea muy elástica del tiempo.

–Eso puede que tenga más que ver con las mujeres con las que te relacionas que con la verdad sobre ellas en general –señaló Giselle sin poder resistirse mientras corría por el pasillo, deteniéndose únicamente para girarse hacia él y hacerle una seña para que entrara al salón–. Sólo tardaré cinco minutos.

Saul asintió con la cabeza.

No estaba preparado para admitir que sentía curiosidad por ver dónde vivía y cómo. Recogerla en su casa había sido sólo una idea para ahorrar tiempo. Sin embargo, ahora que estaba allí, estaba preparado para admitir que resultaba imposible saber nada de su vida a través de la impersonal desnudez decorativa de su casa.

¿Dónde estaban las fotografías? Los preciados objetos femeninos que estaba acostumbrado a ver en las casas de las mujeres con las que había salido a lo largo de los años. En aquel salón no había nada que pudiera hablar de la mujer que vivía allí.

Saul miró el reloj. Giselle había dicho cinco minutos, y sólo faltaba uno. Saul abrió la puerta del pasillo y avanzó hacia lo que creyó que debía ser su dormitorio. La puerta estaba abierta, y oyó el sonido de la cremallera de una maleta al cerrarse. Miró hacia la habitación desde el umbral. Al igual que el salón, estaba vacía de cualquier ornamento femenino.

–¿Éste es tu dormitorio? –preguntó provocando que Giselle, que no se había percatado de su presencia hasta que oyó su voz, se diera la vuelta al instante para mirarlo.

–Sí –confirmó ella entre dientes, como si le costara reconocer algo tan nimio ante él.

–Parece la celda de una monja en lugar de la habitación de una mujer moderna –aseguró Saul.

Giselle expulsó el aire de los pulmones como si le hubieran asestado un fuerte golpe, pero no iba a dejar aquello sin respuesta.

–Seguramente porque la estás comparando con el dormitorio de un tipo de mujer muy diferente a mí.

Al hablar dejó muy claro por el tono y por su expresión que aquel tipo de mujer «diferente» era en su opinión inferior a ella.

Comparada con las mujeres que habían compartido su cama y que se tenían a sí mismas en tan alta estima, Saul tuvo que admitir que Giselle tenía agallas a pesar de que iba a enzarzarse en una pelea para la que estaba poco preparada. Y lo que era más importante, una pelea que Saul no tenía intención de dejarle ganar.

–No tan diferente como a ti te gustaría pensar –aseguró con suavidad mientras se inclinaba para recoger del suelo unas braguitas de encaje que debieron haberse caído de la cama cuando hacía la maleta.

En la mano de Saul, aquella delicada pieza de lencería parecía todavía más deliberadamente sensual.

–Debe ser algo común a todas las mujeres el gusto por llevar la clase de ropa interior que nos gusta ver y tocar a los hombres.

–Yo no lo escogí –le espetó Giselle mientras trataba de quitárselas.

Pero en lugar de soltarlas, Saul las apretó con más fuerza y dijo:

–Entonces, ¿son el regalo de algún amante?

–¡No!

Giselle sabía que estaba perdiendo el control en una mezcla de ira y vergüenza que la atormentaba y que había despertado deliberadamente aquel hombre que sin duda disfrutaba provocándola. Quería recuperar el control, pero no podía. Era como estar atrapada en una fina telaraña. Cuanto más se revolvía para tratar de liberarse, más se enredaba en ella. Como cuando se decían mentiras.

Mentiras… qué fácil era dejarse engañar por su fácil promesa de seguridad. Como la oferta de dinero de un usurero. Y como en la usura, el pago que exigían las mentiras a cambio de lo que entregaban se cobraba con intereses, formando una carga insoportable de la que nunca podría librarse. Pero, ¿cómo iba a decir nunca la verdad, toda la verdad, sin que la juzgaran y le pusieran una etiqueta? Había dado y seguiría dando todos los pasos necesarios para asegurarse de que la historia nunca se repitiera.

Observándola, Saul vio cómo la resistencia de ella se evaporaba. Sin embargo, el brusco paso de adversario furioso a ser alguien que parecía demasiado asustado siquiera para respirar no le produjo ninguna satisfacción. El instinto le dijo que no era él quien había conseguido la victoria, sino alguien o algo más.

–Necesitarás un vestido de noche –le advirtió Saul con aire distraído.

¿Quién o qué había provocado aquel miedo que había visto crecer en ella? ¿Y por qué querría saberlo? Siempre había sido un hombre que se negaba a permitir que las mujeres que se llevaba a la cama sacaran a relucir sus sentimientos durante la relación. Pero no se había llevado a Giselle a la cama, y no tenía ninguna relación con ella. Más razón todavía para no cuestionar sus reacciones.

–¿Un vestido de noche?

–Sí. Moira te ha dicho que visitaremos Arezzio antes de ir a Kovoca, ¿verdad?

–Dijo que tenías unos asuntos familiares que atender –reconoció Giselle.

–Asuntos familiares, sí, pero no creerás que vas a comer sola en tus aposentos como una gobernanta victoriana. Y como a la esposa

de mi primo le gusta ejercer de gran duquesa y vestirse para las cenas, necesitarás un atuendo adecuado. ¿O acaso creías que quería que te vistieras para mí? –le planteó Saul con rudeza.

–Por supuesto que no –respondió ella.

–Bien. No me gustaría que te hicieras una idea equivocada, porque…

Giselle le detuvo.

–Ya me lo has advertido.

No quería que Saul mencionara los besos. Y menos allí, en su dormitorio, en el que no había habido una noche en la que no se despertara del sueño por el recuerdo de aquellos besos y cómo le habían hecho sentir.

Giselle agradeció la excusa que su afirmación de que necesitaría llevar un vestido de noche le había dado para poner algo de distancia entre ellos. La fría intimidad del vestidor le proporcionó la oportunidad que tanto necesitaba de llevarse las manos al ardiente rostro y trató de calmar el acelerado latido de su corazón. Le latía así porque estaba furiosa, se dijo, y no por ninguna otra razón. No porque su dormitorio estuviera ahora inundado por el aroma masculino del hombre que le robaba el sueño desde hacía dos semanas y cuyo tacto estaba ya impreso en su cuerpo y en sus sentidos. Buscó a ciegas los dos vestidos de noche que la estilista había seleccionado para ella.

Mientras esperaba, Saul observó su dormitorio. No había allí ninguna señal que indicara quién o qué era. La habitación era como un lienzo en blanco de buen gusto anodino. No hubiera sabido que se trataba de su dormitorio si no hubiera sido por un pequeño detalle. Tal vez no llevara perfume, pero su cuerpo tenía su propio aroma personal, un olor que el hombre que la había abrazado podía reconocer. Aquel aroma le recordó a Saul cómo la había sentido cuando la besó, cómo su cuerpo había respondido a su tacto, con los pezones henchidos y sonrojados…

Ya lo estaba haciendo otra vez… o más bien, se lo estaba haciendo ella otra vez.

Giselle había vuelto a entrar en el dormitorio. Saul observó cómo bajaba la cremallera de la maleta y guardaba rápidamente el vestido que estaba sosteniendo. Las manos le temblaron ligeramente. Al verla, Saul sintió la repentina y urgente necesidad

de arrojar la maleta al suelo, tomarle las manos y colocárselas sobre su cuerpo mientras le quitaba la ropa. ¿Qué haría Giselle si lo hiciera? ¿Qué haría si en aquel instante hacía lo que su cuerpo le había urgido a hacer desde el momento en que puso los ojos en ella?

Una abrumadora necesidad de averiguarlo se abrió paso en su interior, llevándolo hacia ella. Quería llenar su cuerpo con el suyo. Quería arrastrarla hacia lo más profundo del fuego, sosteniéndola allí hasta que los consumiera a ambos. Quería… la quería a ella, reconoció Saul.

Giselle volvió a cerrar la maleta y luego buscó el asa para levantarla de la cama. Pero Saul se le adelantó, levantándola como si pesara menos que su bolso de mano.

Giselle no había esperado que Saul condujera, así que no estaba preparada para quedarse a solas con él en el coche. Para ella resultaba una experiencia extraña estar sentada en el asiento delantero de un coche conducido por un hombre. Aquello era algo que hacían las parejas o la gente que disfrutaba de un tipo de intimidad diferente a la que estaban compartiendo ellos ahora encerrados en el lujoso interior de aquel coche.

El asiento de cuero parecía hecho para ajustarse a su cuerpo, y sintió la suavidad de la alfombrilla bajo los pies. Bajo el olor a cuero caro del coche podía aspirar el aroma de Saul. No sólo la colonia que llevaba, sino el de su piel, cálida y masculina. Podía ver sus manos al volante, manos fuertes y capaces con dedos largos y uñas limpias y la piel bronceada. Unas manos que había sentido sobre la piel, aunque no en una caricia, por supuesto.

¿Qué se sentiría al ir sentada en un coche al lado de un hombre como Saul siendo su amante? Para otras mujeres, aquel tipo de intimidad, la física, la mental y la emocional, era algo a lo que no daban importancia. Pero ella nunca viajaría por el camino de la vida con un hombre al que amara y que la amara a su vez. Giselle experimentó una profunda y repentina sensación de pérdida que le dio miedo y la enfureció.

El hecho de estar con Saul Parenti le hacía pensar en todo lo que no podía tener, en todo lo que no podía permitirse desear. Era el último hombre por el que debería sentirse atraída se estuviera en posición de sentirse atraída por alguien. Apartó decididamente la

mirada de él y se concentró en la carretera y en el tráfico.

No tardaron mucho en llegar al aeropuerto. Cuando tomaron la entrada, Saul le preguntó:

–¿Has estado en Kovoca?

Ella negó con la cabeza.

–He visto vídeos y fotos y he leído los informes de los supervisores. La parte occidental de la isla es abrupta, y como la montaña está situada en la zona oriental, tiene sentido construir el complejo hotelero en medio. A juzgar por las fotografías que he visto, es una preciosidad.

–Lo es –confirmó Saul cuando los edificios del aeropuerto aparecieron ante sus ojos–. Es como una joya verde enclavada en medio de un mar azul turquesa. Mi abuelo siempre lamentó que Arezzio no tuviera mar, y supongo que ésa es una de las razones por las que compré la isla. Una de ellas, pero no la única. Ningún hombre manejado por los sentimientos puede llegar a triunfar.

–¿Y triunfar es muy importante para ti?

–Mucho –reconoció Saul sin inmutarse–. Y el hombre que lo niegue estará mintiendo. El éxito es importante. Alimenta el ego masculino y el orgullo del mismo modo que una mujer se enorgullece del deseo que despierta en los hombres.

Giselle le lanzó una mirada furiosa.

–Ése es un comentario ridículamente machista y absolutamente falso. Las mujeres no necesitan que un hombre las desee para sentirse orgullosas de sí mismas.

–Tal vez no. Pero así ocurre –insistió Saul.

Giselle le habría dicho lo que pensaba de su arrogancia ególatra si no se hubiera dado cuenta de pronto de que Saul estaba dirigiéndose hacia un reluciente jet privado aparcado tan sólo a unos metros de la pista.

Giselle había viajado en aviones privados con anterioridad. El estudio tenía varios clientes ricos que no reparaban en gastos para trasladar a los que trabajaban para ellos lo más rápidamente posible. Sin embargo, seguía habiendo algo en el lujo y la exclusividad de salir de un coche justo delante del avión que iba a llevarte por el cielo que le provocaba sentimientos contradictorios. Por un lado sentía una gran emoción al disfrutar de semejante privilegio, pero venía acompañada de un sentimiento de

culpabilidad por aquéllos que no podían disfrutar de un capricho así.

Capítulo 7

El jet iba a aterrizar. Saul, que se había pasado la mayor parte del vuelo trabajando, apagó el ordenador portátil. El movimiento provocó que la tela de la camisa se le pegara a los hombros y al pecho. Giselle distinguió a través del algodón la sombra oscura de su vello. El estómago se le puso del revés, sus músculos se tensaron en respuesta contra su reacción a su sexualidad. Trató de apartar la vista, pero su cerebro malinterpretó la orden que la había dado porque lo que hizo fue subir la vista. Saul se había desabrochado los botones superiores de la camisa y se había aflojado la corbata que llevaba cuando subieron a bordo. La sombra de su barba era ahora más oscura y acentuaba en cierto modo le forma de su masculina boca. Giselle tenía ahí clavada la mirada a pesar de sus intentos de apartarla.

Con el rostro sonrojado, apartó la mirada.

Unos segundos más y empezaría a revivir de nuevo aquel beso. Pero aunque su instinto le gritaba que pensara en otra cosa, la que fuera, no podía. Y entonces fue demasiado tarde para poder hacer otra cosa que no fuera someterse a los sensuales recuerdos que la asaltaban. ¿Cómo era posible que se viera tan afectada por un único beso? ¿Sería porque lo había anhelado durante mucho tiempo? ¿Por negarse a sí misma la expresión de su propia sensualidad? ¿O se debería a que Saul Parenti tenía algún poder demoniaco especial al que era incapaz de resistirse?

–Aterrizaremos dentro de un minuto.

La advertencia de Saul la devolvió a la realidad. Las manos de Giselle buscaron el cinturón de seguridad mientras apartaba la vista de él, sin atreverse a mirarse por si su cuerpo la traicionaba y él pudiera leer en sus ojos lo que no quería que viera.

Giselle vio a través de la ventanilla del avión el paisaje que atravesaban. El sol se estaba poniendo contra el fondo de unas impresionantes montañas con la cima cubierta de nieve. La parte inferior de las colinas estaba cubierta de bosques, y la mortecina luz

se deslizaba por las tranquilas aguas de un inmenso lago.

Estaban perdiendo altura y Giselle pudo distinguir los pueblos y las ciudades de los valles que abrazaban los bordes del lago. A la izquierda vio una ciudad más grande con puentes de piedra que cruzaban un río y un castillo construido en un punto alto. Las montañas se alzaban detrás de él.

Más allá de la ciudad, Giselle distinguió la pista de aterrizaje. El avión tocó tierra suavemente cuando el sol comenzaba a hundirse en el horizonte en una llamarada de rosa y oro, dejando el cielo de un rico tono azul.

Un hombre de uniforme decorado con galones dorados alzó una de sus manos enguantadas en blanco para saludar a Saul cuando salió del avión y pisó el suelo. Debía tratarse de un ayuda de campo, supuso Giselle. Habían extendido una alfombra roja que iba desde el avión hasta el coche que esperaba.

Giselle se mantuvo alejada mientras Saul saludaba al oficial uniformado y le estrechaba la mano, pero escuchó al otro hombre decir:

–Bienvenido a casa, señor.

Luego les acompañó hasta el coche que estaba esperando y subió al asiento del copiloto cuando los vio a ambos instalados sanos y salvos en la opulencia del cuero blanco del asiento de tras. Una pantalla de cristal les separaba del conductor, que también iba de uniforme, y del oficial. Así que Giselle se sintió libre para hablar con Saul.

–He oído que te ha dicho «bienvenido a casa». ¿Creciste aquí?

En realidad no tenía gran interés por saber nada de él. En absoluto. No, sencillamente quería charlar de algo para evitar pensar en él, eso era todo, se dijo Giselle.

–No exactamente, aunque Arezzio era para mi padre su hogar cuando yo era niño. Sin embargo, pasé varias vacaciones escolares aquí. Estaba interno en un colegio de Inglaterra, y a veces era más fácil para mis padres volar hasta Arezzio para estar conmigo que llevarme hasta donde estaban ellos. Yo paso la mayor parte del tiempo en Londres, aunque tengo mi propio departamento dentro del palacio real de Arezzio.

Su vida era muy diferente a la de ella. Tanto que parecía que vivieran en planetas diferentes. Y se alegraba mucho de ello, se dijo

con firmeza. Recibía de buena gana todo lo que reforzara la idea de lo imposible que era… ¿qué? ¿Desear que la llevara a la cama? Su cuerpo tembló inconscientemente ante la enormidad de lo que le acababa de ser revelado. Tenía que dejar de pensar así. Debía romper el hechizo que la tenía cautiva.

–¿Es esa construcción que vimos desde el avión? –le preguntó a Saul con firmeza.

–Sí. Originalmente fue construido como fortaleza. Algunos dicen que se levantó cuando los godos invadieron el imperio romano. Pero sospecho que se trata más bien de una leyenda. Aunque desde luego sí se construyó en la gran época de los castillos europeos. No se puede ver desde el avión, pero se añadió un nuevo palacio a la fortaleza original durante el Renacimiento. Uno de mis ancestros se casó por conveniencia con una pupila de los Médici, y tras su visita a Florencia para reclamar a su esposa, regresó con algo más que una mujer florentina. Se rumorea que ella contaba en su séquito con un chef que se había instruido con el chef que Catalina de Médici se había llevado consigo a Francia, un perfumista, un artista y varios artesanos preparados para crear la clase de palacio que los florentinos admiraban. Al parecer se llevó su propia ropa de cama y muchas cosas más, incluidos sus propios soldados y un cofre lleno del oro que había conseguido de su tutor. Era una mujer muy ambiciosa que deseaba crear una dinastía.

–Suena fascinante –le dijo Giselle con sinceridad.

–Mi primo es un académico, sus conocimientos sobre estos asuntos van mucho más allá de los míos. Estoy seguro de que estará encantado de mostrarte el inventario que tenemos con la dote de la novia florentina.

Giselle se acercó a él en el asiento, y Saul sintió cómo su cuerpo respondía a aquella proximidad con una fuerte oleada de placer y deseo que le pilló desprevenido. Nunca había experimentado algo así con anterioridad, y su instinto de supervivencia y su independencia emocional lucharon contra ello.

Giselle sintió cómo se movía el aire cuando Saul se apartó de ella, claramente poniendo distancia entre ellos. Su movimiento la llenó de una desolación que hirió su orgullo. ¿Había pensado que quería acercarse a él? Bien, pues no era así. Se acercó a la ventanilla y se quedó mirando fijamente por ella aunque ahora que el sol se

había puesto no había más que oscuridad.

Las luces de la ciudad estaban ahora frente a ellos. Sin duda la ciudad era muy antigua. La atravesaron cruzando el puente de una torre que a Giselle le recordó a las fotografías que había visto del Puente de Carlos en Praga. Como aquél, éste también estaba decorado con estatuas y adornos de estilo barroco.

Una vez cruzado el puente, el camino se abría hacia una impresionante plaza bien iluminada con farolas decorativos. La magnífica fachada del edificio renacentista que había al otro lado estaba iluminada en cambio con una luz suave.

Todo tenía un aspecto imponente y regio. Había suficiente luz para revelar la bandera que ondeaba en lo alto del edificio. Tenía dos leones dorados coronados que corrían sobre un fondo azul. Entre ellos había un lirio florentino.

El coche se había detenido frente a una escalinata de piedra que llevaba a la entrada del edificio, cuyas puertas estaban custodiadas por hombres de uniforme vestidos con libreas del mismo azul que había en el fondo del escudo.

Resultaría muy fácil quedarse fascinada ante aquel despliegue de boato, tuvo que admitir Giselle unos instantes más tarde cuando aquellas gigantescas y pulidas puertas de madera se abrieron para dejar al descubierto un gigantesco vestíbulo redondo iluminado por la luz de una lámpara de araña enorme.

Varias puertas se abrían al recibidor, cuyas paredes estaban pintadas con el azul del escudo ducal. La luz de los cristales de la lámpara de araña se derramaba y bailaba sobre los pulidos suelos de madera del suelo de parqué. Unas escaleras de mármol llevaban hacia un rellano en forma de galería que tenía las paredes cubiertas con los retratos de unos hombres de aspecto arrogante que se parecían mucho a Saul. Pero lo que le llamó la atención a Giselle fue la mujer que estaba en medio de las escaleras.

Pensó que era, sencillamente, la mujer más hermosa que había visto en su vida. Alta y esbelta, con un cabello oscuro y fuerte que le caía por los hombros y enmarcaba la perfecta simetría de su rostro. No hacían falta las joyas que le rodeaban el cuello y las muñecas ni cómo se le ajustaba el vestido que llevaba para que Giselle supiera que era una mujer acostumbrada a tener siempre lo mejor.

–Saul –sus labios formaron una sonrisa mientras ronroneaba aquel nombre.

Tenía los ojos del mismo tono ámbar que el vestido de seda que llevaba puesto. Bajó por las escaleras con graciosa facilidad y se detuvo delante de Saul de un modo que Giselle, que estaba a su lado, se vio obligada a dar un paso atrás, quedando excluida del círculo íntimo que la otra mujer estaba formando con el ángulo de su cuerpo. Tenía la mano en el hombro de Saul, y el anillo de boda de diamantes y el solitario que tenía en los dedos brillaron al atrapar la luz.

Había un instinto de posesión en su actitud hacia Saul, reconoció Giselle. Una intimidad que rozó fríamente sus propios sentidos, provocándole cierta inquietud. Porque Giselle estaba segura de que aquella mujer era la esposa del primo de Saul. Y estaba igual de convencida de que deseaba a Saul. Sin verle la cara resultaba imposible saber si él correspondía a aquel deseo, pero sin duda ningún hombre se resistiría a ser tentado por semejante belleza.

Giselle dio otro paso hacia las escaleras, y se quedó paralizada por el shock cuando Saul le pasó de pronto la mano por el brazo, atrayéndola hacia sí. Giselle trató al instante de apartarse, pero él no se lo permitió. Se dio cuenta de cómo la mirada de Natasha se clavaba en la mano que Saul tenía en su brazo.

–Creí que ibas a venir solo –le dijo la otra mujer–. Aldo tiene un asunto familiar muy importante y privado del que hablar contigo.

–Pensaste mal –la respuesta de Saul no dejó lugar a dudas–. ¿Dónde está Aldo?

–En la biblioteca, ¿dónde si no? –Natasha se encogió de hombros con suficiencia–. A mí me aburren esos libros que él encuentra tan fascinantes, y así se lo he hecho saber. Pero pronto me divertiré, porque mi padre tiene un yate nuevo y voy a pasar el verano ejerciendo de anfitriona en él. Tienes que venir con nosotros, Saul. Mi padre te presentará a mucha gente influyente. Hay buenos negocios que hacer en Rusia si se tienen los contactos adecuados.

–Me temo que mis planes de verano dependen en gran medida de lo que Giselle desee hacer, Natasha.

La voz de Saul no reflejaba ninguna pena, pero no fue eso lo que hizo que Giselle se girara hacia él para pedirle una explicación en

silencio. Saul la acalló apretándole con fuerza el brazo.

–Cielos –la sonrisa de Natasha resultó tan mortal como el arsénico–. Tu nueva amiga debe tener un talento muy especial si tienes previsto seguir con ella dentro de tres meses, Saul. Normalmente no te duran tanto las amantes.

Si Giselle hubiera sido de verdad la amante de Saul, el ofensivo comentario de la esposa de su primo le habría provocado ira y angustia, pero ahora mismo era Saul quien había provocado esas sensaciones, no Natasha.

¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Por qué no le había dicho a la otra mujer que su relación era puramente profesional? Giselle lo miró con gesto acusador, dispuesta a corregir ella misma a Natasha, pero la mirada de Saul le advirtió que no lo hiciera, recordándole que estaba completamente a su merced y dependía económicamente de él por mucho que le molestara.

–Dile a Aldo que hablaré con él más tarde, ¿de acuerdo, Natasha?

–¿Más tarde? ¿Por qué no puedes hablar con él ahora?

–Acabas de decirme que está ocupado… y además, ha sido una semana muy larga. He estado en Nueva York y Giselle en Londres. Tenemos que ponernos al día.

Mientras hablaba, Saul se giró hacia Giselle y le dirigió una mirada que dejaba muy claro que esa puesta al día incluía una cama y el cuerpo de Giselle desnudo para su disfrute. Aunque sabía que aquella mirada no significaba nada, y aunque estaba furiosa con él, consiguió atravesar su resistencia y dejarla temblando por dentro de deseo.

Estaba claro que Natasha era igualmente consciente de lo que Saul quería dar a entender. Apretó los labios y los miró con dureza a ambos, pero especialmente a ella, reconoció Giselle.

–La cena es a las diez en punto –anunció con frialdad.

–Intentaremos llegar –respondió Saul–. Pero no nos esperéis. Empezad sin nosotros. Como te he dicho, tenemos que ponernos al día.

En el rostro de Natasha se reflejaba la furia, pensó Giselle. Y no era la única que estaba furiosa con Saul. Le había pasado el brazo por la cintura para guiarla hacia las escaleras, probablemente para evitar que se soltara y exigiera una explicación de su

comportamiento delante de Natasha, pensó Giselle negándose a admitir que probablemente lo habría hecho si la otra mujer no le hubiera caído tan mal.

Capítulo 8

–Quiero saber qué está pasando –exigió Giselle en cuanto sintió que Natasha ya no podía oírles.

Mientras hablaba trataba de apartarse de Saul, pero él seguía negándose a soltarla.

–Todavía no –respondió Saul cuando llegaron al final de las escaleras–. Por aquí.

Las paredes del ancho corredor estaban cubiertas de más retratos. Pasaron por delante de varias puertas antes de llegar a un par de puertas dobles de aspecto imponente que ocupaban todo el corredor.

Cuando Saul sacó una llave para abrirlas, Giselle trató de no parecer sorprendida, pero se dio cuenta de que él estaba al tanto de su reacción cuando se giró mientras abría y le dijo escuetamente:

–Considero este apartamento un espacio tan privado como mi casa de Londres, y por lo tanto quiero que sea justo eso… privado. Ludmilla, el ama de llaves, lleva aquí desde que yo puedo recordar, igual que la mayoría del servicio. Tiene llave, y sé que puedo confiar en ella.

¿Significaba aquello que había otras personas en las que no confiaba? ¿En Natasha, por ejemplo?

La habitación que había al otro lado de la doble puerta era todo lo elegante que podía esperarse de un edificio así, con su decoración y su diseño barroco, pero poseía un aire de sencillez que resultaba inesperadamente placentero a los sentidos. Las paredes forradas de madera estaban pintadas de un suave tono gris, y de las ventanas colgaban unas simples cortinas blancas. El espejo de encima de la chimenea reflejaba los escasos muebles de la estancia, que a Giselle le parecieron valiosas piezas antiguas. Los gruesos sofás, tapizados en terciopelo de damasco gris y crema, tenían detrás mesas perfectamente pulidas con lámparas en tono gris oscuro, y la alfombra era sin duda antigua, con bonitos tonos azules y crema. La luz de la lámpara de araña arrojaba sombras delicadas por la

estancia.

Era una habitación masculina, pero una mujer podía también disfrutarla y apreciarla, reconoció Giselle apartando rápidamente de sí aquellos pensamientos al darse cuenta de hacia dónde iban a llevarla.

–Tu habitación es por aquí –le dijo Saul.

¿Su habitación? Entonces, a pesar de lo que le había dejado entrever a Natasha, no tenía intención real de que se convirtieran en amantes. Pero, por supuesto, eso ya lo sabía. ¿Lo sabía pero deseaba que fuera de otra forma? Por supuesto que no.

–No voy a ir a ninguna parte hasta que me digas qué está pasando –repitió ella–. Y por qué has dejado que Natasha creyera…

–¿Creyera qué?

–Sabes perfectamente a qué me refiero. Has dejado entrever que somos amantes.

–Así es.

Su inesperada afirmación provocó que Giselle fuera incapaz de responder con nada más que con un débil:

–¿Por qué?

–¿No resulta obvio? –la desafió Saul con un pequeño encogimiento de hombros–. Ya has visto a Natasha. La has oído. A mí me parece que ha dejado muy claro lo que quiere.

Lo que quería decir era que Natasha había dejado muy claro que le deseaba y Giselle lo sabía. Un ataque de desesperanza la sacudió como un perro rabioso sacudiría a su presa. Sin duda no estaría celosa por que Natasha deseara a Saul y fuera mucho más su tipo de mujer de lo que nunca lo sería ella, ¿verdad? ¿A eso era a lo que la había reducido desear a Saul? ¿Desearle? ¿Cómo era posible que una palabra tan mundana expresara la agonía de lo que le estaba sucediendo desde que la besó, el salvaje dolor que había crecido en su interior con tanta intensidad que le minaba las defensas?

Desesperada, Giselle dijo lo único en lo que pudo pensar para protegerse.

–Has debido darle algún motivo para que crea que… sientes lo mismo que ella –le acusó.

Igual que le había hecho a ella al besarla. Con un hombre como Saul aquello era lo único que hacía falta para hacer vulnerable a una mujer. Un beso.

–No. Nunca –se defendió él con sequedad.

–Si eso es verdad, ¿por qué no le dices sencillamente que no estás interesado, en lugar de refugiarte en una falsa relación conmigo?

–Natasha está casada con mi primo –respondió Saul–. Él la quiere. Está perdidamente enamorado, de hecho, y cree que ella también le ama. La verdad es que Natasha dirigió sus atenciones hacia Aldo y le persiguió cuando yo dejé claro que estaba perdiendo el tiempo conmigo. A Natasha no le gusta que le nieguen lo que quiere. Es perfectamente capaz de romper sus votos matrimoniales, y no me extrañaría que mintiera y me esperara en mi cama si pensara que así conseguiría lo que quiere.

–¿Y lo conseguiría?

Giselle percibió en la expresión de Saul que le había enfadado… una vez más. ¿La castigaría esa vez como había hecho con anterioridad? ¿Besándola? La oleada de deseo que la atravesó la dejó débil y disgustada. Se odiaba a sí misma por lo que estaba ocurriéndole más de lo que odiaba a Saul por provocarlo.

Asustada, le acusó:

–Lo tenías todo planeado, ¿verdad? Me trajiste aquí con la intención de utilizarme, de sacrificar mi estatus profesional al fingir que no soy más que otra idiota que quiere arrastrarse a tu cama y no puede pensar en nada más. Eres tan inmoral y rastrero como la esposa de tu primo. Los dos sois tal para cual. Seguramente quieras acostarte con ella.

¿Era aquello lo que realmente pensaba Giselle de él? ¿Que era la clase de hombre que traicionaría a su pariente más cercano? A Saul le sorprendió darse cuenta de lo mucho que le importaba la opinión que tuviera sobre él. Dio un paso adelante hacia Giselle y se detuvo cuando ella dio a cambio otro hacia atrás.

–Sí, te traje conmigo en parte para que tu presencia ayudara a dejarle claro a Natasha que no estoy interesado en ella. Porque no lo estoy.

–¿Sólo en parte? –le retó Giselle–. Entonces, ¿hay otras razones?

Diablos, cómo la deseaba. Allí mismo, en aquel momento. Quería tener su boca en la suya, su cuerpo bajo el suyo, recorriendo cada centímetro con sus manos. A Saul le golpeó el corazón contra las costillas. La deseaba, y si no salía de allí rápidamente, no se

responsabilizaba de lo que podía suceder.

Entonces, ¿por qué en lugar de llevarla a su habitación y dejarla allí se estaba acercando a ella de forma tentadora?

–¿Estás pensando que ojalá fuera porque quiero llevarte a ti a la cama?

–¡No!

Estaba diciendo que no, pero la mirada de sus ojos, el convulso movimiento de su garganta y el subir y bajar del pecho la traicionaban. Así que Saul supo al instante que, contra todo pronóstico, Giselle compartía el mismo deseo que experimentaba él. No podía haber otra explicación para aquella mirada salvaje y frenética mezclada con deseo que reflejaba exactamente lo que él estaba sintiendo.

Saul había adivinado cómo se sentía y la estaba torturando, dispuesto a humillarla… otra vez, pensó Giselle.

–¡No! –volvió a exclamar con pánico–. Tú serías el último hombre al que desearía tener como amante.

Aquello era suficiente. Más que suficiente, reconoció Saul, para romper la presa de su autocontrol.

–Mentirosa –jadeó contra sus labios estrechándola entre sus brazos–. Esto es lo que quieres, lo que ambos queremos y necesitamos –le dijo.

Giselle estaba perdida, incapaz de protegerse, de resistir la marea de la reacción que sus palabras habían provocado en ella.

Su cuerpo se fundió en sus brazos. Abrió los labios bajo los suyos. Se agarró a él receptiva, dispuesta a corresponder a sus deseos. Todo lo que no era Saul dejó de importarle. Todo lo que no fuera aquel deseo hacia él que se había apoderado de ella, consumiéndola.

Aquel deseo… Justo antes de que la realidad y la lógica se disiparan, arrastrándola a una nueva galaxia de sensaciones y placeres, reconoció lo mucho que necesitaba y deseaba lo que estaba sucediendo. Lo mucho que deseaba a Saul, y cuánta razón tenía al haberse burlado de sus negativas.

Trató de retirarse, asustada de su propia vulnerabilidad, y al mismo tiempo presa de un deseo igual de intenso por seguir con el beso, por permitir que Saul la llevara al lugar al que quería llegar su cuerpo.

Saul sintió en la boca su vacilación y la miró a los ojos, que estaban abiertos como los suyos. En sus profundidades pudo distinguir la confusión ensombreciendo el calor de su excitación. Vio en aquellos ojos velados de deseo todo lo que él mismo estaba sintiendo.

Reconoció que quería abrazarla, estrecharla entre sus brazos y decirle que él también estaba confundido y asustado, que tampoco comprendía cómo las cosas habían llegado hasta allí ni por qué, que él también quería rechazar lo que estaba sintiendo y no podía. Quería abrazarla y protegerla, tranquilizarla, pero al mismo tiempo deseaba arrancarle hasta el último vestigio de autocontrol y que sólo quedara la pura esencia de ella.

Saul se dio cuenta de que lo que le estaba arrastrando no era un mero deseo físico. Unos sentimientos desconocidos para él pero que debían estar enterrados en algún lugar de su ser se abrieron dentro de su corazón, y la sensación resultó casi físicamente dolorosa.

Sintió cómo Giselle se estremecía entre sus brazos e instintivamente la abrazó más fuerte. Quería decirle que no había nada que temer, pero al mismo tiempo sabía que ambos tenían todo que temer dado lo que estaba sucediendo. Quería decirle que podía confiar en él, que entre sus brazos estaba segura y protegida. Pero, ¿cómo iba a hacerlo si no confiaba ni en sí mismo?

–¡No!

La temblorosa negación de Giselle acompañó a su:

–Sí.

El sonido de sus voces se entrelazó al tiempo que los dedos de Saul se entrelazaron con los de Giselle. En el interior de su cabeza, las imágenes de su cuerpo retorciéndose sensualmente contra el suyo se unieron a los ardientes dardos de erótico castigo que le atravesaron la piel como disparos, dejándole una marca, escociéndole y llevándole a intentar someterla con la ardiente presión de sus besos. Sentía la piel de Giselle suave y dulce bajo las yemas de los dedos. Tenía la respiración agitada y el pulso le latía frenéticamente. Saul le deslizó la yema del dedo pulgar por la suave hinchazón del labio inferior y lo sintió temblar en respuesta. Fue nada más que un débil temblor, pero le dijo mucho más a sus sentidos que cualquier respuesta más abierta.

Giselle reconoció indefensa que era demasiado tarde para

echarse atrás, demasiado tarde para hacer otra cosa que no fuera someterse a su deseo y a la maestría de Saul. Un pequeño gemido inarticulado surgió de su garganta cuando él le sondeó los labios con la punta de la lengua.

¿Aquel gemido era una señal de negación o de aceptación? Saul no estaba seguro. Lo que sí sabía era que, cuando la besó, Giselle se acercó más a él, aceptándole, rindiéndose a él. Lo que había nacido de la ira se había convertido en cuestión de segundos en algo muy diferente para ambos.

El excitante movimiento de la lengua de Saul fue más de lo que Giselle podía soportar. El deseo que él había desatado en su interior resultaba excesivo. Giselle le apretó los músculos de los antebrazos con los dedos y luego pasó a los hombros, tratando de aumentar el contacto de la punta de su lengua contra su atormentada piel. Durante un segundo no pasó nada, y luego sucedió todo: la boca de Saul en la suya, sus manos abrazándola, moviéndose sobre ella, acercándola hacia sí.

El calor de su propio deseo la atravesó. Los pezones se le endurecieron bajo el sujetador de seda.

Cuando Giselle alzó las manos hacia la nuca de Saul para estrecharlo más contra sí, las de él se deslizaron bajo su chaqueta y le acariciaron el cuerpo con delicadeza, en apenas un roce. Pero fue suficiente para sensibilizar sus terminaciones nerviosas y hacerle temblar. Abrió los labios bajo los suyos en un suave gemido de placer. Él respondió acariciándole con igual suavidad la curva de los senos.

Giselle abrió los ojos y bajó la mirada. La visión de las manos bronceadas de Saul cubriéndole los senos la hizo estremecerse con un placer salvaje.

Saul era consciente de que nunca había experimentado una respuesta tan abierta y tan dulcemente sensual ante tan pequeña caricia. Y su cuerpo nunca había reaccionado con semejante excitación ni había sentido una urgencia semejante por tomar posesión. Si era capaz de responder a una caricia tan leve con tanta intensidad, ¿cuál sería su reacción cuando la tuviera desnuda y dispuesta para tocarla y saborearla, cuando los condujera a ambos hacia el placer final?

La tentación de averiguarlo se apoderó de él. Le desabrochó la

blusa y le liberó los senos de su prisión de seda para acariciarlos mientras sus labios seducían los suyos hasta que se abrieron en un suave gemido de placer y su lengua pudo establecer un ritmo sensual en la humedad de su boca.

Un calor húmedo e intenso se estaba extendiendo en el interior de Giselle, fundiéndolo, alimentando la creciente impaciencia del pulso que latía a través de su cuerpo y que exigía a todas sus células que le siguieran.

La mirada de Saul se solazó en la forma perfecta y en la pálida piel de los senos de Giselle. Su blancura contrastaba con la oscuridad de sus pezones. Su sexo, excitado y tirante, latió con fuerza en pugna con su autocontrol mientras que sus manos descendían para apartarle la falda. Giselle le observó como mareada con la atención centrada en el experto movimiento de sus manos, que hablaba de lo familiarizado que estaba con la ropa de las mujeres y sus cierres. No tenía voluntad para moverse ni para hablar. Todos sus sistemas de respuesta racional se habían bloqueado. Sentía como si estuviera mirándose desde lejos, como si fuera otra persona. Una persona que anhelaba el contacto íntimo que prometía el movimiento de la mano de Saul bajo su falda.

Bajo la delicada seda de su ropa interior, Saul distinguió el suave montículo de su sexo. Seda sobre seda, ésa fue la sensación que sintió en la piel cuando le acarició las braguitas. Exploró con el dedo pulgar la línea de la cadera de la prenda mientras que las yemas de sus dedos encontraron la piel desnuda del muslo justo debajo.

El calor y la humedad de su deseo habrían sorprendido y avergonzado a Giselle en otro momento, pensó, pero en aquel momento el mensaje que le estaban enviando era que deseaba sentir un contacto más íntimo.

En respuesta, Saul le tomó la mano con la que él tenía libre y se la colocó sobre la erección. Mientras lo hacía deslizó la otra por el interior de sus braguitas para cubrir su suave y ardiente piel, y luego deslizó las yemas de los dedos en el calor húmedo que los labios de su sexo le ofrecían.

Mientras la exploraba, la mano de Giselle agarró con más fuerza su erección y se mantuvo allí, acariciándole con movimientos urgentes y ansiosos que reflejaban el ritmo al que la estaba

excitando él. Giselle estaba deseando que ambos se quedaran sin ropa para poder explorar su cuerpo libremente… y no sólo con las manos. Quería aspirar su aroma, deslizar la punta de la lengua por los músculos masculinos, excitarle hasta el punto de la locura.

Saul sabía que no podría seguir conteniéndose durante mucho más tiempo. En aquel instante lo único que quería era abrir la suavidad de sus muslos y hundirse en ella una y otra vez hasta que Giselle le llenara los oídos con el sonido de su orgasmo, urgiéndole así hacia la exaltación de su propio clímax.

Saul inclinó la cabeza y se introdujo el pezón en la boca, lamiéndolo y mordisqueándolo de forma erótica, apretando la mano libre contra la parte superior de la espalda de Giselle para poder atraerla con deliberada sensualidad contra la boca y las yemas de los dedos. Le succionó profundamente el seno mientras le acariciaba el clítoris.

De alguna manera, con un deseo nacido más de la urgencia que de la habilidad, Giselle se las había arreglado para bajarle los pantalones a Saul y ahora tenía la mano cerrada sobre la rígida punta de su sexo. Aquella piel masculina se movió eróticamente bajo su caricia, provocando un gemido de la boca de Saul que fue a parar a su seno. Su respuesta hizo que Giselle se estremeciera salvajemente ante la feroz sensualidad de lo que le estaba haciendo. Hambrienta, se apretó contra él y movió el cuerpo contra su mano, moviendo su propia mano contra su piel. Su excitación creció con los sonidos mezclados de su sensualidad compartida, con el placentero movimiento de los dedos sobre la piel húmeda, la acelerada respiración y los gemidos de deseo masculino.

Giselle gritó cuando la boca de Saul abandonó su seno, pero aquel sonido fue rápidamente acallado por la intimidad del beso apasionado que le dio y por la certeza de que enseguida el rítmico movimiento de su lengua contra la suya sería imitado por el embiste de su cuerpo llenando el suyo.

Como si hubiera expresado su anhelo en voz alta, la mano de Saul alcanzó la parte superior de sus braguitas. Una oleada de calor y excitación se apoderó de ella. Estaba deseando experimentar el placer que sabía que tendría lugar… y entonces sucedió. El cortante y molesto sonido del teléfono móvil de Saul cortó la intimidad que estaban compartiendo.

Durante unos segundos Saul trató de ignorar la llamada, pero el móvil estaba en la chaqueta que había dejado en una de las sillas cuando entró en su apartamento. No estaba al alcance de la mano para silenciarlo sin soltar a Giselle.

–Será mejor que contestes. Puede tratarse de algo importante.

Al hablar, Giselle sintió que estaba rompiendo la burbuja protectora que la había recubierto, y ahora era plenamente consciente de su desnudez y de su mortificación. Para Saul era diferente. Lo único que tenía que hacer era subirse discretamente la cremallera mientras iba a por el teléfono. Giselle agradeció que al menos le estuviera dando la espalda, lo que le dio la oportunidad de volver a ponerse con torpeza la ropa mientras le escuchaba hablar.

–Sí, Aldo. Natasha me dijo que estabas en la biblioteca. Sí, por supuesto que puedo bajar a hablar contigo. Dame cinco minutos.

El cruel latigazo de realidad había enfriado el deseo de Giselle con la misma naturalidad y sin duda indiferencia con la que Saul le había quitado a ella la ropa, pensó con tristeza estremeciéndose por dentro. ¿Cómo era posible que se hubiera comportado así? ¿Cómo podía haber estado tan ajena a todas sus ideas respecto al modo en que debía vivir su vida?

–Tengo que irme. Pero primero te enseñaré cuál es tu habitación.

Saul no se atrevió a mirar a Giselle mientras se guardaba el teléfono móvil en el bolsillo de la chaqueta. Si lo hacía, entonces no sabría si sería capaz de mantener la promesa que le había hecho a su primo. Porque si la miraba con su cuerpo deseándola como la estaba deseando, no creía que fuera capaz de apartarse de ella.

¿Cómo había sucedido? ¿Cómo había permitido que una mujer atravesara su autocontrol y le hiciera desearla con tanta intensidad que nada más importara? ¿Cómo había podido permitirlo él? Saul torció el gesto. No tenía ningún control sobre aquel asunto. No había sido capaz de permitir nada ni de dejar de permitirlo. Lo cierto era que seguía sin poder. Una palabra de Giselle, una mirada, un sonido, y se lanzaría de nuevo sobre ella. Por eso no podía permitirse el mirarla.

Ella siguió en silencio a Saul hasta que abrió unas puertas dobles que daban a otra habitación, una biblioteca esta vez. Saul entró tan deprisa, que ella sólo tuvo tiempo para lanzar una rápida mirada.

Luego él abrió otro juego de puertas dobles que llevaba de la biblioteca a un recibidor rectangular con unas escaleras que iban hacia arriba y otras hacia abajo. Saul no la había mirado ni una sola vez mientras atravesaban las espaciosas y elegantemente amuebladas habitaciones con paredes de estuco y techos pintados. Giselle se dijo que se alegraba de que no lo hubiera hecho e ignoró la punzada de deseo insatisfecho que demostraba que se estaba mintiendo a sí misma.

–Este apartamento tiene su propia entrada –le estaba diciendo Saul con voz formal y actitud distante–. Las puertas del otro lado del recibidor dan a un comedor, y detrás está la cocina. Mis padres también valoraban mucho su intimidad, igual que yo.

¿Se trataba de una advertencia para que no viera más allá en la intimidad que acababan de compartir? En ese caso, no había ninguna necesidad de que lo hiciera. Después de todo, ella tenía sus propias razones para saber que nunca habría ninguna intimidad auténtica entre ellos. Pero, oh, cómo protestaba interiormente su cuerpo por la satisfacción que le había sido negada. Una satisfacción que sin duda habría logrado si el móvil de Saul hubiera sonado unos minutos más tarde.

Tener aquellos pensamientos no estaba bien, y sin duda le resultaba vergonzoso, pero su cuerpo se negaba a avergonzarse. Lo que su cuerpo quería era que acortara la distancia entre Saul y ella. Quería… no. No debería permitirse sentir algo así. Debería sentirse aliviada, satisfecha de que Saul se hubiera detenido cuando lo hizo, ¿verdad? Estaba tomando la píldora porque se la habían recetado hacía un par de años por sus periodos irregulares, y había continuado tomándola aunque no tenía necesidad de hacerlo desde el punto de vista de la contracepción. No había peligro de que se quedara embarazada. Ni que ninguno de los dos creara una situación que no desearan, ya que ninguno buscaba ningún tipo de compromiso.

¿Por qué no iba a poder saciar el apetito que Saul había despertado en ella? ¿Por qué no debería sentir su posesión?

Saul había empezado a subir las escaleras, y sin duda estaba esperando a que ella hiciera lo mismo.

–En la siguiente planta hay cuatro habitaciones, cada una de ellas con su propio baño. He hecho que te preparen una habitación

de invitados –le estaba diciendo con el mismo tono de voz distante que dejaba muy claro que no tenía ningún deseo de volver a experimentar la intimidad que habían compartido.

Probablemente se sentía aliviado y agradecido de que les hubieran interrumpido, se dijo Giselle cuando llegó a lo alto de las escaleras, donde había un rellano con pasillos a cada lado. Giselle siguió diligente a Saul por uno de ellos hasta llegar a una puerta que él abrió para que pasara.

Con mucho cuidado para evitar cualquier contacto con él, Giselle entró. Su dolor quedó brevemente eclipsado al descubrir que el dormitorio parecía sacado de una casa de Patrimonio Nacional como las que le gustaba visitar a su abuela.

Había una cama con dosel, cuyas cortinas de seda azul y crema hacían juego con el dibujo de la alfombra y con las paredes pintadas. La habitación estaba decorada con muebles de madera, incluida una chaise longue a los pies de la cama y un bonito escritorio con su silla. A cada lado de la chimenea se habían colocado dos sillas más sólidas y de aspecto cómodo. A ambos lados de la cama había una puerta doble.

–Las puertas dan al baño y al vestidor –le informó Saul–. Recuerda que la cena será a las diez.

Giselle asintió con la cabeza y observó cómo Saul se daba la vuelta y salía de la habitación.

En Londres, aunque él fuera el jefe, la distancia entre ellos no le había parecido tan grande como ahora, cuando reconocía lo diferentes que eran sus mundos. Aunque eso no importaba, por supuesto. ¿Cómo iba a importar? Lo que había ocurrido, la sensual intimidad que habían compartido, no significaba nada. Para Saul no. Ella ya lo sabía. Y el hecho de que ella hubiera recibido de buen grado aquella intimidad no significaba nada tampoco. No podía y no debía ser, ni ahora ni nunca.

Ahora podía relajarse y respirar adecuadamente, dejar que su cuerpo temblara con el deseo que todavía la atravesaba. Se dejó caer en la cama. ¿Cómo podía haberle sucedido algo así? ¿Por qué había ocurrido? ¿Por qué era la vida tan cruel con ella? ¿No había sufrido ya lo suficiente? ¿No había recibido ya su castigo? Oscuros pensamientos de angustia y desesperación le atravesaron la mente. Pensamientos que decían que nada tenía ningún sentido, ni siquiera

su propia existencia. Pero no debía pensar así.

Asustada, Giselle se levantó de la cama. Debía encontrar algo que hacer para mantenerse ocupada y recuperar… ¿qué? ¿La cordura? ¿La cordura que le había sido negada? Pero no, no debía ir por aquel camino. ¿Dónde estaba su ordenador portátil? Necesitaba trabajar, ser profesional, pensar sólo en cosas que no tenían que ver con los sentimientos.

Una exploración del baño y del vestidor reveló dos habitaciones más grandes que el dormitorio de su casa. La bañera era grande y de estilo tradicional, con patas en forma de garras, y se alzaba en magnífica soledad en medio del baño de baldosas blancas y espejos dorados.

Alguien le había deshecho ya el equipaje y le había colgado la poca ropa que había llevado consigo en uno de los armarios que ocupaban las dos paredes del vestidor. El maletín del ordenador portátil había sido colocado en el escritorio, y Giselle lo miró agradecida mientras lo abría.

Trabajo. El trabajo era la panacea, la cura, el antídoto contra la enfermedad que la amenazaba. ¿Cómo podía haber permitido que las cosas escaparan a su control? ¿Cosas? ¿Al decir cosas se refería a su propio deseo, a su necesidad de que Saul la tocara, la poseyera…? Apartó el ordenador de sí y comenzó a caminar por el vestidor.

Tal vez estuviera escuchando a Aldo, pero su cabeza no estaba completamente concentrada en lo que su primo le estaba diciendo y Saul lo sabía. Sus pensamientos, como el deseo que seguía torturando a su cuerpo, pertenecían a Giselle.

¿Cómo había sucedido? ¿Cómo una mujer que empezó enfureciéndole e irritándole había conseguido tener el poder de infiltrarse en sus pensamientos y en sus sentidos hasta el punto de que su presencia se había impuesto sobre todo lo demás? ¿Qué estaría haciendo ella? ¿Le desearía tanto como él? ¿Estaría pensando en el placer que hubieran podido compartir si no les hubieran interrumpido?

–El padre de Natasha me ha ofrecido la oportunidad de invertir en una mina de diamantes que ha añadido recientemente a sus inversiones. Si puedo recuperar algo del dinero que invertí en la

estafa piramidal, Natasha quiere que vaya a por ello, pero Ivan no puede confirmarme que los diamantes se estén extrayendo de manera ética –estaba diciendo Aldo.

Sus comentarios provocaron que Saul torciera el gesto al pensar que el padre de Natasha pudiera estar relacionado con algo que fuera remotamente ético. Saul volvió a desear una vez más que su primo no hubiera caído bajo el embrujo de Natasha.

–Te proporcionaré suficiente dinero para cubrir todas tus necesidades –le aseguró Saul a Aldo–. Sólo lamento que no me hubieras consultado antes de meterte en ese asunto.

–Iba a hacerlo, pero Natasha dijo que no había necesidad. Ahora, por supuesto, la pobre se siente fatal y está convencida de que tú vas a echarle la culpa. No debes hacerlo, Saul. Si yo fuera como tú, más hombre, un marido más digno para ella, entonces me habría dado cuenta por mí mismo del peligro. No es culpa de Natasha haberse casado con un hombre tan débil y fracasado.

–Tú no eres ninguna de esas dos cosas, Aldo. Eres un buen gobernante, un buen marido, y cuando Natasha y tú tengáis un hijo, serás un buen padre, el mejor de los padres, porque estarás ahí para tus hijos.

Aldo sacudió la cabeza, y a Saul se le encogió el corazón de pena. Una mujer como Giselle nunca avergonzaría ni humillaría al hombre con el que estaba comprometida del modo en que Natasha lo estaba haciendo con su primo. Aquella certeza dejó a Saul petrificado en la silla. ¿Qué diablos hacía pensando cosas así? Aquellas dos palabras, «Giselle» y «compromiso» provocaron que se diera cuenta de una verdad que no quería conocer. Contra todo pronóstico y a pesar de todo lo que se había prometido siempre a sí mismo, se había establecido un vínculo entre Giselle y sus emociones.

Había que destruir aquel vínculo.

Capítulo 9

No tenía sentido intentar trabajar. No podía. Giselle suspiró derrotada. No podía apartar de su mente lo que había sucedido por mucho que quisiera.

Consultó su reloj. Las nueve en punto. ¿Qué estaría haciendo Saul ahora? ¿Estaría con su primo? ¿Con Natasha? Unos celos afilados como los colmillos de una serpiente le mordieron el corazón. Giselle se dijo que no estaba bien sentir lo que sentía.

Una repentina llamada en la puerta del dormitorio hizo que se pusiera tensa. Saul. Había vuelto. ¿Para terminar lo que habían empezado? La emoción que la atravesó no era negación ni reticencia ni nada de lo debería ser. Sintió emoción, felicidad y anhelo.

Estaba levantándose de la silla cuando la puerta se abrió… pero no era Saul quien había llamado, sino Natasha. Su aparición desinfló las emociones de Giselle con la misma efectividad que un alfiler pincharía el globo de un niño.

La otra mujer tenía aspecto de estar ya vestida para la cena. El vestido rojo que llevaba era el complemento perfecto para su piel aceitunada y su cabello oscuro. Se le ajustaba al cuerpo de tal modo que dejaba poco a la imaginación. Giselle se preguntó si los pechos serían auténticos o los habría conseguido mediante el bisturí. Llevaba puesto un collar de rubíes y diamantes alrededor del cuello que debía costar una fortuna, y pulseras a juego en ambas muñecas. El cabello estaba recogido en rizos perfectamente peinados y el maquillaje resultaba impecable. Tenía las uñas pintadas del mismo tono escarlata del vestido.

–He querido aprovechar la oportunidad de hablar contigo mientras Saul habla con Aldo. Por supuesto sabrás que Saul nunca se comprometerá contigo y que no tenéis futuro juntos, ¿verdad?

–Sí, lo sé –reconoció Giselle.

Le proporcionó cierto grado de satisfacción ver que su respuesta no había complacido precisamente a la otra mujer.

–¿Y no te importa? ¿Te da igual que te utilice sólo por sexo y que te vaya a abandonar en cuanto se canse de ti? Nunca se comprometerá contigo, y sobre todo, nunca jamás te permitirá tener un hijo suyo. A mí me deseaba, pero se vio obligado a echarse a un lado cuando se dio cuenta de que Aldo quería casarse conmigo.

Natasha continuó hablando sin darle a Giselle la oportunidad de decir nada.

–Saul nunca se casará contigo, ¿sabes? Nunca se casará y nunca tendrá hijos, y menos un varón, porque sabe que su hijo tendrá que ocupar el segundo lugar después del mío y el de Aldo… cuando lo tengamos.

Se detuvo. Un amago de ceño enturbió su rostro perfectamente estirado antes de continuar hablando.

–Igual que él tuvo que ocupar el segundo lugar después de Aldo. Por supuesto, su orgullo no puede soportarlo. Saul tiene que ser el primero en todo. Cuando era niño, el primogénito del segundo hijo, creció resentido por tener que permanecer a la sombra de Aldo. Eso es lo que le pasa ahora. Si yo fuera tú, me buscaría a otra persona.

Se había dado la vuelta para abrir la puerta antes de que Giselle pudiera decirle nada a ella. Si ella hubiera esperado un compromiso por parte de Saul, si fuera una persona que anhelara desesperadamente la felicidad de tener un hijo del hombre que amaba, entonces las crueles y calculadoras palabras de Natasha habrían destruido sus sueños y sus esperanzas. Pero ella no era así, y las palabras de Natasha desataron dentro de ella una potente mezcla de emociones y una embriagadora sensación de liberación de las restricciones a las que se había sometido ella misma.

Aunque Natasha no lo supiera, lo que acababa de decirle sobre Saul le convertía en el hombre perfecto para ella. No. No en el hombre perfecto, sino en el amante perfecto. Ahora podía admitir y aceptar el torrente de deseo que la poseía. Ahora podía abrir las compuertas y permitir que surgiera y la inundara. Ahora, si Saul se acercaba a ella, podría permitirse tocar el fuego y permitir que la consumiera sin temer por el futuro.

Eran más de las nueve. Había llegado el momento de prepararse.

Cuando se hubo duchado, Giselle entró en el vestidor y abrió el armario para sacar dos vestidos de noche. Vestidos comprados y pagados por Saul. No eran en absoluto tan provocativos como el

que llevaba Natasha, pero eran elegantes. Eran vestidos para una mujer segura de sí misma, de su sensualidad y de los sentimientos de hombre con la que la compartía. Eran vestidos que hablaban claramente de orgullo personal y susurraban promesas secretas intercambiadas en privado. Y ésa era la razón por la que había querido rechazarlos en un principio. Y por la que quería ponérselos ahora.

Giselle observó los vestidos. Uno de ellos era verde oscuro, con manga larga, cuello de barco y una falda larga ligeramente fruncido en los laterales. El otro era negro, también de manga larga y con un escote en la espalda que llegaba casi a la cintura. Era de seda negra y brillante.

Giselle pensó que se sentiría más cómodo con el verde. Consultó su reloj. No tenía tiempo para pensárselo.

Veinte minutos más tarde estaba delante del espejo del vestidor observando su propio reflejo. El vestido se le ajustaba perfectamente y el color resultaba perfecto para su tono de piel, proporcionándole una suave luminosidad. Teóricamente estaba cubierta desde el cuello hasta las muñecas y los tobillos por la tela, pero de alguna manera, a menos que se estuviera engañando a sí misma porque eso era lo que quería pensar, el vestido resultaba sutilmente sexy.

Llamaron a la puerta. Esa vez sí era Saul. Llevaba puesto un esmoquin y estaba tan guapo y tan masculino, que el corazón le dio literalmente un vuelco por el contraste de lo formal que parecía ahora comparado con la intimidad en que lo había visto antes. Que era como le quería ver después. El corazón volvió a darle un vuelco.

–Me temo que todavía no estoy lista. Tengo que cepillarme el pelo –le dijo tratando de sonar calmada cuando pasó por delante de ella y entró.

–Déjalo. Está bien así –le dijo.

Giselle lo miró con desconfianza. Había visto por sí misma los mechones de cabello que se le escapaban de la horquilla que se había puesto y que ahora se curvaban suavemente en el cuello y en la nuca.

–Está despeinado –protestó–. Parece como si…

Se detuvo bruscamente al darse cuenta de que había estado a punto de decir que parecía que se había levantado de la cama.

–Está perfectamente –insistió Saul–. Además, no tenemos mucho tiempo –añadió–. Pero no te preocupes. Te prometo que Aldo no se dará cuenta. Sólo tiene ojos para Natasha, el muy tonto. Y hablando de Natasha, pensé que te gustaría llevar esto.

Saul rebuscó en el bolsillo y sacó un impresionante collar de diamantes y un par de pendientes a juego.

–Eran de mi madre –le dijo.

–¿De tu madre? –Giselle negó con la cabeza–. Oh, no… no puedo llevarlos.

–A ella le habría gustado.

Saul se dio cuenta, para su sorpresa, de que así era. A su madre le habría caído bien Giselle.

–Deberías llevarlos. Conociendo a Natasha, irá decorada como un árbol de navidad.

–Así es –reconoció Giselle distraída.

–¿La has visto? –quiso saber él.

–Vino a verme. Quería advertirme de que nunca te comprometerás conmigo ni me permitirás tener un hijo tuyo. Dijo que no podrías soportar la idea de que tu hijo ocupara el segundo lugar después del de Aldo.

–Es cierto que no tengo intención de ser padre, pero esa decisión no tiene nada que ver con el hecho de que mis hijos no fueran a heredar el ducado. Déjame que te lo ponga yo, el cierre es un poco complicado –le dijo, colocándole el collar de diamantes en el cuello antes de que Giselle pudiera impedirlo.

Observó en el espejo cómo brillaban los diamantes y a Saul detrás de ella con sus manos en el cierre del collar. Sin embargo, no le hacía falta verle para sentir su presencia. Podía sentirla en cada célula de su cuerpo. También sentía su respiración sobre la piel, provocándole el deseo de darse la vuelta y suplicarle que la abrazara y la besara, volver al punto en el que se habían quedado cuando la llamada de Aldo les interrumpió.

Pensar en aquellas cosas era suficiente para que el pulso se le acelerara y sus sentidos anhelaran retomar la intimidad con él.

–Entonces, si no es porque no van a heredar el ducado, ¿por qué no quieres tener hijos? –le preguntó en un intento de distraerse de la reacción física que le provocaba su proximidad.

–No se trata tanto de que no quiera tenerlos, sino de conocerme

a mí mismo y saber que mi trabajo implica que ocuparían un segundo puesto en mi vida… como le sucedió a mi madre con su trabajo y conmigo.

Saul había terminado de abrocharle el collar, pero no se apartó de ella. Se había abierto a ella de un modo que no esperaba, y sus palabras la conmovieron de forma que sintió deseos de consolarle, lo que le produjo mucho miedo.

El silencio de Giselle, que no le hizo más preguntas ni demandó más explicaciones, hizo que Saul continuara hablando.

–Lo que aprendí de esa experiencia es que los niños merecen ocupar el primer lugar de la lista de prioridades de sus padres. Mis compromisos y mi estilo de vida implican que no puedo garantizar que siempre estaré allí para mi hijo cuando me necesite. En mi opinión, es más justo no tener hijos que hacerles pasar por eso. Y en cuanto a ambicionar el ducado, si eso es lo que Natasha quiso dar a entender, el título de Aldo y las responsabilidades que acarrea, incluida la obligación de tener un heredero, son lo último que deseo.

Saul se detuvo un instante y luego, como si le estuvieran arrancando las palabras sin que él quisiera, le dijo:

–Mis padres no pudieron estar conmigo cuando les necesité. No haré pasar a una nueva generación por eso. Mi madre solía decirme que yo era muy afortunado y que no debía estar resentido por el tiempo que pasaba con los niños a los que quería ayudar porque yo tenía muchas cosas. Y no estaba resentido, me siento muy orgulloso del trabajo que hizo con esos niños que no tenían nada. Pero ella no entendía que un niño a veces necesita a sus padres, y que yo anhelaba verla más. No tendré un hijo para…

–¿Para que no sufra como tú por ocupar el segundo lugar? –terminó Giselle por él.

Deseaba con todas sus fuerzas abrazarle y decirle que ella también conocía aquel dolor, aquella sensación de verse apartada a un lado.

–Sí –respondió Saul con voz tensa.

Había hablado demasiado, había revelado demasiado. Instintivamente deseó distanciarse de su propia vulnerabilidad y de Giselle.

Así que dijo con sequedad:

–¿Puedes ponerte tú sola los pendientes?

Ella asintió con la cabeza.

Sentía que Saul se estaba apartando de ella y entendía la razón. Sin embargo, lo que le había contado le daba mucho que pensar. Sabía que Saul hablaba en serio. Lo había percibido en su tono de voz y lo había visto en su expresión. Y ella, por supuesto, entendía cómo se sentía mejor que cualquier otra mujer. Debido a su propia experiencia. Se había formado un lazo entre ellos. Pero sospechaba que Saul no deseaba aquel lazo. ¿Y ella? No podía contestar sinceramente a esa pregunta cuando sabía que la respuesta que debía dar no era la misma que albergaba en su corazón.

–¿Lista? –preguntó Saul cuando Giselle hubo terminado de ponerse los pendientes.

–Sí –respondió ella.

–Ah, estáis aquí los dos.

Aldo podría medir lo mismo que él y parecerse un poco, pero mirarle era como comparar una pálida sombra con la realidad de lo que era Saul, pensó Giselle cuando Saul le presentó a su primo.

Les sirvieron unas bebidas de aperitivo en el gabinete rojo, cuya decoración era el fondo perfecto para el vestido y las joyas de Natasha. La cena se sirvió a continuación en un comedor todavía más formal.

Giselle fue testigo del genuino afecto que Saul sentía hacia su primo, que era recíproco por parte de Aldo.

Finalmente tomaron asiento en la salita blanca, y Natasha, que había estado bebiendo toda la noche, se volvió algo agresiva al quejarse de la falta de vida social en Arezzio.

Ya era más de medianoche, pero Giselle no estaba cansada. Al contrario, sentía una gran tensión nerviosa. Durante toda la velada sólo había tenido una cosa en mente. Pero oh, de cuántas diversiones sensuales disfrutaría para alcanzar aquella meta si Saul se lo permitiera.

Había tomado la decisión de dejar de luchar contra lo que sentía, de dejar de negarse la satisfacción que anhelaba. ¿Por qué no iba a poder disfrutar una vez de los placeres que las mujeres de su edad daban por sentados? No podría haber nunca un hombre más perfecto ni una situación más perfecta que aquel instante con

Saul, que rechazaba la idea del compromiso y los hijos con tanta firmeza como ella misma, aunque por diferentes razones. Si Saul quería satisfacer el deseo que ya había despertado en ella, ella no tenía ninguna razón para impedírselo. Tal vez aquello estuviera destinado a ocurrir. Era su única oportunidad de conocer lo que significaba realmente ser una mujer. El destino se apiadaba de ella para darle lo que ella misma se negaba. Pero faltaba saber si Saul quería que sucediera.

¿Cómo le hacía saber una mujer a un hombre lo que deseaba sin arriesgarse a humillarse? Giselle había pasado tanto tiempo asegurándose de contener las insinuaciones de los hombres que no sabía cómo animarles.

Saul consultó discretamente su reloj.

–Creo que es hora de que Giselle y yo nos retiremos –les dijo a Aldo y a Natasha poniéndose de pie y mirándola.

Giselle obedeció y se levantó a su vez, despidiéndose de sus anfitriones antes de entrar con Saul en el pasillo que llevaba a su apartamento. Cuando llegaron a la puerta del dormitorio, Saul le dijo bruscamente:

–Yo me despido aquí.

A Giselle se le cayó el alma a los pies.

–Pero, ¿y el collar y los pendientes? –protestó.

–Puedes dármelos mañana por la mañana.

–No creo que pueda desabrocharme el collar.

–Entonces duerme con él puesto.

La voz de Saul sonaba ahora cortante. Se apartó de ella. Unos segundos más y se habría marchado. Se sintió invadida por la desesperación.

–Preferiría…

Preferiría dormir contigo, estuvo a punto de decir impulsada por el deseo, pero Saul no le dejó terminar. Sacudiendo la cabeza, le dijo con firmeza:

–Giselle, déjalo, ¿de acuerdo? Porque si no lo haces… –se detuvo un instante y luego continuó–, si entro en esa habitación contigo y te toco, entonces te advierto que no dejaré de tocarte hasta que estés desnuda debajo de mí gritando de deseo…

Su voz se acalló cuando Giselle se acercó temblorosa hacia él y le puso las manos sobre los hombros.

–Y de éxtasis –siguió diciendo.

Giselle se estremeció violentamente.

–No me lo cuentes –le susurró ella con audacia en la boca–. Demuéstramelo.

Saul abrió la puerta y la tomó en brazos, besándola apasionadamente mientras cerraba la puerta con el pie tras ellos y la llevaba a la cama.

Antes de que la dejara sobre ella, Giselle ya le había deslizado las manos en el interior de la chaqueta y había empezado a desabrocharle la camisa, ansiosa por verle, sentirle y olerle. Mientras la besaba sondeando con la lengua la dulzura de su boca, sintiendo su lengua enlazarse con la suya, Saul le bajó la cremallera del vestido, liberándolo de su cuerpo, y la besó más salvajemente mientras le cubría los senos.

–El collar –le recordó Giselle, llevándose las manos al cuello para buscar el cierre.

–Déjatelo –contestó él–. Te queda muy bien.

El brillo de los diamantes sobre la piel desnuda le proporcionaba un aspecto de sensualidad casi pagana, y le hacía sentir… ¿qué? ¿Que la había marcado, haciéndola suya como ella le había hecho a él prisionero de su deseo?

Saul se sentó en la cama y trató de quitarse la chaqueta y la camisa, pero Giselle sacudió la cabeza para impedírselo, insistiendo:

–No, déjame a mí. Quiero hacerlo yo.

Saul supuso que alguna mujer le habría desnudado con anterioridad, pero si era sí no lograba recordarlo, y desde luego no recordaba nada que fuera tan embriagadoramente erótico como la absorta mirada de Giselle sobre su cuerpo, el aumento del ritmo de su respiración que le levantaba los senos mientras le quitaba la chaqueta y sus dedos le desabrochaban los botones de la camisa.

–Quiero que te tumbes.

Saul lo hizo obediente, atrapado en una ola salvajemente dulce de placer sensual cuando se puso a horcajadas sobre sus caderas, apoyándose en él mientras le colocaba las manos en los hombros, acariciándoselos arriba y abajo, y luego los brazos.

Ella cerró los ojos y se estremeció de puro placer, un placer que se manifestó cuando su pezones sobresalieron todavía más.

Automáticamente, él le agarró las caderas y deslizó sus manos

por su cuerpo, pero ella se lo impidió con expresión decidida.

–No puedo concentrarme si haces eso, y quiero conocer cada centímetro de ti… cómo hueles, cómo sabes. Quiero saberlo todo.

Nunca había conocido a una mujer así, ni experimentado una sensación como la que estaba despertando dentro de él. Saul alzó las manos hacia ella.

Cuando Giselle se inclinó para saborear la piel de su cuello, él le sujetó el cabello con la mano. Lo quería todo de ella, y lo quería en aquel instante. Quería que abriera las piernas, elevarla sobre él y dentro de él y sentirla dentro.

Cuando Giselle le lamió la nuez, Saul gimió y se arqueó contra su boca, suplicando.

–Deja de torturarme.

–Eres tú quien me tortura.

En cuanto reconoció aquello, Saul la abrazó y le bajó el vestido por las caderas, abrazándola y despertando sus sentidos de tal forma que no se dio ni cuenta de que él se había desnudado hasta que la atrajo hacia sí y descubrió que donde antes había tela, ahora sólo había virilidad desnuda y dura.

Colocada encima de él, Giselle podía sentir la gruesa dureza de su erección. Saul extendió las manos para acariciar el interior de sus piernas abiertas, provocando que un calor húmedo hiciera explosión dentro de ella. Luego, movió las manos arriba y abajo cubriéndole las nalgas y alzando sus caderas mientras la deslizaba por su torso para poder introducirse en la boca el anhelante pico de su pezón.

¿Aquello era placer o tortura?

Giselle estaba húmeda y ansiosa. Saul podía sentir sus jugos humedeciéndole a él la piel. Le deslizó la lengua por el pezón. Su grito de deseo alimentó su propia excitación. La colocó bocarriba y su pasión creció al verla arquearse y ofrecerse a él.

La besó en la boca y le sostuvo el rostro para poder disfrutar plenamente del dulce placer de besarla y de sentir su cuerpo temblando impotente bajo el látigo de su deseo. Giselle tenía el sexo henchido, abierto a la caricia de su mano y de sus dedos como una flor exótica abriendo sus pétalos para él, temblando salvajemente bajo su caricia. Dentro de su cabeza podía saborear ya su dulzura contra la lengua, el suave aroma almizclado que invadía sus sentidos.

Giselle deseaba tocar a Saul con la misma intimidad con la que él la estaba tocando a ella. Quería sentirle y saborearle. Quería acariciarle entero con las manos y los labios.

Supo que había expresado aquellos deseos en voz alta en sollozada letanía de deseo cuando escuchó a Saul gemir que le estaba torturando más allá de lo soportable. Y entonces su plegaria fue escuchada y pudo aspirar su esencia más profunda y responder al intenso deseo femenino que se había creado en su interior por conocer su aroma y su sabor mientras él la acariciaba de una forma tan íntima que apenas podía soportar tanto placer.

Estaba caliente y húmeda, y el contacto de su mano y de su boca sobre el sexo de Saul le estaba volviendo loco de un deseo que exigía una satisfacción final.

Momentáneamente privada de las caricias de Saul y del contacto con su cuerpo, Giselle gimió en protesta. Pero fue un gemido diferente el que surgió de sus labios cuando Saul la llenó con la firme e intencionada embestida de su cuerpo. Giselle le rodeó con las piernas y jadeó de placer.

Nunca ninguna mujer le había acariciado de una forma tan seductora, haciéndole anhelar los dulces y apasionados movimientos de sus músculos mientras se movía dentro de él.

Y entonces Saul lo sintió… aquella tirantez fácilmente reconocible, la repentina tensión del cuerpo de Giselle, su profunda inhalación. Todo aquello le reveló la inimaginable y no deseada verdad sobre su virginidad.

Saul se había dado cuenta, Giselle estaba segura. Podía sentir su intento de retirarse de ella, pero su cuerpo luchó contra ello, defendiendo salvajemente el placer que se le había prometido. Los músculos de Giselle se tensaron alrededor de él en protesta mientras le agarraba los hombros y se incorporaba.

–No –le dijo–. No podría soportar que te detuvieras ahora. Por favor, no lo hagas.

Fue su sinceridad lo que pudo con él. Aquello y su deseo abierto por él, el primer y único hombre al que se había entregado. La fuerza de su propio deseo hacia ella se reavivó en su interior. No estaba preparado para aquel inesperado y casi atávico instinto de superioridad masculina que inundó su cuerpo, porque sabía que ella le había escogido entre todos los demás hombres.

No era su intención dejarse llevar a pesar de que Giselle le había asegurado con firmeza que estaba tomando la píldora. Todavía había preguntas que necesitaba que le respondiera. Pero ella se estaba moviendo contra él, abriéndose, reconoció Saul en un arrebato de salvaje excitación masculina hundiéndolo en su interior, y su cuerpo se apoderó del suyo llenándola, conduciendo su placer y el suyo hasta que ambos se movieron al unísono entrelazados, dos cuerpos, sí, pero con una única meta hacia la que avanzaban juntos.

Giselle fue la primera en alcanzarla con un gemido. Saul sintió su cuerpo contraerse y luego expandirse en una sucesión de movimientos que acarrearon su propio clímax en una serie de expulsiones cálidas y latentes.

Había ocurrido, pensó Giselle agradecida entre los brazos de Saul con la cabeza apoyada sobre su pecho, todavía húmedo y palpitante tras el alivio y la euforia del orgasmo. Ahora sabía todo lo que había que saber, había experimentado la creciente intensidad de cada caricia. Había atravesado la barrera de la auténtica feminidad y ahora se sentía plena y completa.

–Deseaba que ocurriera.

Saul sintió sus dulces palabras resonando contra su piel, sintió su eco en el corazón.

–Deseaba que ocurriera y te deseaba a ti.

Giselle no tenía ni idea de por qué se había visto impelida a decir aquellas palabras. No eran una defensa, ni siquiera una justificación, porque no necesitaba ninguna de las dos cosas. Eran más bien una reafirmación, una sencilla y orgullosa declaración de su felicidad y de su creencia en que lo que había hecho estaba bien. Había rozado las alturas y tendría aquel recuerdo para siempre, la acompañaría en la fría oscuridad del camino que tenía por delante. Había encontrado el valor para aceptar el regalo que el destino le había presentado a través de Saul, un hombre que no quería ni compromisos ni hijos. Sí, había rozado las alturas y ahora no tenía más remedio que dejarse caer desde ahí, pero no debía pensar en eso en aquel momento.

Más tarde, mientras se duchaban juntos, las sensuales caricias de Saul en su cuerpo fueron como escuchar los acordes musicales del mejor compositor del mundo interpretados por la mejor orquesta. Giselle se perdió en el delicioso placer que le proporcionaba la

libertad de tocarlo de forma tan íntima, estaba absolutamente concentrada con la mirada maravillada, como una niña que hubiera descubierto que Santa Claus había aparecido por arte de magia por la noche y le hubiera dejado no sólo todo lo que había pedido, sino también regalos que nunca pudo siquiera llegar a soñar.

Ninguna mujer le había mirado, tocado y deseado nunca como Giselle, y al mirarla Saul sintió como si el peso duro e implacable que tenía sobre el pecho se hubiera disuelto. Donde antes había aspereza y constricción ahora había ligereza y una ridícula fuente de efervescente felicidad.

Sujetando la toalla que Saul le había colocado tiernamente, Giselle tomó asiento en uno de los modernos taburetes de la cocina blanca, negra y gris del regio apartamento mientras Saul le cocinaba unos huevos. Había accedido a regañadientes a preparar té cuando ella rechazó el champán que originalmente le ofreció. Eran las dos de la mañana, pero Giselle nunca se había sentido tan despierta y tan viva. Sentada con Saul mientras él preparaba una deliciosa comida, recordando cada segundo de la igualmente deliciosa intimidad que estaba compartiendo con él, cuando le hizo la pregunta que ella creía estar preparada para responder.

–Eras virgen –le dijo con dulzura–. ¿Por qué elegiste perder la virginidad conmigo?

Saul le había retirado el plato del que había estado comiendo, y Giselle sintió una punzada de emoción que se apresuró a apartar de sí cuando Saul la atrajo hacia sí para apoyarle la cabeza contra su hombro. Gracias a Dios, ya sabía que la intimidad que estaban compartiendo no era más que el modo que tenía un hombre sexualmente experimentado de demostrar que le había complacido el sexo. No tenía nada que ver con la profundidad emocional que hubiera surgido de una auténtica relación entre ellos. Aquella certeza la ayudó a centrarse en la respuesta, y contestó con sinceridad:

–Ya lo sabes. Bueno, más o menos.

Saul le levantó la barbilla para poder mirarla.

–¿Ah, sí? –preguntó.

–Sí –confirmó ella asintiendo con la cabeza–. Te deseaba. Eso me sorprendió y me asustó al principio. Antes de conocerte a ti me había resultado relativamente fácil no desear a nadie. Sabía que no

debía no podía porque… bueno, porque no estaría bien debido a…

–¿Debido a tu infancia?

–Sí –reconoció Giselle, agradecida de que la hubiera ayudado a salir del bache en el que estaba metida–. Sí, exactamente por eso. Sabía que no podía, que no debía tener un hijo. No quería ser promiscua y que una procesión de hombres pasara por mi vida y por mi cama, y además tenía miedo de tomarle cariño a alguno de ellos, o ellos a mí, pero contigo fue diferente.

–¿Porque sabías que comprendería tu infancia?

–Sí.

Giselle confiaba en que Saul no hubiera percibido la pequeña vacilación de su confirmación y siguiera preguntándole. No podía contarle el profundo y oscuro secreto que la separaba de la plenitud y la felicidad a las que las demás mujeres podían aspirar libremente. Ahora que se sentía tan contenta, tan completa y tan… normal, decirle la verdad sólo serviría para estropear las cosas, y no tenía sentido. Ni tampoco había necesidad de que él lo supiera, ya que Giselle sabía que aquel maravilloso regalo del destino era solamente un momento mágico en el tiempo cuya belleza no podía durar mucho.

La verdad era impactante, destructiva y fea. Si se lo contara, Saul la miraría de otro modo. ¿Tan mal estaba tratar de mantener aquellos momentos a salvo? Y más cuando no era necesario que él supiera nada y cuando Giselle sabía que el placer que le había dado era literalmente lo único que podría conseguir de Saul.

Pobre niña. Debió haber sufrido todavía más que él por la pérdida de sus padres. Y no sólo sus padres, recordó Saul, también había un bebé en la historia. Su hermano pequeño. Saber que aquel niño había perdido la vida sin duda había creado en su joven mente una idea sobre la fragilidad de la vida humana y el miedo a perder a los seres queridos.

Saul la estrechó todavía más contra sí lleno de ternura y de deseo de protegerla, sensaciones que en el pasado habría rechazado al instante con furia, pero que ahora, en lugar de unos enemigos odiados, parecían los compañeros naturales y necesarios del resto de emociones que estaba experimentando.

¿Emociones? Ya se cuestionaría sus propios sentimientos más tarde, se dijo Saul. En aquel momento tenía que ocuparse de Giselle.

De la niña que fue cuando él no estaba allí para protegerla y por la mujer en la que se había convertido ahora entre sus brazos. Un paso semejante no podía darse no podía darse sin que la persona que lo daba se viera profundamente afectada. Tal vez Giselle no fuera consciente todavía de ello, pero él sí, y dependía de él que hiciera aquella transición sintiéndose segura.

–Me asusté y me enfadé cuando me di cuenta de que te deseaba, pero entonces supe lo que pensabas respecto a… cosas.

Saul sabía que se estaba refiriendo a que no quería tener hijos, y se inclinó para besarle la coronilla.

–Hoy… quiero decir, ayer cuando llegamos –se corrigió Giselle, estremeciéndose de placer cuando Saul le besó el cuello y le puso la mano sobre el seno bajo la toalla mientras ella seguía hablando–. Cuando me besaste y todo lo demás te deseaba mucho.

Alzó la vista para mirarlo.

–Te deseaba desde antes, y eso me ha tenido despierta por las noches pensando e imaginando. Sabía que no podría soportar el no saber, pasarme el resto de mi vida anhelando. Al principio sentí que el destino me estaba tentando y atormentando, riéndose de mí porque no podía estar contigo. Pero entonces pensé que tal vez el destino estuviera en realidad tratando de darme algo, de arreglar las cosas conmigo, y que debería hacerlo…si tú querías. Y esta noche, cuando no quisiste entrar en el dormitorio conmigo, me sentí completamente desesperada.

–No quería entrar porque sabía lo que iba a suceder si lo hacía – le dijo Saul.

–¿Y te arrepientes? –le preguntó Giselle ansiosa.

–¿Y tú? –Saul le devolvió la pregunta.

–No –contestó ella sincera y llanamente.

–Bien –dijo Saul sin responder a la pregunta que le había hecho y atrayéndola hacia sí para besarla.

De alguna manera regresaron al dormitorio, esa vez al de Saul, porque tal y como le explicó entre caricias cada vez más íntimas, estaba más cerca que el suyo y tenía miedo de no llegar gracias al modo en que Giselle le estaba besando y acariciando.

La habitación de Saul, al igual que la cocina, estaba decorada con masculinos tonos blancos, grises y negros con un toque de crema oscuro.

Saul cerró la puerta del dormitorio y apoyó a Giselle contra ella mientras la levantaba para que pudiera enredarle las piernas alrededor. La erección de Saul, casi por propia voluntad, estaba buscando su camino entre los húmedos labios de su sexo, llenándola tan completamente que el cuerpo de Giselle cantó de alegría.

Esa vez no hubo restricciones ni vacilaciones. Su feminidad se regocijó en la fuerte y dura presencia de Saul y se abrazó a ella, urgiéndole a moverse más deprisa y más profundamente todavía.

Su orgasmo fue rápido e intenso, arrancándole el aire de los pulmones de tal modo que no pudo gritar de placer. Saul sí gritó en cambio exultante cuando el cuerpo de Giselle recibió el regalo de su clímax y su cuerpo bombeó su placer en su suave y cálido interior.

Otra ducha, esta vez con Giselle prácticamente dormida, y regresaron a la cama. Ella se durmió en cuanto apoyó la cabeza en la almohada. Saul, sin embargo, no se durmió. Apoyó la cabeza en la mano con el codo sobre la almohada y la observó con el ceño fruncido.

¿Qué le estaba sucediendo? No lo sabía. Sólo sabía que aquella noche algo profundo de su interior se había sacudido hasta las raíces; creencias que había considerado grabadas en piedra se habían revelado como débiles porque sus cimientos se habían derrumbado sin saber cómo aquella noche.

Se sentía vulnerable, reconoció, como una criatura a la que le hubieran robado el caparazón protector. Sólo era sexo, se dijo. Nada más que sexo. Y por muy impactante que fuera su efecto en él en aquel momento, eso no cambiaría nada respecto al modo en que pretendía vivir su vida. Lo que había sucedido entre ellos era un hecho aislado. No significaba para él nada más que eso. Y además, era en Aldo en quien debería estar pensando, no en sí mismo. Y desde luego no en Giselle.

La conversación que había tenido con su primo le había dejado claro que la situación era todavía peor de lo que en un principio sospechó. Aldo no sólo había invertido su propio dinero, o mejor dicho, el dinero que él le había dado, en aquella inversión fraudulenta de intereses tan altos, lo que habría alertado a cualquiera con algo de conocimiento sobre el mundo financiero, sino que además había invertido también el dinero del estado. Dinero que se necesitaba para pagar profesores, enfermeras y

médicos, los servicios públicos y las infraestructuras.

Cuando Saul le preguntó a Aldo por qué no le había dicho nada antes de hacer aquellas inversiones, por qué no había buscado su consejo, Aldo le respondió avergonzado que le habían dicho que no hablara del asunto con nadie porque sólo podían tener acceso algunos inversores especialmente escogidos.

–Natasha pensó que si tú te enterabas querrías invertir también. Por favor, no la culpes –le había suplicado su primo–. La culpa es enteramente mía. El único error de Natasha ha sido querer demostrarte que podíamos no depender de tu generosidad. Ella tiene mucho más orgullo que yo, Saul, y cree que dado que soy gran duque, debería…

–¿Ser más rico que yo? –dijo Saul por él con sequedad.

Pero sabía que lo que Aldo no quería decir era que Natasha deseaba que su marido lo superara en todos los sentidos… porque sentía que así recibiría su castigo por haberla rechazado.

Sin embargo, en aquel momento, salvar a su primo de la vergüenza pública de tener que declararse en bancarrota y del efecto demoledor que eso tendría sobre el país y sus finanzas era mucho más importante para él que las artimañas de Natasha.

Saul revisó mentalmente sus propiedades para valorar cuál de ellas podría vender más fácil y rápidamente para reflotar las finanzas de Aldo.

Tal vez fuera una pena que hubiera comprado la isla, pero después de haberlo hecho no estaba preparado para venderla por debajo de su valor. Sin embargo, había otros activos que podía vender, como su participación en un nuevo edificio de oficinas en Singapur. Aldo era de la familia, y a veces la familia era lo primero.

Capítulo 10

Giselle se había despertado antes y se había encontrado con que estaba atrapada en la cama por el peso de la pierna de Saul sobre la parte inferior de su cuerpo y apretada a su costado por su brazo. Pero era una prisión agradable, y eso le permitía quedarse tumbada en silencio y maravillarse con los mágicos sucesos de la noche y la felicidad que le habían producido. Ahora estaba otra vez despierta, esta vez para darse cuenta de que tenía la cama de Saul toda para ella, y que podía estirarse indolentemente en ella y disfrutar de la dulce y pesada languidez que se apoderó de su cuerpo con la intimidad y la intensidad con la que Saul lo había poseído durante la noche.

Saul era el amante perfecto en todos los sentidos. Con él no había necesidad de sentirse culpable por el dolor que le terminaría provocando ni por el miedo a sus propias emociones. Sabía que aquel placer que la rodeaba como una nube rosa de felicidad era pasajero y que sólo podía disfrutar de él brevemente. Saber aquello le proporcionaba seguridad, y tal vez también aumentaba su dulzura. Los momentos que habían compartido, la intimidad que les había proporcionado no podrían continuar cuando regresaran a Londres. Eso sería imposible. Ella lo sabía. No hacía falta que Saul se lo dijera, y confiaba en que él confiara en ella lo suficiente como para saberlo. No quería que ni un solo segundo de aquellos momentos tan especiales se estropeara por algún tipo de desacuerdo o desconfianza entre ellos.

Ya pensaría cuando estuviera en Londres de regreso cómo iba a enfrentarse a la realidad de la vida. Si Saul decidía poner fin a su colaboración con él, entonces que así fuera. Sería lo más sensato y práctico que podría hacer. La angustia que sintió dentro del pecho no era más que una reacción refleja y no significa nada en realidad, se dijo con firmeza. Sin embargo bastó para que se levantara de la cama y se dirigiera a su dormitorio. Allí se duchó y se vistió con una de las camisetas y una falda que le había recomendado la

estilista.

No se había puesto una falda en vez de pantalones o vaqueros porque la noche anterior Saul le hubiera acariciado las piernas y le hubiera dicho que eran muy largas y esbeltas. Se la había puesto porque vio que afuera brillaba el sol. Era primavera, los árboles estaban en flor y una falda ligera le parecía más apropiada.

Saul, que ya se había duchado y vestido cuando la despertó antes con un beso, le había dicho que se quedarían en Arezzio más tiempo del previsto originalmente debido a los asuntos financieros de su primo. Giselle se había emocionado para sus adentros, feliz como un pobre al que le hubieran dado una moneda de oro ante la idea de pasar más tiempo de intimidad con él.

Se estaba cepillando el pelo cuando llegó una doncella vestida de negro y el oscuro cabello recogido. Era joven y parecía nerviosa y Giselle sintió lástima por ella. La joven hizo una pequeña reverencia y le informó de que la gran duquesa quería saber si deseaba acompañarla de compras a la ciudad.

Acompañar a Natasha a cualquier sitio era lo último que Giselle deseaba hacer. Pero la buena educación la obligó a aceptar la invitación de la otra mujer y a seguir a la doncella por los ahora familiares pasillos y escaleras abajo hasta que se vio en una habitación luminosa decorada en tonos amarillos y azules. Natasha estaba sentada en un sofá tapizado con brocado dorado.

–Ah, aquí estás –saludó a Giselle mirándola con desprecio antes de pasarse la mano por lo que a Giselle le pareció un vestido de diseño mucho más caro que el suyo, confeccionado en seda dorada.

La falda del vestido era tan corta y estrecha que a Giselle le sorprendió que fuera capaz de sentarse con él, sentarse y luego poder andar con aquellos zapatos blancos de vertiginosos tacones que llevaba puestos. Unos brazaletes anchos con diamantes incrustados le rodeaban las estrechas muñecas, y estaba todavía más maquillada que la noche anterior.

–Un socio de mi padre ha abierto una tienda en la ciudad, y me ha telefoneado esta mañana para decirme que tiene ropa de un diseñador nuevo que sabe que me va a encantar.

La tarde de compras no fue ningún éxito, al menos para Giselle. Natasha se había pasado todo el rato coqueteando con el pegajoso

amigo de su padre. A Giselle se le revolvió el estómago y sintió lástima por el pobre Aldo. Los ajustados modelos que se probó Natasha eran más propios de una modelo desesperada por llamar la atención que de una gran duquesa, pero por supuesto no era cuestión suya decir nada.

Cuando regresaron, Aldo se mostró genuinamente complacido de que su mujer hubiera tenido la posibilidad de pasar un tiempo con un viejo amigo. Ahora estaban los cuatro sentados en la salita azul y amarilla. Natasha torció el gesto cuando Aldo les ofreció una taza de té, insistiendo en que ella quería un cóctel de vodka y champán, lo mismo que había estado bebiendo en la tienda. Giselle volvió a sentir lástima por Aldo cuando su amable rostro se ensombreció. Giselle se vio obligada a tomar también un cóctel porque la otra mujer amenazó con montar un escándalo si se negaba.

El alcohol no mejoró el humor de Natasha, que montó en cólera cuando Aldo sugirió con mucha discreción que quizá ya tenía suficiente ropa.

–¿Cómo? –desafió a su marido antes de darle un sorbo a su copa, la tercera desde que se habían sentado–. ¿Ahora quieres negarme el único placer que me queda? Porque la cama no es exactamente tu fuerte, ¿verdad, cariño? Tal vez deberías preguntarle algunos trucos a Saul.

Giselle oyó el sonido de la respiración de Saul cuando se levantó detrás de ella. El pobre Aldo debía sentirse mortificado, aunque se limitó a sacudir la cabeza.

–Creo que estás avergonzando un poco a nuestra invitada, Natasha –dijo con suavidad.

–¿Acaso puede alguien avergonzar a alguna de las mujeres de Saul? –contraatacó ella–. Me extrañaría.

Giselle sospechaba que, cuando Natasha bebía, se ponía de un humor que pasaba de la agresividad a algo más desagradable. No quiso provocarla por el bien de Aldo. En lugar de responder, decidió salir de allí, y dijo con voz pausada evitando mirar a nadie:

–Estoy un poco cansada. Si me perdonáis, creo que me iré a mi habitación.

–Voy contigo –se apresuró a decir Saul–. Tengo trabajo que hacer.

En cuanto estuvieron solos, se disculpó con ella.

–Lo siento. El comportamiento de Natasha es intolerable. No sé cómo Aldo la soporta.

–La ama y tiene miedo de perderla –aseguró Giselle mientras él abría la puerta que llevaba a su apartamento y la mantenía abierta para que pasara.

–Lo lamento profundamente por los hijos que acabaran teniendo. Creo que Natasha será una madre agobiante –Saul se detuvo un instante antes de seguir–. Es un poco inestable. Me había dado cuenta antes, pero hoy…

Giselle se estremeció involuntariamente y Saul supo al instante por qué.

–¿Estás pensando en tu propia infancia?

–Sí –se vio obligada a admitir Giselle–. Estaba pensando lo duro que será para los hijos de Aldo y Natasha, porque tendrán que vivir con el estigma de una madre emocionalmente inestable y el miedo a ser iguales a ella. Les juzgarán bajo ese prisma. La gente siempre juzga.

–Parece como si hablaras por experiencia. Ahora era demasiado tarde para lamentar haberse quedado callada.

–Me juzgaron por lo del accidente. Porque yo sobreviví y ellos no –se vio forzada a admitir–. Mi padre y creo que también los demás.

–¿Tu padre te juzgó? –Saul se detuvo y se giró para mirarla–. ¿Por qué iba nadie a juzgarte por algo sobre lo que no tenías ningún control? Eras una niña.

Habían llegado al dormitorio. Saul abrió la puerta, sorprendido ante su deseo de consolarla.

–No debes culparte. Tú no tuviste la culpa –le dijo con firmeza.

«Tú no tuviste la culpa». Había anhelado durante años escuchar aquellas palabras, sentir que alguien comprendiera su dolor y quisiera ayudarla. Alguien que no le echara la culpa y le diera la espalda. Que no escogiera la muerte antes que vivir con ella, como había hecho su padre.

Giselle había escuchado los murmullos tras su muerte, a los adultos comentando que su padre había sufrido un ataque al corazón porque no quería vivir tras la muerte de su madre y de su hermano.

Giselle volvió a estremecerse, pero esa vez los brazos de Saul la

rodearon. No quería pensar en el pasado. Lo único que quería era vivir aquel momento en brazos de Saul. Alzó el rostro para que la besara. Saul lo hizo y siguió besándola mientras la desvestía.

Sólo en brazos de Saul, en su cama, se sentía viva, conectada con su verdadera esencia. Pero sabía que aquel placer y su intensidad no durarían mucho. Eso significaba que no podía perder un segundo, y por eso sus manos tenían tanta prisa en desnudarle, como las de Saul la estaban desnudando a ella. Su viaje hacia el contacto de piel con piel que ambos anhelaban se vio retrasado por los besos y las caricias. Finalmente fueron libres para tocarse y disfrutar el uno del otro tal como anhelaban. Giselle deslizó las yemas de los dedos por la erección de Saul y trató de rodearla con la mano. Alzó la mirada ardiente hacia la suya cuando vio que era demasiado grande para agarrarla. Pero podía acariciar la piel cálida y flexible que cubría el extremo de su erección, sintiendo el calor húmedo en el interior de su propio sexo, imaginando el momento en que su erección entrara en ella con un primer embate.

Ya estaban en la cama, Saul tumbado de espaldas para que Giselle pudiera colocarse encima de él y tomar el control de su propio placer. Ella deseaba desesperadamente satisfacer su ansia, pero un antiguo instinto femenino la hizo contenerse diciéndole que el placer sería mayor si se lo tomaba con calma.

Y su instinto tenía razón. Mirar a Saul a los ojos mientras la tomaba lentamente, ver lo indefenso que estaba al enfrentarse a su propio deseo y al control de Giselle sobre él, observar la pasión que no podía ocultarle mientras se movía en él le produjo tal placer, que sintió como si ya hubiera alcanzado el orgasmo. Saul le agarró las caderas, sosteniéndola mientras la movía arriba y abajo sobre su cuerpo excitado, deliberada y lentamente hasta que el placer se convirtió en una forma de tormento mientras le suplicaba más.

–¿Así, quieres decir? –preguntó Saul seduciéndola con movimientos más lentos–. ¿O así?

Ahora estaba embistiéndola profunda y salvajemente, y el placer descarnado la llevó a gritar que no se detuviera.

Y no lo hizo, ni siquiera cuando ella alcanzó el orgasmo. La acompañó en él hasta que finalmente la inundó con su propio placer.

Demasiado agotada como para moverse, Giselle se apoyó contra

su cuerpo y se dio cuenta de una cosa. Estaba enamorada de Saul. El pánico hizo explosión en su interior. No. Eso no podía ser. No debía amar a Saul.

–Voy a engordar si seguimos así –protestó Giselle en broma tres horas más tarde sentada en la cama comiendo con avidez el salmón ahumado que Saul le había llevado.

–Entonces tendré que encontrar una manera para que adelgaces –bromeó él.

Había estado pensando en ella durante las horas que estuvieron separados por la mañana, impaciente por estar a su lado, algo que nunca le había pasado. Aquello debió bastar para preocuparle, pero cuando estaba con Giselle, en lo único en lo que podía pensar era en ella. Ya tendrían tiempo cuando estuvieran en Londres para poner fin a lo que nunca debió empezar.

Pero había empezado, y, ¿estaba seguro de poder ponerle fin? Por supuesto que sí. El compromiso no estaba en su agenda.

Saul apartó el plato de la cama y luego buscó la mano de Giselle, atrayéndola hacia sí.

Capítulo 11

Aquella tarde regresaban a Londres. Saul había cancelado la visita a la isla porque necesitaba celebrar algunas reuniones relacionadas con los asuntos financieros de Aldo. Aquella mañana, Giselle estaba paseando por la parte antigua de la ciudad bajo el sol de mayo tratando de decirse que encontraría la fuerza para vivir sin Saul. Tenía que hacerlo. Lo tenía todo pensado. Cuando él le dijera que todo había terminado, pondría su apartamento a la venta. Podría comprar una casita en Yorkshire y cuidar ella misma de su tía abuela. Lejos de Londres no haría el ridículo de suplicarle a Saul que volviera a llevarla a la cama. Porque se había enamorado de él. Se sentía desesperada. ¡Qué fácilmente se había entregado a la tentación y había roto sus reglas! Pero no todo estaba perdido. Saul no la amaba. Podía seguir manteniendo la promesa que se había hecho a sí misma.

Saul no podía concentrarse en los complejos datos financieros que tenía en la pantalla. No podía concentrarse en nada que no fuera Giselle, reconoció. ¿Y eso que significaba? Nada más que por el momento quería tenerla en su cama y en su vida. Por el momento.

Trató de concentrarse en el trabajo, pero sentía un vacío dentro que no podía ignorar. Quería estar con Giselle. Sabía que iba a pasar la mañana recorriendo la parte vieja de la ciudad. Quería estar con ella. Quería ver su expresión cuando paseara por su ciudad. Quería verla a través de sus ojos. Quería…

Maldiciendo entre dientes, apagó el ordenador portátil y se puso de pie. No le costaría mucho trabajo encontrarla. La ciudad vieja no era muy grande, y él la conocía bien.

Una vez fuera comenzó a caminar a buen paso, cada vez más rápido por las ganas de verla. Cuando por fin la vio, estaba a mitad de la calle, parada sobre la acera de una de las calles más

concurridas. Estaba completamente quieta con la mirada clavada en la otra acera. Al principio Saul creyó que estaba esperando para cruzar, pero luego se dio cuenta de que observaba a una joven madre que trataba de lidiar con un carrito con un bebé y otro niño pequeño que se negaba a darle la mano.

Saul se dirigió hacia ella.

Giselle había visto a la madre con los dos niños cuando iba a cruzar. El mayor se había agarrado a la barra del carrito y estaba tratando de empujarlo mientras su agobiada madre insistía en que le diera la mano. Giselle sabía lo que estaría diciendo. Después de todo, eran palabras que tenía grabadas a fuego en su propio corazón con la voz de su madre.

Agarra el carrito. Dame la mano. No lo sueltes. No tires. No…

El niño estaba tratando de soltarse de la mano de su madre. Ella se apartó del carrito un instante para regañarle, y…

Sin pensar en su propia seguridad, Giselle se lanzó al intenso tráfico ajena al sonido de los cláxones de los coches y de los gritos de los conductores. Debía salvarlos. A todos, no sólo a ella.

¿Qué estaba haciendo Giselle lanzándose ciegamente al tráfico de aquella manera? La iban a matar.

Saul reaccionó automáticamente guiado por el mayor miedo de un hombre, el de perder a quien amaba por encima de todas las cosas. No pensó en lo que provocaría su propia reacción cuando se lanzó tras ella, salvando la distancia a velocidad supersónica, sacándola prácticamente de debajo de las ruedas de un coche que venía y arrastrándola hacia la seguridad de la acera.

–¿Qué estás haciendo? ¿Quieres matarte?

Giselle podía sentir el furioso latido del corazón de Saul contra su propio pecho. Oyó las voces de los peatones que habían visto lo sucedido y ahora le preguntaban si se encontraba bien. Pero todo aquello le quedaba a ella muy lejos. Lo único que podía preguntar era:

–El carrito… el bebé… ¿está bien?

Saul observó la palidez de su rostro y luego miró al otro lado de la calle.

–Los tres están bien –le aseguró con sinceridad.

Los tres. Esos tres, pero no los tres miembros de su familia. Ella se había salvado, pero había dejado que su madre y su hermanito

murieran.

Un sollozo le aprisionó la garganta.

–Yo les maté. Fue culpa mía. No tendría que haber soltado el carrito. Tendría que haberles salvado o morir con ellos. No le estaba mirando. A Saul le dio un vuelco el corazón dentro del pecho.

–¿Giselle?

Saul estaba desesperado por que le mirara, por que estuviera con él, por… ¿Por reconocer lo que él mismo había descubierto cuando pensó que iba a perderla, por decirle que ella era su vida y no quería volver a perderla de vista? ¿Sería aquello amor? Si lo era, con razón le había temido. Era algo tan poderoso, que resultaba comprensible que cualquier ser humano se echara a temblar ante él. Quería contarle a Giselle lo que había descubierto, pero aquél no era el momento.

–Voy a llevarte de regreso a palacio –le dijo–. Y voy a llamar al médico.

–No –le detuvo Giselle–. No, no necesito ningún médico. Estoy perfectamente.

No era cierto, y a juzgar por su expresión, parecía que Saul no la creía.

Saul miró hacia la cama donde estaba echada Giselle, completamente vestida y dormida. Había estado temblando convulsivamente cuando la llevó de vuelta al palacio, y no opuso resistencia cuando le sirvió un brandy antes de sugerirle que se tumbara un rato a descansar.

Giselle se movió incómoda en la cama, agitando las piernas como si quisiera correr.

–¡Mamá, no! –gritó.

Aquel grito encerraba tanto terror que a Saul se le rompió el corazón y se puso al instante de pie. Llegó a la cama justo cuando ella abría los ojos y trataba de incorporarse.

Había vuelto a tener aquella pesadilla, esa vez le había parecido absolutamente real. Había podido oler la lluvia mezclada con el aroma de su madre, y luego el olor a sangre… sangre por todas partes, en la ropa y en las manos. Se las miró y cerró los ojos. Lágrimas de dolor descendieron por sus mejillas.

–¿Giselle? –sintió cómo Saul la estrechaba entre sus brazos–.

Háblame. Cuéntame qué pasa.

Ella volvió a abrir los ojos. Estaba demasiado cansada para seguir escondiendo su culpabilidad. Iba a perder a Saul de todas maneras, así que, ¿qué más daba si veía el desprecio en sus ojos?

–Ha sido la madre… la madre con el carrito y el otro niño. Me recordó… pensé…

Hablaba tan bajo, que Saul tuvo que agudizar el oído para escuchar lo que estaba diciendo.

–Debería haberles parado. No tendría que haber soltado la mano de mi madre ni el carrito…

Saul se dio cuenta de que estaba hablando de su infancia, y empezó a entender por qué al ver a aquella madre con el carrito y el niño recordó el terrible accidente en el que perdió a su propia madre y a su hermanito.

–Tendría que haber muerto con ellos. Eso era lo que mi padre pensaba. Por eso me envió lejos en lugar de dejar que me quedara con él. No podía soportar verme porque no les salvé.

Saul estaba abatido.

–No, Giselle –le aseguró estrechándola entre sus brazos–. No, eso no es cierto.

–Sí lo es –insistió ella–. Fue culpa mía. Si les hubiera sujetado… pero no lo hice. Me solté y ellos murieron. Mamá estaba enfadada conmigo porque yo no quería salir. Estaba oscuro y llovía, pero dijo que teníamos que salir porque Thomas no dejaba de llorar. Me dijo que pusiera a Thomas en el carrito y que iríamos al parque. Pero cuando estábamos a punto de llegar decidió cruzar la carretera. Me dijo que le tomara la mano, pero yo no quería. Quería ir al parque, como ella me había prometido. Me agarró el brazo, pero yo me solté y ella empezó a cruzar la carretera. Grité para que se detuviera porque se acercaba un camión, pero no me hizo caso y entonces… entonces fue demasiado tarde. Fue culpa mía que murieran.

–No –Saul rechazó al instante su culpabilidad, horrorizado al pensar en el sufrimiento que Giselle debía haber pasado–. No, no fue culpa tuya. Fue un accidente y no debes culparte –le apartó el cabello de la cara–. Mírame.

Ella obedeció en silencio.

–¿De verdad crees que el destino hubiera permitido que murieras si ya te tenía reservada para mí?

Sus palabras provocaron que Giselle abriera los ojos de par en par.

–¿Qué… qué quieres decir?

–Cuando te vi lanzarte al tráfico, pensé que podría perderte y me di cuenta de la verdad. Te amo, Giselle. Creo que me enamoré de ti en aquel aparcamiento, cuando me robaste la plaza y luego me desafiaste. El destino nos unió allí aquel día para que estuviéramos juntos.

–No –protestó Giselle al instante, aterrorizada–. No puedes amarme. No debemos amarnos.

–¿Para evitar que suframos? –Saul apoyó la frente contra la suya y le besó el puente de la nariz–. Por eso crees que no debes amar a nadie y por lo que no quieres tener un hijo, ¿verdad? Por lo que les ocurrió a tu madre y a tu hermanito.

Giselle vaciló. Aquél era el momento de decirle todo. Quería hacerlo. Lo deseaba desesperadamente. Pero las palabras no le salieron. Le daba miedo pronunciarlas, así que se limitó a asentir con la cabeza. Después de todo, en cierto modo era la verdad… aunque no fuera toda la verdad. ¿Podría disfrutar un poco más de aquel maravilloso tiempo con Saúl antes de renunciar a él?

–No quería que lo supieras. No quería que me culparas y me miraras como lo hizo mi padre. Podría haberles salvado, Saul, pero no lo hice –le dijo emocionada.

–No. Eso piensas ahora, pero eras una niña, ¿qué podrías haber hecho?

Saul pensó en todos los años en los que había cargado con aquella culpa injusta y sintió un nudo en la garganta. Se juró que la amaría tanto, que conseguiría que nunca volviera a sentir aquel dolor.

–Te amo –le dijo sintiendo al pronunciar aquellas palabras que las decía de verdad, y sorprendido por haber sido tan estúpido como para luchar contra la verdad durante tanto tiempo con la mente cuando la mente y el corazón ya se habían entregado a Giselle–. No hay nada que hayas podido hacer que pueda evitar que te ame. Nada. Quiero casarme contigo, Giselle.

Ella se puso tensa en sus brazos.

–No. No puedes. No puedes desear casarte conmigo.

Saul optó por tomarle el pelo.

–Oh, ya veo… ya tienes marido, ¿verdad? Pues entonces habrá que anular ese matrimonio. Después de todo, nunca llegaste a ser suya del todo… como lo has sido mía. Eres mi amor, mi vida –le dijo inclinándose para besarla.

Giselle no pudo resistirse, como no podía resistir su propio deseo.

–El destino nos unió –insistió Saul con firmeza–. Estoy absolutamente convencido de ello. Nuestro destino era conocernos, enamorarnos y estar juntos. El destino nos proporcionó incluso una infancia difícil a los dos para que pudiéramos entendernos el uno al otro. De la crueldad de nuestra pérdida se ha formado un lazo y un puente entre nosotros que podemos cruzar para compartir el futuro.

–Esas palabras son muy bonitas –respondió Giselle–. Pero…

–Son más que palabras –le aseguró Saul–. Son la promesa que te hago para nuestro futuro juntos. Y tendremos un futuro juntos, Giselle. Lo que tenemos es demasiado especial como para que no sea así.

Cada palabra que Saul pronunciaba era como un cuchillo que se le clavara en el corazón. Deseaba lo que le estaba ofreciendo, pero, ¿cómo podía confiar en que la amara tal y como era para siempre?

–El matrimonio normalmente implica hijos –le dijo ella con brusquedad–. Y yo nunca podré tener hijos, Saul. Mis sentimientos no van a cambiar en ese sentido.

Él le sujetó las manos con la suya.

–¿He dicho que yo quiera tenerlos? Lo cierto es que me alegra que no desees hijos, Giselle. No he cambiado de idea. Tú y yo podemos viajar juntos, trabajar juntos. Construiremos edificios de gran belleza, poder y pasión. No podemos comprometernos completamente a ello y el uno al otro y tener hijos. Nuestras creaciones serán nuestro legado, nuestro don.

Hablaba con tanta elocuencia, con tanta pasión, que Giselle se sintió deslumbrada por la amplitud de su visión y la profundidad de su compromiso hacia ella y hacia su futuro juntos.

–¿Lo prometes? –le preguntó–. ¿Prometes lo que estás diciendo, Saul?

–No necesitamos hijos para demostrarnos el amor que nos tenemos el uno al otro. Yo no necesito a nada ni a nadie más que a ti, Giselle.

Aquellas palabras tan emotivas y tiernas calmaban su dolor, llenándola de coraje y alimentando su amor por él.

–Te amo, Giselle.

–Y yo te amo a ti.

Ya estaba, ya lo había dicho. Una promesa entregada. Un compromiso hecho. Un amor compartido.

¿Estaría mal aceptar el amor de Saul y darle el suyo? Si no tenían hijos, su amor estaría a salvo. Él no tendría por qué saber… lo demás. Si lo sabía, sin duda se apartaría de ella asqueado. Pero no hacía falta que lo supiera, ¿verdad? Si estaban destinados a estar juntos, como Saul había dicho, entonces su destino debía ser no tener hijos y no tener que contárselo.

La tentación era demasiado fuerte para Giselle. Sobre todo cuando la estaba besando de aquel modo…

Epílogo

Se casaron tres meses más tarde en la catedral de Arezzio para seguir con la tradición de la familia Parenti. Giselle llevaba un vestido de novia de Chanel. Saul había insistido en que fuera de blanco. Su tía abuela acudió a la ceremonia, y Giselle vio en el rostro de la anciana lo feliz que estaba por ella.

Natasha, que llevaba puesto uno de esos vestidos tan ajustados y cortos que tanto le gustaban, se la quedó mirando fijamente cuando ella recorrió el pasillo de la iglesia del brazo de Saul ya como su esposa, pero a Giselle no le importó. Estaba demasiado feliz, demasiado llena de amor y gratitud para sentir otra cosa hacia Natasha que no fuera lástima.

Saul había hecho frente a las deudas de Aldo y había reestablecido discretamente las finanzas del país. Cuando regresaran de la luna de miel comenzarían a trabajar en la isla. Giselle se iba a encargar personalmente del proyecto del nuevo complejo hotelero, un regalo de boda que le había hecho Saul. Ahora sólo había tiempo para unos minutos finales con su tía abuela mientras Saul estaba con Aldo antes de partir de luna de miel.

–Ojalá tu padre estuviera aquí para ver lo feliz que eres, Giselle. Te quería mucho.

–¿Mi padre me quería? –Giselle estaba demasiado impactada para contenerse–. ¿Cómo iba a quererme si me apartó de él?

–Oh, Giselle, me pidió que me quedara contigo porque si te quedabas con él tendrías demasiados recuerdos tristes. Quería que empezaras de nuevo. Se sentía muy culpable por lo ocurrido.

–¿El se sentía culpable? Creí que me culpaba a mí.

–Nunca –su tía abuela sacudió vigorosamente la cabeza–. Se culpaba a sí mismo. Tenía miedo de que lo que presenciaste te marcara, y que el hecho de estar con él lo empeorara. Habría estado muy orgulloso de verte hoy. Te has casado con un buen hombre, Giselle, un hombre que te quiere como mereces ser querida. Y veo

que tú le quieres igual. Eso está bien. Nadie debería casarse a menos que sintiera amor de verdad.

Calló un instante y luego le preguntó con dulzura:

–Supongo que le habrás contado todo a Saul, ¿verdad?

Giselle no fue capaz de mirar a su tía abuela a los ojos.

–Le he contado todo lo que necesita saber –respondió.

Su tía abuela le apretó la mano.

–Me alegro mucho. No debería haber secretos entre una pareja que se ama. Los secretos pueden hacer mucho daño.

Saul se estaba acercando. Giselle besó a su tía abuela en la mejilla y sintió aquel familiar estremecimiento de dulce deseo al mirar a su marido.

Nada podría estropear su felicidad.

Por fin podría dejar atrás su pasado.

–Es hora de irnos –le dijo Saul.

Giselle asintió con la cabeza y le dio la mano, del mismo modo que ya le había dado su corazón.

Ahora estaban por fin a solas en el bungalow de un lujoso y exclusivo complejo hotelero. Cuando el camarero se llevó los restos de la cena caminaron hasta su playa privada para nadar desnudos bajo la luz de la luna, y ahora estaban celebrando su mutuo compromiso del modo más íntimo posible. Saul estaba ungiéndole el cuerpo con besos tan tiernos, que parecían casi reverenciales. El amor que compartían era sin duda como él había dicho: estaba destinado a suceder, y era lo suficientemente fuerte como para mantener a raya hasta el más oscuro de los miedos.

¿Y la culpa? ¿Podía mantenerse a raya también?

Así debía ser. Debía quedar consignada en el pasado. Porque no tenía cabida en su vida con Saul. Nada podía hacerle daño ahora que tenía su amor. Estaba a salvo, su amor estaba a salvo, no tenía nada que temer.

–Tú eres todo lo que deseo y lo único que desearé jamás –le dijo Saul–. Sólo tú y nada más que tú.

Giselle sabía que lo decía de verdad. Sin duda nada podría estropear las cosas ahora. Sin duda el destino había decidido ceder y permitirle ser feliz. ¿Podría ser feliz sabiendo el secreto que le estaba ocultando a Saul? Sí. Sí, porque ahora ya no podría hacerle

daño a ninguno de los dos.

–Ámame –le suplicó agarrándose a él con salvaje pasión–. Ámame, Saul.

Bajo sus besos, Giselle elevó una plegaria en silencio pidiendo por su felicidad antes de ofrecerse en el altar de su amor compartido.

Ahora nada podría separarles. Nada podría dañar ni destruir lo que tenían. Nada.